

LA CARTA A LOS ROMANOS

P. Steven Scherrer

Tomo II
(Capítulo IV-VI)

ÍNDICE

Capítulo cuatro	3
El ejemplo de Abraham 4, 1-12	3
La promesa realizada mediante la fe 4, 13-25	18
Capítulo cinco	49
Resultados de la justificación 5, 1-11	49
Adán y Cristo 5, 12-21	79
Capítulo seis	94
Muertos al pecado 6, 1-14	94
Siervos de la justicia 6, 15-23	116

CAPÍTULO CUATRO

EL EJEMPLO DE ABRAHAM 4, 1-12

“¿Qué, pues, diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne?” (Rom 4, 1). Pudiéramos sorprendernos de que san Pablo ahora usa el ejemplo de Abraham, porque Abraham vivió *antes* del nacimiento de Jesucristo en la tierra. ¿Cómo es, entonces, que él puede ser un ejemplo de alguien que fue justificado no por la *ley*, sino por la *fe* en *Jesucristo*? Recordamos que Abraham vivió también *antes* de la *ley* de Moisés. San Pablo se basa en la escritura que dice: El Señor “lo [Abraham] llevó fuera, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia. Y *creyó* al Señor, y le fue *contado por justicia*” (Gen 15, 5-6).

Esta fue una repetición de la promesa de Dios de que Abraham será padre de muchos descendientes. De hecho, su esposa, Sara, fue estéril y por eso esta promesa fue humanamente irrealizable. Pero la escritura dice que Abraham, no obstante, *creyó* esta promesa porque, aunque imposible del punto de vista humano, fue *Dios* que la hizo. Y si *Dios* promete algo, es digno de nuestra fe y confianza, a pesar de que no vemos *cómo* se puede realizar. En esto, de verdad, Abraham se muestra como un ejemplo de fe. Su fe en esta situación fue una virtud muy grande. Y Dios, viendo su fe, le contó por justicia. Dios lo contó a Abraham como justo por su fe. La escritura dice: “Y *creyó* al Señor, y le fue *contado por justicia*” (Gen 15, 6).

San Pablo usa este ejemplo contra los judíos que creían que sólo actos hechos conforme a la ley pueden hacer uno justo. Este es un caso en las escrituras en que Abraham no hizo nada. No tenía ninguna obra, ni siquiera existía todavía la ley para que pudiera justificarse al hacer obras buenas según la ley. Él *sólo*

creyó a Dios en su corazón sin hacer nada con su cuerpo, y, como recompensa, Dios lo consideró un hombre justo. Anteriormente sí, Abraham hizo cosas buenas en dejar su tierra al mandato de Dios; pero ahora es una nueva situación en que Abraham *sólo creyó* esta promesa de que tendrá una gran descendencia. Y tan *sólo* por creerla, Dios lo contó como justo.

Si es Dios que lo consideró justo, entonces *fue* justo. La mera *consideración* de Dios lo *hizo* justo, porque la palabra de Dios tiene poder de efectuar lo que significa. La palabra —o en este caso, la consideración— de Dios es como la lluvia y la nieve que enriquece la tierra. Esta palabra de Dios es *eficaz*, como dice el Señor: “así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que *hará* lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié” (Is 55, 11). Por eso Abraham fue claramente *hecho* un hombre justo, o justificado, no por obras de la ley mosaica, que todavía no existía, ni por obras de la ley natural, sino sólo al *crear* la palabra *eficaz* de Dios. Fue justificado por su *fe* en la *promesa* divina. Fue justificado por la *fe*, y no por las obras de la ley.

Abraham es, además, el padre de los judíos, que por ello deben seguir su ejemplo y también buscar su justificación por la *fe*, porque *ahora*, desde el nacimiento y muerte de Jesucristo en la cruz, es el *tiempo* de la *fe*, el tiempo de un *nuevo régimen* de la justificación de *todo* hombre por los *méritos* de *Jesucristo*, por medio de la *fe* en él. Abraham es un ejemplo para los judíos a seguir porque él es su padre. Es también un ejemplo para los gentiles, porque, como ellos, él fue contado justo no por sus méritos según la ley de Moisés, sino por su *fe*, como ellos.

¿Cómo puede Dios justificar a Abraham por su *fe* si él no conoció a Jesucristo? Dios lo justificó por su *fe* con miras a los méritos de Jesucristo en la cruz, como también Dios perdonó los pecados de otros hombres del Antiguo Testamento en su paciencia, sin una verdadera expiación o satisfacción por sus pecados, porque estaba mirando al *futuro* y perdonándoles de *antemano* por los méritos futuros del sacrificio de Cristo en la cruz. Del mismo modo, Dios preservó a la Virgen María de todo pecado por los méritos que su Hijo ganaría *después* en su muerte sacrificial. Para ser justificado de *antemano* como esto, uno sólo necesitaba la *fe* en Dios, entonces la justificación le vendría por medio de Jesucristo. Pero aun así, aquellos santos del Antiguo Testamento tenían que esperar hasta la muerte de Cristo para entrar en el cielo, que era cerrada hasta el día de su resurrección. Pero *ahora* es la hora de creer en Cristo *explícitamente* y *completamente*, aceptando su muerte en la cruz como la causa de nuestra justificación.

Justificados así, los santos del Antiguo Testamento *vieron* a Jesucristo, como Jesús mismo afirmó con respecto de Abraham: “Abraham vuestro padre se gozó de que había de *ver* mi día; y lo *vio*, y se gozó... De verdad, de verdad os digo: *Antes* de Abraham fuese, yo *soy*” (Jn 8, 56.58). Abraham, como los otros santos del Antiguo Testamento, *vio* el día de Jesucristo. Todos los santos del Antiguo

Testamento fueron, como él, justificados no por obras (que es imposible en práctica), sino por fe, y vieron a Jesucristo, que siempre existía. Lo vieron de lejos, pero, sin embargo, lo creyeron y así fueron justificados por su fe. Hebreos dice: “Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino *mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra*” (Heb 11, 13). Los santos del Antiguo Testamento *vieron* a Jesucristo, como pudieran, de lejos, y su *fe* en él, como lo pudieran entenderla en aquel tiempo, Dios les *contó* por *justicia*, exactamente como hizo para Abraham. Esto es lo que halló Abraham, nuestro padre.

“*Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué jactarse, pero no para con Dios*” (Rom 4, 2). Es verdad que Abraham tenía obras también. Sus obras fueron en la misma línea de su fe, es decir, Dios lo llamó y le dijo que saliera de su tierra, y que él lo bendeciría y lo haría una gran nación. “Y se fue Abram, como el Señor le dijo; y Lot fue con él. Y era Abram de edad de setenta y cinco años cuando salió de Harán” (Gen 12, 4). Estos son hechos, son obras buenas, confirmando su fe. Así sus obras ayudaron su fe. Sus obras seguían su fe y la pusieron en práctica; pero no se justificó por sus obras. Lo que *hizo* Abram *justo* ante Dios, lo por lo cual Dios le *contó* como justo, no fue sus *obras*, sino su *fe*, como dice la escritura: “Y *creyó* al Señor, y le fue *contado por justicia*” (Gen 15, 6). Su *fe* lo *hizo justo* a los ojos de Dios. Lo justificó. Fue justificado por su *fe*; no por sus obras.

Pero para que la fe sea verdadera, necesita obras también como *consecuencia* o resultado de la fe que tenemos, porque “¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene *fe*, y no tiene *obras*? ¿Podrá la fe salvarle?... Así también la fe, si no tiene obras es muerta en sí misma... Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta” (St 2, 14.17.26). Una fe genuina nos lleva a vivir una *vida* de fe, una vida que es *fiel* a Dios y *obediente* a su voluntad en todo, todo el tiempo sin excepción. Y ¡qué vida de fe tenía Abraham! Imagínate, un hombre a su edad, setenta y cinco años, dejando su tierra, moviendo a una nueva tierra, y viviendo ahí como nómada en tiendas, siempre moviéndose aquí y allá. ¿Y por qué? Vivió así simplemente al *mandato* de Dios, *creyendo* y *siguiendo* una promesa que no podía ver cómo se pudiera realizar, es decir: que él iba a tener una gran descendencia por medio de su esposa ya anciana, que también era estéril. Sus *obras confirmaron* su fe. Su fe se desarrolló en estas obras. Si no se actualizó así en obras, sería una fe débil o muerta. La fe que no se ve en ninguna acción virtuosa y heroica, es una fe débil, y esta persona no crecerá en la santidad.

Si una persona siempre hace sólo lo que todo el mundo alrededor de él está haciendo o lo que todos en su ambiente están haciendo, él vive más por un *conformismo* cobarde que por una verdadera fe. Si una persona cesa de actuar según su fe por miedo de las opiniones, juicios, y acciones de otras personas contra él, entonces su fe es muy débil. No es fe como la de Abraham. Una persona así vive más por el respeto humano que por la fe. La fe de Abraham, al

contrario, que se mostró en una vida heroica y en acciones heroicamente virtuosas fue una fe verdadera. Esta es la fe de los santos, los que viven vidas heroicamente virtuosas sin hacer caso a enemigos, trampas, o peligros; sin hacer caso a cárceles, persecuciones, o expulsiones. Esta es la fe que ha llegado a la madurez, y que hace uno no sólo justificado, sino que también santo. Así fue la fe de Abraham. Así debe ser nuestra fe, si es una fe viva, dándonos vida, y si esta vida está creciendo, como Dios quiere.

Sólo así, después de un tiempo de purificación de los placeres del mundo para vivir sólo para Dios, podrá una persona llegar al punto de vivir con Dios en la luz, como Cristo quiere para con nosotros. Esta, entonces, es la vida verdaderamente virtuosa y santa, que es algo más que sólo ser justificada. Esta es la vida en que nosotros edificamos sobre el fundamento de la justificación por la fe, hasta que vivamos con Jesucristo brillando en nuestro corazón. Esta es la vida de la santidad, una vida vivida íntimamente con Dios, una vida lejos de la mundanalidad del mundo, una vida purificada de los deseos de la carne, de los placeres y honores del mundo, y de los deleites innecesarios del cuerpo. Es una vida vivida solamente para Dios. Es una vida celestial, una vida vivida ya de antemano en el cielo en espíritu, porque nuestro corazón está ya en el cielo con Cristo sentado en la gloria y esplendor de su Padre. Esta vida tiene sólo *un* tesoro, que está en el cielo. Es por eso que nuestro corazón está ya en el cielo porque está con él, porque “donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mt 6, 21). Su tesoro es Cristo; su recompensa, la santidad, que es una vida llena de virtudes heroicamente desarrolladas y resplandecientes con el resplandor de Cristo mismo. La luz de Cristo brilla en ella porque es tan purificada.

En resumen, esta vida de fe verdadera, que se demuestra en nuestro estilo de vivir, es una vida con Dios, una vida en Dios, una vida vivida en el encanto de la cercanía del Señor; y Dios vive poderosamente y espléndidamente en una persona así. No es siempre una vida de luz, porque caemos en imperfecciones, y Dios nos castiga para enseñarnos un camino más perfecto aún, pero es una vida vivida íntimamente con Dios, siempre aprendiendo, siempre creciendo.

Una vida así que pone la fe en práctica es una vida de fe *madura*. Una persona así ha vencido el temor de lo que van a pensar de él los demás, y vive siempre como *Dios* le dirige, sin hacer caso a lo que los demás en su ambiente están haciendo, si no es como Dios está dirigiéndole a él, o si no es correcto, o si no es la voluntad de Dios en general. Una persona así vive, en cierto sentido, un anticipo del cielo, porque vive con Dios, con la luz de Cristo resplandeciendo en su corazón. Es un hombre de fe y de obras. Él sigue el ejemplo de Abraham. Sus obras *demuestran* su fe. Su vida virtuosa *demuestra* su fe. Como dice Santiago: “yo te *mostraré* mi fe por mis obras” (St 2, 18).

Aun así, con todo esto, Abraham todavía *no* fue *justificado* por sus obras, sino por la *fe* que las inspiró. Fue su actitud hacia Dios que le justificó, o, mejor

dicho, *Dios* lo justificó por su *fe* como puro don, por creer en la promesa que Dios le hizo. Esta actitud le permitió a Dios a justificarlo; y Dios se la *contó* por justicia, y así lo *hizo* justo. Entonces, al *cooperar* con esta gracia de justificación, Abraham creció cada día más en la santidad. La santidad es el resultado de la *cooperación* entre la gracia de Dios y nuestros esfuerzos, para vivir esta gracia en práctica, en una vida heroicamente virtuosa.

Al saber que todo depende de la gracia, “¿dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida” (Rom 3, 27). Abraham no debe jactarse en sí mismo, porque sus buenas obras son sólo los resultados de la gracia de su justificación por la fe. Toda su propia cooperación con esta gracia es completamente pendiente de esta misma gracia que él sabe es un don gratuito de Dios y de modo alguno merecido. No tiene de qué jactarse, sino sólo de Dios. Sí, puede jactarse de Dios.

“Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia” (Rom 4, 3). Tan sólo su acto de creer es aceptado por Dios, y Dios lo justifica por medio de este acto de fe. Por eso él es ahora, después de este acto de fe, *verdaderamente* justo, *hecho realmente* justo por el mismo Dios. Pero con respecto a su acto de fe, este acto no fue meritorio en sí como si Abraham hubiera *merecido* ser justo por su fe. ¡No! Su justicia no fue merecida. Él no lo mereció por su fe, sino que esta justicia fue simplemente un don gratuito de Dios, un don de su gracia. Por *gracia* somos justificados; no por nuestros méritos. Nunca merecemos la justificación. Es siempre dada a nosotros por la gracia, por medio de nuestra fe.

San Pablo explica esto en el versículo siguiente: *“Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda” (Rom 4, 4).* Esto es otro concepto de la justificación, la justificación por las obras buenas, que merecemos por nuestras obras, y no como don gratuito de la gracia. Este fue el concepto de los judíos, contra el cual san Pablo se opuso. Pero la escritura rechaza este concepto de los adversarios de san Pablo. Dice: “Y no entres en juicio con tu siervo; Porque no se justificará delante de ti ningún ser humano” (Sal 142, 2).

Ahora san Pablo ofrece una solución a este problema. El hombre no tiene que justificarse delante de Dios, porque Dios justifica a los hombres gratuitamente; y, en efecto, él siempre ha actuado así, aun en el tiempo de Abraham. Esta idea falsa de muchos judíos en el tiempo de san Pablo nunca fue verdad. Todos los santos del Antiguo Testamento fueron justificados por su *fe*, y no por sus obras, porque la justificación por las obras es demasiado difícil para el hombre, y nadie ha podido lograrlo. Sólo Dios puede perdonar nuestros numerosos pecados e imperfecciones y resplandecer en nuestro corazón, haciéndonos resplandecientes, iluminados y felices por dentro. Este es el don de la justificación que Dios nos da sólo por los méritos de la muerte de Jesucristo en la cruz. Nunca merecemos este don, sino que lo recibimos por la *fe*.

Así nunca podemos jactarnos por ser justificados. Todo es pura gracia. Y aun la santidad, que requiere *nuestra cooperación* en obras con la gracia, es totalmente edificada sobre el *fundamento* de la *gracia* y sobre este don *gratuito* de la justificación por la fe. Por eso tampoco podemos jactarnos de nuestra santidad. Y la luz en que los santos viven es el resplandor de la inhabitación de la Santísima Trinidad en sus almas; y ¿quién se atrevería jactarse de esto? Los santos ven más luz porque son más purificados de otras cosas que no son Dios, más purificados de la mundanalidad del mundo. Se han purificado de los placeres del mundo y se han acercado a Dios en la soledad, austeridad, y silencio; y allí lo han encontrado más intensamente y con más luz y alegría. Y así viven en su intimidad. Así la luz de Cristo puede resplandecer con más intensidad en ellos.

Pero los santos saben muy bien que es la luz de *Cristo* que brilla en ellos, y no su *propia* luz. Y saben que no pueden producir ni merecer esta luz. Saben que nunca hubieran podido merecer esta luz por sus obras, y que Dios puede quitársela en cualquier momento. No es algo dado a ellos como deuda, como el salario de un obrero por su trabajo. Es algo que Dios en su bondad puso en ellos por medio de su fe.

Por eso los santos viven con frecuencia en un mundo de luz. Viven en el encanto del esplendor de Dios. La puerta de entrada a este mundo de luz es la *fe*. La misma luz es un don no merecido. Su brillo aumenta con sus obras buenas y su vida santa, que merecen este aumento, porque Dios en su misericordia nos dio por su gracia la capacidad, una vez justificados, de crecer en santidad por nuestros *propios méritos*. Pero es siempre *él* que nos da este incremento de la luz, y *él* nunca es nuestro deudor como teniendo deudas a dárnosla en justicia como algo estrictamente merecido. *Él* la da libremente; pues, de otro modo no sería gracia, sino deuda en justicia. ¡El mismo hecho de que podemos *merecer* más gracia, más luz, es su *don* (ver la introducción)! Por eso toda jactancia es excluida en el asunto de la santidad.

“...mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Rom 4, 5). San Pablo continúa insistiendo que estamos ya en un mundo de gracia; no de obras. Somos hombres nuevos por medio de Jesucristo, por nuestra fe en él, y estamos acampados muchas veces en las cimas de la luz, regocijándonos y calentándonos en el esplendor de Cristo. *Él* resplandece en nuestros corazones (2 Cor 4, 6). ¿Quién entre los santos pudiera haber pensado que *él* haya *merecido* esto, esta vida espléndida en la luz de Cristo que con tanta frecuencia *él* experimenta? El que ha experimentado esto, el que conoce y vive muchas veces en el encanto de este mundo de luz y esplendor, sabe muy bien que aquí todo es *gracia*, todo es *don*; y que es un don infinitamente más grande que todo lo que *él* mismo pudiera haber merecido por sus propios méritos.

Sus obras, sí, juegan un papel en esto en el sentido de que si peque, va a caer fuera de este encanto. Por eso por sus buenas obras de obediencia a la voluntad de Dios él puede hacer su parte de mantenerse en este encanto y luz. Si, al contrario, él hace obras malas, va a encontrarse fuera de todo esto y sentándose en tristeza y oscuridad. Y también sus obras buenas pueden merecer aun un incremento de esta luz y gracia, por el don de Dios quien nos otorga este privilegio (ver la introducción).

Aun cuando sí, él merece un *incremento* de este esplendor en que él vive muchas veces y que resplandece en su corazón, él sabe muy bien que este incremento es infinitamente más grande que lo que sus obras buenas han merecido, y que la recompensa de Dios por sus pequeños méritos es dada en superabundancia y fuera de toda proporción de lo que él ha hecho o merecido. Y el mismo hecho de que puede merecer es en sí el don de Dios, porque en sí el hombre no puede merecer la gracia de Dios que es infinitamente más allá de todas sus capacidades. Él sabe que en Cristo, él está viviendo en un mundo de luz no merecido. Está en un mundo de esplendor que él no puede producir ni merecer, un mundo totalmente más allá de él. Así es la justificación por la fe, y así también es su crecimiento en la santidad. Es fuera de toda proporción de lo que las obras humanas pudieran haber merecido.

San Pablo da la mejor expresión posible a este fenómeno cuando dice que “*su fe le es contada como justicia*” (4, 5). ¿Cómo pudiera la fe *merecer* la entrada a este mundo de luz? No puede. Es Dios que nos traslada a este mundo iluminado, y es él que ha decidido hacer esto, requiriendo no más de nosotros que nuestra fe en él. Junto con la fe, necesitamos también el arrepentimiento y la intención de vivir desde ahora en adelante completamente para él que nos salvó de las tinieblas, tristezas, y vacío de este mundo y de nuestra vida pasada. Por eso san Pablo dice que es el “Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo” (Col 1, 12-13).

Ni nuestras obras, ni siquiera nuestra fe pudiera haber *merecido* esto. Esta nueva vida en la luz, que con tanta frecuencia experimentamos, es nada más que pura gracia, puro don. Y ¿qué debe ser nuestra respuesta a todo esto? ¡Gracias! Nos maravillamos del esplendor con que Cristo resplandece en nuestros corazones (2 Cor 4, 6) y que da tanta luz y alegría a nuestra vida, mucho más que todo lo que pudiéramos haber merecido o aun imaginado con nuestros esfuerzos humanos. No hemos hecho nada, y ve lo que Dios nos ha dado en su bondad y amor. Él nos ha elevado a otro nivel, a un nivel divino (2 Pd 1, 4) por el don de la justificación. En su bondad, él acepta nuestra fe, y nos la cuenta por justicia, trasladándonos a su luz y haciéndonos justos delante de él con todos sus santos.

Después de recibir todo esto, ¿quién no querría ser perfecto y vivir una vida de perfección, haciendo todo lo posible con sus propios esfuerzos para *cooperar* y

colaborar con esta obra de Dios en nosotros, y siempre obedecer su voluntad en todo, para no caer fuera de esta luz admirable? Queremos *permanecer* en su amor (“*permaneced* en mi amor”, dijo Jesús, Jn 15, 9), y permanecer en este esplendor, y pregonar las virtudes de aquel que no llamó de las tinieblas a su luz admirable (1 Pd 1, 9). Por eso tratamos de evitar todo pecado e imperfección conocida, para no caer fuera de este encanto, de esta luz admirable, que es una participación en la luz inaccesible en que vive el Padre (1 Tim 6, 16). El pecado y la imperfección oscurecen esta luz; pero la virtud practicada la hace resplandecer más aún, gracias a la bondad de Dios que nos permite merecer así.

Una vez justificado así, ¿quién no querría *continuar creciendo* más aún en esta luz admirable al vivir una vida virtuosa, incluso hasta de grado heroico? Tanto más heroicamente podemos practicar las virtudes, cuanto más luz Dios nos da gratuitamente en su bondad. Es *su don* que nos permite merecer este incremento. No es que nuestras obras buenas *en sí* tienen este poder de aumentar la luz divina en nosotros. Pero cuando vivimos una vida heroicamente virtuosa, siempre obedeciendo la más perfecta voluntad de Dios para con nosotros, aun en los más pequeños detalles que él nos revela diariamente con siempre más claridad, entonces encontramos que, de verdad, Dios nos regala el don de su luz cada vez más espléndido, y vemos que, en efecto, hemos sido trasladados con frecuencia a las regiones de la luz donde caminamos con Dios como Adán en el jardín de Edén, en la alegría de nuestro espíritu.

Esta es la vida de luz, el don de Dios para los que creen en él y viven desde entonces en adelante conforme a su voluntad. Este es el significado de esta frase de san Pablo: “*su fe le es contada por justicia*” (Rom 4, 5).

“Como también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras, diciendo: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado” (Rom 4, 6-8; Sal 31, 1-2). La justificación por la fe incluye el perdón de los pecados junto con el don de la gracia, la filiación divina, la inhabitación de la Santísima Trinidad, y la esperanza de una vida feliz con Dios en el paraíso después de la muerte. Y con todo esto, es el amor de Dios que nos llena e inunda, injertándonos en el mismo flujo y reflujo del amor divino en que viven eternamente el Padre y el Hijo; es decir: la justificación nos da una participación de este flujo. Así por la justificación por la fe somos hechos partícipes de la naturaleza divina (2 Pd 1, 4), que es una vida vivida en el esplendor de Dios, que muchas veces experimentamos.

Es por esta vida vivida en el esplendor de Dios que tantas personas, sobre todo los monjes de todas las edades y lugares, han buscado la soledad, el silencio, y el alejamiento de la mundanalidad de este mundo para poder ocuparse siempre, y con toda la concentración de su ser, sólo con Dios, dedicándose a su amor, armando su tienda en su luz, y regocijándose en su esplendor con tanta

frecuencia que es posible. Son atraídos por esta luz, y quieren vivir sólo para ella. Y como resultado, aun sin darse cuenta, ellos reflejan esta luz sobre el mundo por el ejemplo de su vida, por sus palabras, sermones, consejos, y escritos. Así es una vida de fe madura, puesta en práctica.

El texto “*habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras*” (Rom 4, 6). ¿Por qué es bienaventurado? Es porque sus pecados son borrados: “*Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonados*” (Rom 4, 7; Sal 31, 1). Son nuestros pecados que nos entristecen y oscurecen la luz que Dios quiere que resplandezca en nuestros corazones. Otras cosas pueden asustarnos, como ataques y persecuciones, pero son nuestros pecados e imperfecciones que nos hacen daño. Son nuestros pecados sobre todo que nos deprimen, porque ellos nos alejan de Dios y de su amor; o si son veniales, ellos oscurecen nuestra alma con polvo y barro hasta que no podemos ver más la luz de Cristo brillando en nuestro corazón, o, por lo menos, disminuyen este brillo. Esto es porque Dios en su ira justa nos castiga por haberlo ofendido, para que podamos aprender con más exactitud su voluntad para el futuro. Aun si no nos damos cuenta de que estamos pecando en algo que estamos haciendo, aun así, Dios puede castigarnos en su ira, para enseñarnos mejor su voluntad.

Pero una vez perdonados, somos limpios y puros como un cristal de roca, y el sol puede llenarnos de la luz de Cristo, y podemos ver su resplandor en la alegría espiritual de nuestro corazón, que es la alegría del Espíritu Santo, en que vivimos una vez perdonados. El perdón de nuestros pecados es uno de los más grandes dones que Dios nos da cuando él nos justifica por nuestra fe en Jesucristo.

Necesitamos ser perdonados no sólo de nuestros pecados, sino también de nuestras imperfecciones, y estas incluyen todos nuestros apegos a este mundo y a sus placeres. Personas pueden ser apegadas a placeres aun sin saberlo, estimando como *normal* el disfrutar de todas las delicadezas que el mundo considera normales y aun necesarias. Pero estas cosas no son necesarias, y, de hecho, nos hacen daño, haciéndonos olvidar a Dios, y *oscurecen* la *luz* en que Cristo quiere que vivamos si vivimos ocupados sólo de él. Es una cuestión de dividir nuestros deseos, amor, e intereses entre Dios y los placeres y delicadezas innecesarias de esta vida. La mayoría de las personas no saben esto, y por eso no hacen ningún esfuerzo para librarse de estos placeres. El resultado es que ellos oscurecen sus almas y dividen el amor de su corazón, y por eso no viven en esta espléndida luz tal como Dios quiere para con ellos. Es una cuestión de tratar de servir a dos señores, o peor aun a muchos señores, lo cual, Jesús nos enseña, es imposible (Mt 6, 24).

Por eso la solución es la *purificación*, no sólo de los pecados, sino también de las *imperfecciones*, y más aún de los sentidos en general, y de los deseos del espíritu. Esto viene después de recibir el perdón de Dios por su gracia justificadora. Por tanto, después de ser justificados y así librados de toda

culpabilidad, tenemos que hacer *nuestra* parte en este proceso de purificación, purificando nuestros sentidos y espíritu de nuestros apegos a los placeres mundanos. Así la luz que brilla en nosotros con tanto esplendor inmediatamente después de recibir el perdón de Dios no va a oscurecerse en poco tiempo al volver a una llamada “vida normal”, según el criterio del mundo. La tradición monástica en sus períodos de más fervor ha dado un testimonio elocuente de la necesidad de esta purificación para ver y permanecer con más duración en esta espléndida luz.

Si queremos vivir con más frecuencia en las regiones de la luz, tenemos que vivir no “naturalmente y normalmente”, del punto de vista del mundo, sino como las nuevas criaturas en Cristo que somos. Tenemos que renunciar a todo si queremos vivir sólo para Cristo (Mc 1, 17-18; Lc 5, 28, Mt 19, 21; Mt 13, 44-46). Este camino de la renuncia es necesario si queremos permanecer acampados en las alturas, regocijándonos en el Espíritu Santo, calentándonos en el resplandor de la luz divina, como *Cristo* quiere para con nosotros. Recordemos que él dijo: “Yo soy la luz del mundo; el que me *sigue*, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8, 12). La frase “el que me *sigue*” es la clave aquí. Quiere decir: “el que me *obedece*”. Si hacemos *nuestra* parte en esto, en cooperación con la gracia, para librarnos de nuestras imperfecciones y apegos, entonces la gracia va a *resplandecer* en nosotros, y seremos como un cristal de roca, diáfano y lleno de luz.

La justificación por la fe nos da esta luz. Pero si volvemos inmediatamente a una llamada “vida normal y natural”, perderemos casi inmediatamente mucho de esta luz. Por eso la purificación que requiere nuestra *cooperación activa*, es tan importante si queremos permanecer en el amor de Cristo y vivir en las regiones de la luz con más frecuencia. Dios nos guiará en esto, mostrándonos paso por paso, cada día, cada hora, lo que debemos hacer, lo que él quiere de nosotros para permanecer en esta luz.

“¿Es, pues, esta bienaventuranza solamente para los de la circuncisión, o también para los de la incircuncisión? Porque decimos que a Abraham le fue contada la fe por justicia” (Rom 4, 9). Porque san Pablo está basándose sobre la escritura que dice: “a Abraham le fue contada la fe por justicia” (Gen 15, 6), ¿es que esto incluye sólo a los judíos, que son los hijos de Abraham, o incluye también a los gentiles? San Pablo quiere extender su argumento ahora para incluir también a los gentiles, es decir, a todo hombre, tanto al gentil como al judío.

San Pablo nos enseña ahora que esta gran bienaventuranza de David que dice: “Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas” (Sal 31, 1) aplica no sólo a los hijos de Abraham según la carne, sino que también a los gentiles. Es decir, Dios perdona no solo a los circuncisos, sino que también a los incircuncisos. San Pablo nos enseña que esta bienaventuranza de David (Sal 31, 1) aplica a *todo* hombre. Este perdón es dado a los pecadores cuando están

en el estado de pecado, y por eso *incapaces* de merecer nada ante Dios. Es un *don gratuito* dado por Dios a los que creen en él. Es la justificación por la fe. David está enseñando la justificación por la fe, y san Pablo dice aquí que Dios perdona o justifica tanto a los gentiles como a los judíos por la fe y no por obras. San Pablo ya ha demostrado que nadie ha podido justificarse por sus obras. Sólo la justificación por la fe existe.

San Pablo basa su argumento en el hecho de que cuando Dios le contó a Abraham su fe por justicia, Abraham todavía no fue circunciso. Su justificación por la fe fue en Gen 15, 6. Sólo en el capítulo 17 de Génesis dice la escritura que Abraham se circuncidó: “circuncidaréis, pues, la carne de vuestro prepucio, y será por señal del pacto entre mí y vosotros... Era Abraham de edad de noventa y nueve años cuando circuncidó la carne de su prepucio” (Gen 17, 11.24).

Por eso su circuncisión no fue necesaria para que su fe le fuese contada por justicia, porque este último tuvo lugar cuando Abraham fue incircunciso. Por tanto todos los gentiles, que son incircuncisos, también pueden ser justificados por su fe, igual que el incircunciso Abraham. Entonces la circuncisión es sólo la señal y no la causa de la justificación que él recibió anteriormente por su fe. Su fe, por eso, lo justificó, no su circuncisión. Fue ya justificado cuando recibió la circuncisión. Esto es lo que nos enseña san Pablo aquí: “¿Cómo, pues, le fue contada? ¿Estando en la circuncisión, o en la incircuncisión? No en la circuncisión, sino en la incircuncisión. Y recibió la circuncisión como señal como sello de la justicia de la fe que tuvo estando aún incircunciso...” (Rom 4, 10-11).

Entonces san Pablo dice que esto fue así “para que [Abraham] fuese padre de todos los creyentes no circuncidados, a fin de que también a ellos la fe les sea contada por **justicia**” (Rom 4, 11). Así vemos algo importante, es decir, que también los gentiles, que vivían antes de Cristo, como Abraham vivía antes de Cristo, podían ser justificados y salvos, como Abraham, estando todavía incircunciso, fue justificado por su fe.

¿Y cómo es que Dios puede justificar a los gentiles por su fe antes de Cristo? Él lo hizo como lo hizo para Abraham, *anticipadamente* con miras a la muerte salvadora de Cristo que vendrá después. Si Dios puede salvar a Abraham así cuando él era todavía incircunciso y sin conocer a Cristo explícitamente, ¿por qué no puede justificar a los gentiles, que también son incircuncisos, de la misma manera?

Pero parece que san Pablo tiene otra idea en su mente. Él está pensando de los gentiles de su propio día que han creído en Cristo y han sido bautizados, pero sin ser circuncidados primero, es decir los cristianos gentiles. Los adversarios de san Pablo insistían en que ellos tenían que ser circuncidados también y observar la ley de Moisés. San Pablo dice que esto no es necesario

para ellos, y él ofrece a Abraham como ejemplo de alguien que la escritura dice que fue justificado por la fe, sin ser circuncidado primero.

Profundizando esta enseñanza de san Pablo, podemos preguntar si fue posible que los gentiles del tiempo antes de Cristo también fueron justificados por su fe, como fue posible para Abraham? Creo que la enseñanza de san Pablo nos llevaría a una conclusión positiva. El único problema es que Abraham creyó en el único Dios, y Dios se reveló a él, mientras que los gentiles fueron politeístas y privados de esta revelación positiva y especial que sólo los judíos del Antiguo Testamento tenían. Pero aun así fue posible, dice san Pablo, para los gentiles a conocer a Dios por el uso de su razón, “pues lo que de Dios se puede conocer, está en ellos manifiesto: Dios se lo manifestó. Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras (Rom 1, 19-20). Por eso si había gentiles que conocían a Dios así y han creído en él, es posible que él los justificó por su fe, igual que lo hizo a Abraham.

Hay también la cuestión de los gentiles que viven después de Cristo y no conocen a Cristo porque todavía no han oído el evangelio. ¿Pueden ellos también ser justificados por la fe como Abraham fue justificado por la fe, sin conocer a Cristo explícitamente y sin ser circuncisos? En principio parece que hay que responder positivamente. Si Dios pudo hacerlo para Abraham cuando fue incircunciso, ¿por qué no puede hacerlo para cualquier persona de cualquier tiempo? El principio es lo mismo para todo hombre, tanto para los paganos como para los judíos; tanto para los que vivían antes de Cristo como para los que viven después de Cristo pero todavía no han oído el evangelio. Y el principio es que el hombre es justificado por su *fe*. Dios le cuenta a cada hombre su *fe* por justicia. Él lo hace esto en cada caso de cualquier tiempo con miras al sacrificio de Jesucristo en la cruz. Por eso *todo* hombre que es justificado, es justificado por los méritos de la muerte de Jesucristo en la cruz. El hombre recibe estos méritos no por obras, sino por *fe* en Jesucristo a quien él ha visto de algún modo misterioso, como Abraham vio a Jesucristo: “Abraham vuestro padre se gozó de que había de *ver* mi día; y lo *vio*, y se *gozó*... En verdad, en verdad os digo: antes que Abraham fuese, yo *soy*” (Jn 8, 56.58).

El Concilio Vaticano II enseña lo mismo. Habla sobre la vida eterna en el cielo, primero para los cristianos, y después para los que *no* creen en Cristo. En los dos casos este premio de la vida eterna en el cielo viene, dice el Concilio, por medio de nuestra asociación con el misterio pascual. El concilio dice:

Ciertamente urgen al cristiano la necesidad y el deber de luchar contra el mal, a través de muchas tribulaciones, y de sufrir la muerte; pero asociado al misterio pascual y configurado con la muerte de Cristo, podrá ir al encuentro de la resurrección robustecido por la esperanza. Todo esto es válido *no sólo* para los que creen en Cristo, sino para *todos* los *hombres* de *buena voluntad*, en cuyo corazón obra la gracia de un *modo invisible*; puesto que Cristo es por *todos*, y una sola es la vocación última de todos los hombres, es decir, la vocación divina,

debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a *todos* la posibilidad de que, de un modo que sólo Dios conoce, se asocien a su misterio pascual (*Gaudium et Spes* 18, 22).

Lumen Gentium del Concilio Vaticano II dice la misma cosa. Dice:

Pues los que inculpablemente desconocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, y buscan con sinceridad a Dios, y se esfuerzan bajo el influjo de la gracia en cumplir con las obras de su voluntad, conocida por el dictamen de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna (*Lumen Gentium* 16).

Ahora podemos responder a la pregunta de san Pablo en Rom 4, 9, hablando sobre la remisión de pecados: “¿Es, pues, esta bienaventuranza solamente para los de la circuncisión, o también para los de la incircuncisión?” La respuesta es que, puesto que Abraham fue justificado por su fe siendo todavía incircunciso, entonces todo hombre también puede ser justificado por su fe sin hacer caso de que es circunciso o incircunciso. Así la bienaventuranza de David aplica a todo hombre de buena voluntad que pone su fe en Dios, es decir, que sus pecados serán perdonados y él será justificado. Por eso tanto los gentiles y paganos, antes y después de Cristo, si no han oído el evangelio, como los judíos, pueden ser perdonados y justificados por su *fe*. Entonces esta bendición de David aplica a todo hombre de buena voluntad y fe: “Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado” (Rom 4, 7-8; Sal 31, 1-2).

Esta es una gran revelación de mucha importancia. Quiere decir que Dios es verdaderamente *universal*. No es Dios sólo de los judíos, ni tampoco es Dios sólo de los cristianos, sino que es Dios de *todo* hombre, y quiere la salvación de todos, aun de los que no han oído el evangelio, si tienen buena voluntad y fe en él. Así Abraham es padre de todos los que son justificados por la *fe*, sean ellos judíos, cristianos, o paganos. Abraham fue justificado por su fe siendo todavía incircunciso “*para que fuese padre de todos los creyentes no circuncidados, a fin de que también a ellos la fe les sea contada por justicia; y padre de la circuncisión para los que no solamente son de la circuncisión sino que también siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham antes de ser circuncidado*” (Rom 4, 11-12). Abraham no es padre de todos los judíos, sino sólo de los que, como él, buscan su justificación por la fe y no por sus obras. Él es tampoco padre de todos los gentiles, sino sólo de los que, como él, también buscan ser justificados por la fe, y no por las obras.

El *mejor modo* con mucho de buscar a ser justificado y perdonado así por la *fe* y no por las obras es de *oír* el evangelio, *creer* en Jesucristo, y ser *bautizado*, confesando los pecados y comenzando una vida nueva en Cristo. Esto es lo que san Pablo tiene pensado en esta sección de la carta. Es decir, no sólo a Abraham fue su fe contada por justicia, sino que a todo aquel que *cree* en Jesucristo, sea circunciso o incircunciso, su fe le será contada por justicia. Si

uno oye la predicación sobre Jesucristo, cree en él, y sea bautizado, será justificado, hecho nuevo, hecho un hijo adoptivo de Dios, miembro del cuerpo de Cristo y de la Iglesia, participe de la naturaleza divina y de la vida de gracia, alimentado del cuerpo y sangre del Hijo de Dios, con Cristo, el Padre, y el Espíritu Santo inhabitando en su corazón, y enseñado por las escrituras y enseñanzas de Jesús. Será una nueva criatura, resplandeciente, y, si se purifica de todo lo demás, en su debido tiempo, será librado de la esclavitud de sus pasiones y vivirá con frecuencia en las regiones de la luz con su tienda armada allá en el esplendor de Cristo. Y en general vivirá con Dios, contento en su corazón y feliz con él. Esto es con *mucho* y sin duda alguna el *mejor* modo de ser justificado por la fe.

Por eso, ¿por qué dejar a los hombres en duda y en la oscuridad cuando el mismo Dios nos ha iluminado al enviarnos a su único Hijo para que renaciéramos en él por la fe y el bautismo? ¿Quién, oyendo esto, oyendo el evangelio predicado con fe, querría quedar atrás y ser dejado afuera en las tinieblas cuando tantas personas han oído, creído, y entrado en este palacio de luz, en este anticipo de la Jerusalén celeste, que es la Iglesia?

Es por ello que san Pablo *obedece* el *mandato* de Cristo resucitado: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a *toda* criatura” (Mc 16, 15), y “...id, y haced discípulos a *todas* las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado” (Mt 28, 19-20).

¿Quién preferiría ser un “cristiano anónimo” después de oír el evangelio auténticamente predicado? ¿Quién preferiría la duda, la confusión, la ignorancia, y las tinieblas a la luz y esplendor de la vida nueva en Jesucristo, muerto con él al pasado y al pecado, y resucitado con él a esta vida nueva en la luz, con el mismo Cristo resplandeciendo en su corazón, llenándolo de luz y alegría, y regocijando sus entrañas con el Espíritu Santo corriendo como ríos de agua viva (Jn 7, 37-39) y como una fuente de agua saltando hasta la vida eterna (Jn 4, 14)?

¿Quién, después de oír la predicación del evangelio, preferiría la tristeza y la oscuridad a esta vida de esplendor, vivida en el amor divino y en la esperanza del futuro glorioso cuando “los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” (Mt 13, 43), y cuando “Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad” (Dan 12, 3)? ¿Quién preferiría un conocimiento vago, indistinto, nebuloso, anónimo, y confuso después de oír la claridad del evangelio? Cuán mejor es venir y vivir en la luz de Cristo, que nos ayuda en todas nuestras dificultades, dirigiéndonos en el camino de la santidad y perfección, perdonando nuestras imperfecciones y pecados, y mostrándonos su voluntad.

¿Quién preferiría vivir en las tinieblas que en la luz de Cristo, en las regiones de la luz, en las cumbres iluminadas, donde viven con frecuencia los que son ya purificados de los deleites de este mundo y ya librados de la esclavitud de sus pasiones, donde “El sol nunca más te servirá de luz para el día, ni el resplandor de la luna te alumbrará, sino que el Señor te será por luz perpetua, y el Dios tuyo por tu gloria” (Is 60, 19), y donde “No se pondrá jamás tu sol, ni menguará tu luna; porque el Señor te será por luz perpetua, y los días de tu luto serán acabados” (Is 61, 20)?

Es la diferencia entre vivir en la duda, confusión, incertidumbre y oscuridad por una parte, y vivir donde “mamarás la leche de las naciones y el pecho de los reyes” (Is 60, 16) por otra parte. ¡Qué riqueza hay en Cristo, al conocerlo *como él se reveló*! Él se nos reveló así porque él sabe que *necesitamos* esta revelación plena y clara. Es por eso que él mandó que el evangelio fuera predicado a *toda* criatura, para que *todos* los confines de la tierra pudieran contemplar la salvación de nuestro Dios (Sal 97, 3), y calentarse en su esplendor. Fuimos hechos *para* este esplendor. Por eso es tan *necesario* que a *todo* hombre sea dado la oportunidad de *conocerlo*, de ser purificado, y venir a vivir con Cristo en las cimas de la luz, regocijándose en su fulgor. Es por eso que la Iglesia es por naturaleza misionera.

Para que se realice todo esto en nosotros en toda su belleza y plenitud, tenemos que dejar todo lo demás por él y vivir sólo para él como la única alegría de nuestra vida, en la medida que esto sea posible, y tratar de seguir su voluntad perfectamente en todo, como él nos la revela por el Espíritu Santo. Sólo los que viven así vivirán en la luz de Cristo, porque sólo ellos están *vacíos* de toda otra cosa, para poder estar llenos de Cristo; y Cristo no tendrá que competir con cosa alguna en ellos para ganar su atención. Están fijos en él, enfocados en él; y en ninguna otra cosa, persona, o interés. Cuanto más una persona puede ser así, tanto más va a experimentar a Cristo. Necesita la ayuda de la gracia para vencer otras tentaciones; pero si la busca, se le dará.

Este hincapié en la importancia de la *evangelización* y la *fe explícita* en Jesucristo con la recepción del bautismo es claramente el foco de san Pablo en esta sección de su carta, porque él está pensando en cristianos gentiles, no en paganos no bautizados. Su interés es *predicar* el evangelio a los gentiles para que ellos también puedan *convertirse* a Cristo y así ser justificados por su fe, siendo incircuncisos, como también Abraham fue justificado por la fe siendo todavía incircunciso. ¡Qué gran tesoro la *predicación* del evangelio lleva a los gentiles! Ella les da una oportunidad *clara y segura* para ser perdonados de sus pecados, justificados por la fe, y hechos miembros completos de la Iglesia con todos sus beneficios.

“...y padre de la circuncisión, para los que no solamente son de la circuncisión, sino que también siguen las pisadas de la *fe* que tuvo nuestro padre Abraham antes de ser circuncidado” (Rom 4, 12). San Pablo está pensando aquí de los

judíos que han creído en el evangelio y han recibido el bautismo. Ellos son — dice— los verdaderos hijos de Abraham, no sólo de nombre y sangre, sino que también por seguir el ejemplo de la *fe* de Abraham. Ahora que la plenitud del tiempo ha llegado, y el Mesías ha venido, los judíos deben seguir las pisadas de su padre Abraham y *creer* en Cristo por su justificación. Entonces Abraham es su padre, no sólo de nombre y según la carne, sino de verdad, según su *fe*.

LA PROMESA REALIZADA MEDIANTE LA FE 4, 13-25

La Santidad y una Vida Heroicamente Virtuosa

“Porque no por la ley fue dada a Abraham o a su descendencia la promesa de que sería heredero del mundo, sino por la justicia de la fe” (Rom 4, 13). San Pablo sigue aquí desarrollando su argumento que Abraham fue grande y justo no como el resultado de sus obras, sino por el don gratuito de Dios, dado a él por su *fe*. Ahora san Pablo arguye que la gran promesa que Dios le hizo, de que iba a heredar mucha tierra y tener una gran descendencia —que esta promesa también no fue el resultado de sus buenas obras, como obras de la ley, sino que era puro don, recibido por su *fe*—. Por eso podemos ver un cierto paralelo entre la justicia y la promesa. Las dos fueron dones gratuitos, y no frutos de sus obras. Tanto la promesa como la justicia se le dieron y se le recibieron por su *fe*. Ni la una ni la otra fue el resultado de obras como si Abraham hubiera merecido esta promesa o su justificación por sus buenas obras.

Primero Dios le dio a Abraham una promesa: “haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre” (Gen 12, 2). A este punto Abraham todavía no ha hecho nada. Él simplemente escuchó. Antes de hacerle esta promesa, Dios le había dicho que saliera de su tierra: “El Señor había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande” (Gen 12, 1-2). Inmediatamente, el texto dice, Abraham obedeció este mandato, porque creyó esta promesa. El texto de Génesis dice: “Y se *fue* Abram, como el Señor le dijo” (Gen 12, 4).

¿Dónde hay aquí una obra buena que Abraham hizo para merecer esta promesa? No hay ninguna. Aun su *salida* de Harán para ir a Canaán vino *después* de recibir esta promesa; no *antes*. Por eso esta *promesa* fue un acto de *gracia*, oído, recibido, y creído por Abraham por la *fe*, y *sin obra alguna* para merecerla. San Pablo dice que él recibió esta promesa “*por la justicia de la fe*” (Rom 4, 13). Es decir, él la recibió como un hombre justo, justificado por Dios por medio de su *fe*. La promesa no le vino porque era un hombre justo por la ley, sino más bien él era un hombre bueno por una justicia que le vino por su *fe*.

Por eso, arguye san Pablo, su *promesa* es por la *fe*, y no por la ley. No es algo merecido. Es puro don, igual que su justicia.

Habiendo dicho esto, también debemos añadir que, de hecho, Abraham fue un hombre virtuoso, y Dios siguió prometiéndole grandes cosas después de que él ha mostrado su virtud en obras buenas, aunque no fueron estas obras buenas las que le justificaron. Sus obras buenas y su vida virtuosa fueron *recompensadas* por Dios al *seguir repitiéndole* esta promesa y engrandeciéndola. Es como Dios engrandeció la promesa como una recompensa por la vida virtuosa de Abraham; pero la promesa en sí como la justificación en sí, en su principio y comienzo, le vino por su fe, y no por sus obras.

Vemos este engrandecimiento de la promesa cuando Abraham se separó de Lot porque “sus posesiones eran muchas, y no podían morar en un mismo lugar” (Gen 13, 6). Aunque él era un patriarca, y Lot era joven y su sobrino, Abraham le dio la primera elección de la tierra: “Y alzó Lot sus ojos, y vio toda la llanura del Jordán, que toda ella era de riego, como el huerto del Señor... Entonces Lot escogió para sí toda la llanura del Jordán” (Gen 13, 10). Abraham le dejó escoger la mejor tierra aunque fue más joven. Abraham le había dicho antes de que él escogiera la llanura del Jordán: “¿No está toda la tierra delante de ti? Yo te ruego que te apartes de mí. Si fueres a la mano izquierda, yo iré a la derecha; y si tú a la derecha, yo iré a la izquierda” (Gen 13, 9).

Entonces inmediatamente después de esta acción *virtuosa* de Abraham, Dios le repitió su promesa, *engrandeciéndola*, sin duda como una *recompensa* por su virtuosidad en dejar la selección a su sobrino, y tomar la peor parte para sí mismo. El texto de la escritura nos dice: “y el Señor dijo a Abram, después que Lot se apartó de él: Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre. Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada. Levántate, ve por la tierra a lo largo de ella y a su ancho; porque a ti la daré” (Gen 13, 14-17).

De verdad, una vida *virtuosa*, como la de Abraham, es *recompensada* por Dios. Vemos qué justo y virtuoso era Abraham, y cuánto Dios lo bendijo como *recompensa* por su vida y obras buenas. Pero el principio y comienzo de su *justicia* fue un *don* de Dios, dado a él por su fe. Ahora la *promesa* también fue dada inicialmente gratuitamente por su fe, pero ahora es *engrandecida* por sus buenas *obras*. Vivió una vida de fe, constada por su virtud, y así Dios le bendijo y estaba de su parte en todas las dificultades de su vida, rescatándolo de sus enemigos y de cada peligro.

Así será para nosotros también. Dios siempre está de parte de el que vive virtuosamente. No le escatimará el sufrimiento, pero lo librará y estará con él

iluminándolo. Con esta luz brillando en nosotros, ¿qué tenemos que temer? Dios está *con* nosotros. La fe y las obras van juntas en armonía. La fe viene primero, pero las obras tienen que seguir después; así crecemos en la gracia y en la santidad.

El ejemplo más grande de la importancia de las *obras* para la promesa dada a Abraham es la *promesa* que Dios le hizo como *recompensa* inmediatamente después de que Abraham fue dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac. El ángel del Señor le dijo: “Por mí mismo he jurado, dice el Señor, que *por cuanto* has *hecho* esto, y no me has rehusado tu hijo, tu único hijo; de cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar; y tu descendencia poseerá las puertas de sus enemigos. En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, *por cuanto obedeciste a mi voz*” (Gen 22, 16-18).

Esta bendición y repetición de la promesa vino a Abraham “*por cuanto* has *hecho* esto” y “*por cuanto obedeciste a mi voz*” (Gen 22, 16.18). Es el resultado de sus buenas *obras*, como una *recompensa* por ellas. ¡Qué importantes, entonces, son buenas obras, una vida buena y virtuosa! ¡Por don de Dios, puede *merecer* un incremento de tan grande *recompensa*! ¿Y qué hizo Abraham para merecer esta bendición, esta renovación de la promesa? Estaba preparado y dispuesto aun a *sacrificar* a su único hijo, el mismo hijo de la promesa, por el cual él ha esperado tanto tiempo, pensando que nunca iba a tener un hijo; y este hijo era el por el cual la misma promesa de una gran descendencia se debe cumplir. Al fin, tiene un hijo, y Dios le pide que lo sacrifique como una ofrenda quemada sobre un monte. Y Abraham se marchó con su hijo para sacrificarlo. Al fin Dios detuvo su mano en el mismo acto de degollarlo. Esto es lo que tanto agradó a Dios —su *obediencia* y su *sacrificio de todo* lo que tenía, incluso a su único hijo amado, el mismo hijo que Dios le prometió y por quien sería realizado la promesa de una gran descendencia. *Por* esta virtud *heroica*, Dios le bendijo y le repitió la promesa con creces.

Dios nos pide la *renuncia a todo*, el *sacrificio de todo* por él, para que él sea el único consuelo, amor, y alegría que tenemos en este mundo; y entonces, y sólo así, renunciando a todo, él será muy grande para con nosotros, dándonos alegría en nuestra vida. A veces parece que Dios está pidiendo aun nuestra vocación, que él mismo nos dio, porque tenemos que ser siempre dispuestos a dejar todo por él cuando él pida esto, incluso nuestra casa, país, tipo de trabajo, familia, libros, lengua, amigos —todo—. Tenemos que hacer esta renuncia en obediencia si él nos la pide. Tenemos que dejar y sacrificar cualquier cosa antes de pecar, antes de desobedecerle en algo, como Abraham fue listo para sacrificar a su único hijo. Es decir, debemos estar dispuestos a sacrificar todo lo necesario para evitar el pecado. Este sacrificio será recompensado, como Dios le recompensó a Abraham por ser listo a sacrificar a su único hijo.

Si parece que somos forzados a pecar, tenemos que aun renunciar a nuestra casa y trabajo, y trasladarnos a otro lugar, si es necesario, para evitar este pecado, esta desobediencia, esta infidelidad. Tenemos que estar preparados a sacrificar todo antes de pecar, antes de desobedecer. Así permaneceremos fieles como Abraham lo fue, y preparados incluso a sacrificar a nuestro único hijo antes de desobedecer la voluntad de Dios para con nosotros. El sacrificio que Dios nos pide puede ser muy grande, como el sacrificio de un único hijo. Al vivir así, seremos abundantemente benditos y viviremos en la paz.

Dios *recompensará* nuestro sacrificio o aun nuestra *intención* de sacrificar las cosas más preciosas si sería necesario para evitar el pecado y para vivir como él quiere que vivamos. Si hacemos este sacrificio, como Abraham estaba dispuesto a hacerlo, viviremos en su *luz*. Nos calentaremos en su esplendor. Viviremos en las cumbres de las montañas con él, en la alegría del Espíritu Santo. El ejemplo de Abraham, un hombre *heroicamente* virtuoso, nos enseña esto. La *escritura* nos enseña esto.

La promesa, no la merecemos. Dios nos la dio gratuitamente. Es una promesa mucho más grande que todo lo que pudiéramos haber producido nosotros mismos. Es puro don de Dios, dado a nosotros por la *fe*. Pero podemos merecer vivir *más* de esta promesa, y tenerla más vívidamente iluminando nuestra mente. Esto, Dios nos otorga, es decir, el poder de merecer un incremento de su promesa, un aumento del esplendor de esta bella visión en que vivimos. Esto, le otorgó Dios a Abraham al *repetirle* esta gran promesa con *creces, porque* Abraham le *obedeció* tan *heroicamente* al ofrecerle a su único hijo en sacrificio, en obediencia a su mandato.

Dios repitió la promesa también a Isaac, el hijo de Abraham, después de la muerte de Abraham, y aquí también vemos que Dios hizo esto por los *méritos* y la *obediencia* de Abraham. La repetición de la promesa a Isaac fue como una *recompensa* de parte de Dios por la fidelidad y *virtud* de su padre Abraham, como nos enseña la escritura, diciendo: “estaré contigo (Isaac), y te bendeciré; porque a ti y a tu descendencia daré todas estas tierras, y confirmaré el juramento que hice a Abraham tu padre. Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y daré a tu descendencia todas estas tierras; y todas las naciones de la tierra serán benditas en tu simiente, *por cuanto* oyó Abraham mi voz, y *guardó* mi *precepto*, mis *mandamientos*, mis *estatutos* y mis *leyes*” (Gen 26, 3-5).

Vemos en estas citaciones de la sagrada escritura que la promesa a Abraham es por una parte la promesa *gratuita* de Dios. Y así es *en sí*, en su *esencia*. Fue dada a Abraham antes de que él haya hecho obra alguna. Pero por *otra* parte fue repetida muchas veces, y se *augmentó* en esplendor para Abraham *por* sus *buenas obras* y su *vida virtuosa*. Su *buen vida* hizo que esta promesa, esta visión no merecida, resplandeciera cada vez *más* en su corazón. Su *obediencia* hizo su vida cada día *más* resplandeciente, cada vez *más* espléndida. Y esto

fue escrito para nosotros. Dios hará la misma cosa para nosotros si él nos ve viviendo una *vida virtuosa*.

Al vivir una vida de *obediencia* a la voluntad de Dios, vivimos cada día *más* en el *esplendor* divino; y la promesa viene a ser cada vez *más* brillante para nosotros. Ella nos alimenta, hasta que vivimos por medio de esta visión. Ella nos da vida. Nos hace personas de la visión, personas de la promesa. La visión o promesa, por medio de la cual vivimos, es la esperanza cristiana, la venida de Cristo con todos los santos en gran luz, viniendo sobre las nubes del cielo con gran poder y voz de trompeta, enviando a sus ángeles para juntar “a sus escogidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (Mt 24, 31), cuando “los justos resplandecerán en el reino de su Padre” (Mt 13, 43). Esta es la visión, la promesa, en que vivimos, y por la cual vivimos, y que crece en belleza y esplendor para nosotros en proporción con nuestra virtud.

Dios nos hizo esta promesa. No la merecemos. Pero en el corazón de un creyente, lleno del amor de Dios, perfectamente obediente a su voluntad aun en las cosas más pequeñas, evitando todo pecado, y ya purificado de los deleites y placeres de este mundo, esta visión, esta esperanza, esta promesa, brilla con mucho *más* fuerza y esplendor que en el corazón de alguien no arrepentido y viviendo todavía en sus pecados, y placeres de aquí abajo, cautivado por sus deseos mundanos. Por eso, aunque la promesa *en sí* es *gratuita*, puro don, y no merecida, aun así la *experiencia* que tendremos de esta promesa depende mucho de nuestro comportamiento, vida virtuosa, y buenas obras. Dios espera y recompensa nuestra colaboración con sus dones.

En los que viven una vida pura y desprendida de los deleites de este mundo, hasta el punto de que, al fin, son purificados de ellos, tanto en su espíritu como en sus sentidos, y cuyo único placer, por el cual viven, es Dios, esta visión resplandece con *gran* fulgor, iluminando su vida. Ellos *permanecen* en este amor, en este esplendor. Con la sabiduría, ellos pueden decir: “Yo puse mi tienda en las *alturas*” (Sir 24, 4). Ellos viven en la luz, penetrados de luz, y las cosas del último día son para ellos llenos de esplendor aun ahora. Ellos no sólo han subido a la cumbre de la montaña, sino que han armado su tienda ahí, y disfrutan del esplendor de Dios. Cristo ilumina su corazón, y la alegría del último día, ya anticipado, llena su alma. Viven un anticipo de la gloria; y su vida en la tierra es un preludio de la vida del cielo, una anticipación del esplendor del último día. El fulgor de Cristo viniendo con todos sus santos en gran gloria sobre las nubes del cielo ya empieza a iluminar su vida.

¿Por qué están disfrutando de esta luz, mientras que otros viven en oscuridad? Es porque viven una *vida heroicamente virtuosa*, y siendo purificados del mundo, la luz de Cristo habitando en su corazón *brilla* con más esplendor.

Aquí, pues, vemos el papel de la fe, y el de las obras buenas en esta cuestión de una promesa divina dada a nosotros. Primeramente es una *promesa*, una

esperanza, de la vida de gloria con Cristo en la plenitud de su reino, cuando vendrá otra vez en su gloria. Esto claramente no es algo que hemos merecido por nuestras obras. Es simplemente dado a nosotros con la fe cuando empezamos a creer. ¿Y quién pensaría que pudiera crear o merecer algo tan grande, tan sublime, tan más allá de su mundo y naturaleza como un ser humano? En sí es *pura gracia* dada a nosotros con la fe. Pero también notamos que una persona *obediente, virtuosa, y purificada experimenta* aun ahora el resplandor de esta promesa *más* que una persona negligente, indulgente, desobediente, y no purificada de los deleites de este mundo. Una persona negligente así, de hecho, casi no experimenta nada de esta luz y esplendor. ¿Por qué? Porque le falta *obras*. Su fe tiene que ser *avivada* por *obras*, por una *vida* buena y *virtuosa*, y siendo purificado por una vida virtuosa, podrá ver esta luz de la gracia con esplendor. Pero sin obras su fe es muerta.

La promesa vino a Abraham gratuitamente por la fe, sin obra alguna, pero después, fue extendida, repetida, y avivada en su corazón como una luz radiante a causa de la *virtud* de su vida, como afirma Eclesiástico: “Abraham fue padre insigne de una multitud de naciones, no se halló quien le igualara en su gloria. Él *guardó* la *ley* del Altísimo, y con él estableció una alianza. En su carne selló esta alianza, y en la prueba fue hallado *fiel*. Por eso Dios le prometió con juramento bendecir a las naciones por su descendencia, multiplicarle como el polvo de la tierra, exaltar su estirpe como las estrellas, y darle una herencia de mar a mar, desde el Río hasta los confines de la tierra” (Eclo 44, 19-21).

Dice esta escritura que Dios le dio esta promesa de descendencia y mucha tierra *porque* “en la prueba fue hallado fiel” (Eclo 44, 20). Fue en un sentido una *recompensa* por su *fidelidad*, por su *virtud*, por su *buena vida* y *buenas obras*. La promesa le fue dada por la *fe*, pero fue engrandecida hasta *resplandecer* en su corazón, iluminando su vida, *porque cooperó* con la gracia con su *buena vida*. Así debemos hacer nosotros también si queremos que la promesa resplandezca en nuestros corazones.

Procedamos al versículo siguiente: “*Porque si los que son de la ley son los herederos, vana resulta la fe, y anulada la promesa*” (Rom 4, 14). Si la promesa fuera el resultado de la ley, no sería *promesa*, sino *sueldo*, dado a nosotros como deuda. Pero eso es imposible porque la misma esencia de una promesa, tal como la que Dios hizo a Abraham, es *don, gracia*, algo libremente y gratuitamente dado sin merecerlo. Es algo *más allá* de nuestra capacidad como hombres el merecerla con nuestros propios méritos naturales. Es un gran don de Dios que enriquece la vida de Abraham. Es una visión de la cual él recibe vida, y por la cual él puede vivir. Por eso en su esencia es un aspecto de su estado de ser justificado por la fe y por la gracia. Es el don de la gracia, que es algo divino que resplandece en su corazón y lo aviva.

“Pues la ley produce ira; pero donde no hay ley, tampoco hay transgresión” (Rom 4, 15). La ira que produce la ley es la ira de Dios. La ira de Dios es su castigo por nuestros pecados al no obedecer su ley. San Pablo enseña que, de verdad, existe la ira y el castigo de Dios: “Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres” (Rom 1, 18). Si la ira de Dios es dirigida contra el pecado del hombre, ¿por qué dice san Pablo que *“la ley produce ira”* (Rom 4, 15)? Es porque la ley, en cierto sentido, causa y multiplica el pecado, que enciende la ira de Dios. La ley, sin un Salvador, no da al hombre el poder de hacer lo que ella manda. No puede *vivificar*, “porque si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley” (Gal 3, 21). Pero la ley no tiene, ni da, este poder. Ella sólo nos *informa* de lo que es bueno y malo, sin ayudarnos a *hacer* lo bueno y *evitar* lo malo. Y conociendo mejor así todo lo que es bueno y todo lo que debemos hacer y evitar, somos *más* culpables cuando *no* lo hacemos, que si no tuviéramos este conocimiento, porque el que no sabe qué es malo, no es tan culpable cuando peca.

Así, pues, en el plan misterioso de Dios, la ley multiplicó el pecado en el mundo, y por eso también engrandeció la ira y el castigo de Dios. Así, pues, donde hay ley, hay pecado e ira, *“pero donde no hay ley, tampoco hay transgresión”* (Rom 4, 15). Esto es porque “Pues antes de la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado” (Rom 5, 13), porque falta el consentimiento. Si no hay ley, uno no sabe qué es pecado; y si uno no sabe que algo es pecado, entonces no ha consentido a pecar, y por tanto no es tan culpable. El fin de todo esto es: “que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso” (Rom 7, 13). Así quiso Dios, como enseña san Pablo: “la ley se introdujo *para que* el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia” (Rom 5, 20). Así planificó Dios, cerrando todo así en pecado, para que pudiera tener misericordia de todos en Jesucristo.

No es, sin embargo, que Dios forzó a los hombres a pecar. Él sólo reveló lo que es bueno y malo por medio de la ley, y entonces cuando el hombre no actuó según la ley, pecó. Así Dios comenzó a instruir al hombre en la virtud. El hombre, realizando su debilidad por medio de la ley, vendría más fácilmente arrepentido a Dios para pedir perdón, y recibir la justificación por la fe, que él faltó a recibir por la ley. Así fue hasta la venida de Cristo. Desde entonces en adelante, un nuevo régimen empezó para todos. Cristo es el fin de la ley para que todos. Desde Cristo en adelante, todos pueden ser justificados por la fe de una manera plena y abundante. La ley fue el primer paso en este proceso, mostrando al hombre su necesidad del perdón, de la misericordia, y de la justificación por la fe. Cuando Cristo, al fin, vino, el hombre debería haber estado ya preparado —conociendo su debilidad y necesidad— para aceptarlo y ser justificado por su fe explícita en él.

Por eso san Pablo arguye aquí, en Rom 4, 13-15, que la promesa a Abraham no le fue hecho por la ley, sino por la fe. No era algo que él mereció, sino algo que le fue gratuitamente dado como gracia y don de Dios. La promesa es diferente

de la ley. La promesa es semejante a la justificación por la fe. Es una gracia, un don de Dios, algo no merecido. Con respecto tanto a la justificación como a la promesa, sólo se necesita la fe. La promesa es recibida por la fe; no merecida por las obras de la ley. La ley produce pecado e ira; pero la promesa da refrigerio, luz, consuelo, y esperanza. Así es semejante a la justificación, y viene esencialmente por la fe, no por la ley.

La promesa es en la línea de la gracia, la línea que termina en Cristo. La ley es de otra línea, la de las obras y los méritos. Nadie ha sido justificado por esta segunda línea. *“Por tanto, es por fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme para toda su descendencia; no solamente para la que es de la ley, sino también para la que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros” (Rom 4, 16)*. La promesa hecha a Abraham es para todos los que siguen su fe, y no sólo para los judíos. La promesa le fue dada por su fe, y es heredada por nosotros también por nuestra fe. Así somos sus herederos, herederos de su promesa, si seguimos su fe. Somos benditos en él por medio de su descendiente Cristo. La promesa de bendición es cumplida en Cristo para nosotros que tenemos la fe. Esta promesa es “por gracia” y es “segura”. Vivimos ahora en esta gracia, en esta promesa que recibimos por la fe.

La gracia en la que vivimos es la de ser justificados, es decir, *hechos* justos, limpios, puros, y santos, viviendo con Dios más íntimamente aún que Abraham, porque no sólo caminamos con Dios, creyendo en la bendición que él nos dará, sino que somos hechos hijos de Dios en su único Hijo y dados el don del Espíritu Santo, un don mesiánico para los últimos días para vivir en una nueva cercanía a Dios, que anteriormente era imposible. Somos asumidos por Cristo, quien nos diviniza. Estamos en Cristo. Él es nuestra cabeza. Nosotros somos su cuerpo, su carne y sangre, que el Verbo divino diviniza. Nuestra carne, nuestra naturaleza, está asumida por el Verbo divino, quien la deifica junto con el cuerpo personal de Cristo. Por fe recibimos este don de la divinización, que nos hace nuevas criaturas, resplandecientes con la luz divina en nosotros, dada a nosotros por nuestra unión con Cristo. Así somos benditos como hijos de Abraham por la fe, herederos de su promesa de bendición. Somos hijos de la promesa. Vivimos en el cumplimiento de la promesa de bendición hecha a Abraham.

Somos muertos en la muerte de Cristo, porque estamos en Cristo, muertos en él al pasado, al pecado, y resucitados nuevos en él, renovados en el esplendor de su resurrección, para vivir en él una vida nueva e iluminada por la gloria que emana de él. Vivimos en el Espíritu Santo, y en la iluminación de la gracia, que es el resplandor de Dios en nosotros. Y tenemos la vida divina fluyendo dentro de nosotros. Todo esto nos viene de Cristo por la fe, junto con el don de la justificación por fe en él. Es la promesa a Abraham cumplida.

“Por tanto, es por fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme para toda su descendencia; no solamente para la que es de la ley, sino también

para la que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros 17 (como está escrito: Te he puesto por padre de muchas gentes) delante de Dios a quien creyó, el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen” (Rom 4, 16-17). Este versículo (17) es una meditación sobre la calidad de la fe de Abraham. Abraham cree en un Dios que puede resucitar a los muertos, y crear de la nada. Así fue la calidad de su fe cuando ofreció a Isaac, su único hijo, el hijo de la promesa, por el cual él tendría muchos descendientes. ¿Cómo va a tener descendientes ahora por medio de Isaac si él lo sacrifica? Y Dios le había dicho: “yo estableceré mi pacto con Isaac” (Gen 17, 21), y “Ciertamente Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac; y confirmaré mi pacto con él como pacto perpetuo para sus descendientes después de él” (Gen 17, 19). Entonces Dios le dijo: “Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré” (Gen 22, 2).

“Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos” (Heb 11, 17-19). Así fue la fe de Abraham. Después de esperar tantos años, pensando que nunca iba a tener un hijo para cumplir la promesa, una vez que tuvo un hijo, Dios le mandó a sacrificarlo; y Abraham obedeció, sin ni siquiera una palabra de murmuración. Es una fe tremenda. Es una fe en un Dios que “es poderoso para *levantar* aun de entre los *muertos*” (Heb 11, 19). Y ahora san Pablo dice que Abraham creyó en un Dios “*el cual da vida a los muertos*” (Rom 4, 17).

Un Dios así nos puede salvar de *cualquier* situación. Salvó a Abraham, mostrándole al último momento que esta fue sólo una prueba, y le devolvió a su hijo. Esta es la calidad de fe que heredamos de nuestro padre Abraham, el padre de nuestra fe. Teniendo este tipo de confianza en Dios, viviremos bien, viviremos una vida bendita de Dios y protegida por él, sin necesidad de temer cosa alguna. Él no nos escatimará pruebas, pero hemos de tener la confianza de antemano de que de todas estas pruebas él nos libraré. Y así lo hará. El vivir así, según el ejemplo de Abraham, es vivir una vida de fe, una vida nutrida por la promesa. Al vivir así, vivimos de una visión, de una promesa. Somos así un pueblo de la promesa; y sabemos que todo saldrá bien, y seremos protegidos. Viviremos así confiados, una vida de fe.

“Él creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas gentes, conforme a lo que se le había dicho: Así será tu descendencia” (Rom 4, 18; Gen 15, 5). Aquí san Pablo subraya la dificultad de la esperanza de Abraham. Él creyó, y tenía esperanza de que recibiría, de un modo desconocido, lo que Dios le prometió. Él creyó que tendría una gran descendencia e iba a “*ser padre de muchas gentes*”, y que esto sucedería por medio de Sara que era ya anciana y además estéril. Así Dios actuó con él, y en esto él es un modelo para nosotros de la fe y la esperanza.

Abraham fue un hombre de gran esperanza. Vivía de una visión bella del futuro, que Dios le dio. Fue un hombre de visión. Su visión no le vino de sí mismo. Él no la produjo. Le fue dada por Dios por la promesa que Dios le hizo. Así él fue un hombre de la promesa. No vivió simplemente día tras día, preocupado sólo de las cosas de cada día, sino que vivía de esta visión que le dio la promesa divina. Así vivía en esperanza para el futuro. Vivía, por eso, en alegría, porque la *esperanza*, como una virtud teologal dada a nosotros por Dios, da mucha alegría a nuestra vida. Nos da alegría porque la esperanza en sí es bella y embellece a nuestra vida. Por la esperanza vivimos en un encanto. Vemos el mundo y todas las cosas por esta nueva *perspectiva* de la esperanza. Nuestra vida presente está realizando esta esperanza. La esperanza, por eso, hace que resplandezca nuestra vida.

La esperanza está basada en la fe. Sin la fe, no hay esperanza. Esperamos porque creemos. Como herederos de Abraham, heredamos su promesa de bendiciones en Cristo, su descendiente prometido. Y viviendo en Cristo, también vivimos en esperanza, basada en nuestra fe en él. *Esperamos* la plena realización de la salvación que ya hemos recibido en Cristo. *Esperamos* una nueva tierra y nuevos cielos. *Esperamos* la renovación del mundo en Jesucristo. Anhelamos ver el día en que “Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará”, cuando “el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará” (Is 11, 6).

Hacemos nuestro trabajo ahora con nuestras mentes iluminadas por esta esperanza. Vivimos ya de antemano, en un cierto sentido, en esta visión de paz. Vivimos ya ahora con esta paz en nuestro corazón. Vivimos en espíritu en este reino pacífico. Es una promesa que nos da vida, que nos vivifica y nos llena de esperanza y alegría. Y gemimos dentro de nosotros mismos con anhelo ardiente para la venida de Jesucristo en las nubes del cielo con todos los santos en gran poder y gloria. Y habrá en aquel día una gran luz. Esta esperanza resplandece dentro de nosotros ahora porque tenemos fe. Esta esperanza nos ilumina por dentro y embellece nuestra vida. Vivimos y caminamos por su fulgor. Vivimos en su belleza.

En la contemplación, vivimos en esta luz, y ella nos alimenta y aviva. En la contemplación, nos calentamos en el resplandor de esta luz, que esperamos verlo un día en su plenitud cuando Cristo vendrá otra vez en su gloria. Y todo esto es basado en la fe, como afirma Hebreos: “La *fe* es fundamento de las cosas que se *esperan*, argumento de las que no se ven” (Heb 11, 1). La fe de Abraham fue el fundamento de su vida de alegre esperanza.

La esperanza es muy importante, aun si no vemos cómo se puede realizar, como Abraham no sabía cómo la promesa de descendientes pudiera realizarse por Sara. Pero esperó y no dudó, y así vivió feliz y confiado.

¿Cuántas veces Dios nos da una esperanza y nos hace una promesa que nos parece humanamente irrealizable, como la de Abraham? Dios puede dirigirnos, por ejemplo, a vivir de una manera que nos parece imposible en nuestro ambiente. Pero si es *Dios* que nos dio esta visión y esperanza, no debemos dudarla. Sólo podemos *seguirla*, es decir: *vivir conforme* a esta visión, al confiar en su protección, confiados de que el que nos hizo esta promesa y que nos dio esta visión, también nos ayudará a vivirla de modos y por caminos todavía desconocidos a nosotros. Y así vivimos, hombres de esperanza, hombres de una visión, hombres de fe. Y Dios nos guía y protege por todas las vicisitudes de la vida; y así él nos santifica por nuestra fidelidad, por nuestra fe, por nuestra esperanza. Y como recompensa por vivir fielmente así, nos llena de su propio *amor*. Así vemos que, como Abraham, nuestro padre en la fe, vivimos una vida teologal, una vida de las virtudes teologales, es decir, una vida de fe, esperanza y amor.

Abraham vivió “*en esperanza contra esperanza*” (Rom 4, 18), y así también debemos nosotros vivir. Cuanto más *difícil* fue para él a creer esta promesa y vivir para su cumplimiento, tanto más *mérito* ganó delante de Dios, y tanto más Dios le bendijo. La promesa no fue merecida. Era un don de la gracia. Pero al vivir *fielmente* según esta promesa, él *mereció*, por la bondad de Dios, una bendición. El mismo acto de *merecer* esta bendición fue un *don* de Dios, un don de la gracia. Así Dios nos da el *don* de poder *merecer*. Por eso, aunque podemos merecer, sin embargo, todo es gracia. Es Dios que nos da gratuitamente este poder de merecer. Y así creyendo, esperando, amando, y viviendo *fielmente*, Abraham mereció crecer en la virtud.

La vida de Abraham es el *modelo* de una vida de *esperanza y fe*; y una vida de esperanza y fe es una vida de alegría espiritual, una vida vivida en la luz, una vida llena de Dios, y por eso es una vida de paz celestial, paz no de este mundo, como dice san Pablo: “Y el Dios de *esperanza* os llene de todo *gozo y paz* en el creer, para que abundéis en *esperanza* por el poder del Espíritu Santo” (Rom 15, 13).

Dios es un “Dios de esperanza” porque es el Dios de la *promesa* en que vivimos y *esperamos*. Dios quiere que seamos nosotros un pueblo de esperanza al ser un pueblo de fe, porque de la fe brota la esperanza. La promesa es el objeto de nuestra fe, y al creer esta promesa y dirigir nuestra vida según esta promesa, nos llenamos de esperanza. Siendo llenos de esperanza, vivimos en alegría espiritual y paz celestial. La vida de Abraham modela para nosotros todas estas cosas. “Y habiendo *esperado* con paciencia, alcanzó la *promesa*” (Heb 6, 15). Tuvo un hijo, y por medio de él tuvo una gran descendencia.

“Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto, siendo de casi cien años, o la esterilidad de la matriz de Sara” (Rom 4, 19). *Humanamente* no hay esperanza aquí. ¿Quién cree que un hombre de cien años con una mujer estéril de noventa años puede tener un hijo de ella? Así

vemos que la fe de Abraham no era algo meramente *humano*. No vino del hombre, ni fue dentro de la capacidad del hombre a realizarla. Vino de Dios. Dios es el origen de su fe y esperanza, porque era Dios que le hizo esta promesa de descendencia por Sara, y que le prometió que toda la tierra, todas las naciones, serán benditas en él. "...y serán benditas en ti todas las familias de la tierra" (Gen 12, 3). Esta promesa fue cumplida en Cristo y por la misión de la Iglesia hasta los confines de la tierra.

Dios le dijo a Abraham que él iba a bendecir a Sara, su esposa, también: "Y la bendeciré, y también te daré de ella hijo; sí, la bendeciré, y vendrá a ser madre de naciones; reyes de pueblos vendrán de ella. Entonces Abraham se prostró sobre su rostro, y se rió, y dijo en su corazón: ¿A hombre de cien años ha de nacer un hijo? ¿Y Sara, ya de noventa años, ha de concebir?" (Gen 17, 16-17). ¿Qué cosa más imposible hay del punto de vista humano? Pero, como rezó Jeremías: "¡Oh Señor Dios, he aquí que tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder, y con tu brazo extendido, ni hay nada que sea difícil para ti!" (Jer 32, 17). Este es el espíritu en que vivía Abraham. Él vivía en el mismo espíritu del mensaje del ángel Gabriel a María, anunciándole que su prima Isabel ha concebido un hijo en su vejez. Dijo: "Porque nada hay imposible para Dios" (Lc 1, 37).

Abraham vio su cuerpo, "*que estaba ya como muerto*" (Rom 4, 19), y en vez de dejar de creer, seguía creyendo. Preguntó a Dios varias veces cómo esta promesa pudiera realizarse, pero no sabiendo cómo, sin embargo seguía siendo un hombre de fe y esperanza. Si supiera cómo pudo realizarse, si, por ejemplo, él fuera joven y Sara también joven y fértil, entonces, ¿dónde estaría su fe y su esperanza? Nadie cree en cosas que se ve; y nadie espera en lo que se ve. Al contrario, la *fe* es "la convicción de lo que *no se ve*" (Heb 11, 1). ¿En qué sentido sería Abraham un hombre de fe y esperanza si él fuera joven, y si Dios le hubiera prometido que tendría un hijo de una esposa igualmente joven y fértil? Esto sería nada más que algo natural y normal. Su virtud, al contrario, se manifiesta en que él creyó que tendría un hijo, teniendo ya cien años de edad y de una mujer anciana y estéril. Y creyó porque *Dios se lo prometió*.

Dios hace lo mismo con nosotros, prometiéndonos cosas que no podemos ver cómo sería posible realizarlas. Debemos hacer lo que hizo Abraham: creer y vivir conforme a esta promesa en medio de un mundo que no entiende qué estamos haciendo porque no ha oído esta promesa.

El creer en la promesa porque era *Dios* que le reveló le hizo a Abraham un hombre de fe y esperanza, un hombre que bebía de una fuente que no se veía, un hombre que vivía no para lo que sus ojos veían, sino para lo que no se veía. Era un hombre que vivía por la visión que Dios le dio, y no por las cosas que se ven; él vivía desde su corazón. Era un hombre que no vivió por la vista de los ojos, sino por la visión de su corazón. Esto es lo que le hizo grande a los ojos de Dios. Él vivió por y para Dios. Vivió por y para la visión y la promesa, a

pesar de lo que sus ojos veían y lo que sus vecinos pensaban de él. Él era así, pues, un hombre de Dios, un hombre de fe y esperanza, un modelo para nosotros.

Dios nos da a nosotros también una promesa, una visión para nuestra vida, de la cual debemos vivir, pero que parece imposible a realizar. Esta visión, esta promesa, es que seamos santos al vivir en este mundo de una manera completamente santa, sólo para él, renunciando a todo lo demás (Mc 1, 17-18; Lc 5, 11.28; Mt 19, 21; Mt 13, 44-46; Lc 14, 33.26). Esta es la llamada a la perfección. Pero una vida así puede parecer humanamente irrealizable —como la promesa hecha a Abraham— porque hay muy pocas personas que viven así, o que *quieren* vivir así, o que siquiera *entienden* una vida así. Por eso en nuestro ambiente podemos encontrar mucha incomprensión, e incluso oposición y persecución. Podemos encontrarnos excluidos, perseguidos, y aun expulsados al vivir así. Y los débiles de fe y esperanza se rinden. Pero si como Abraham seguimos fieles a esta visión, a esta promesa, a esta vocación a la perfección, entonces seremos, de verdad, hombres de fe, hombres de esperanza, hombres de Dios, dando un testimonio importante al mundo. Y Dios que nos dio esta inspiración, este llamado, esta vocación a la perfección, no nos dejará desamparados, como no lo dejó a Abraham desamparado. Él nos apoyará y protegerá en toda situación, como lo hizo a Abraham; y nos bendecirá con su gracia y amor. Así fueron los santos de cada época. Y somos invitados a ser uno de ellos al imitar a Abraham, hombre de fe, hombre de esperanza, hombre de la promesa.

“Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios...” (Rom 4, 20). En vez de ser débil y olvidar a Dios y su promesa que era tan difícil a creer y realizar, al contrario, *“se fortaleció en fe, dando gloria a Dios” (Rom 4, 20).* Aprendemos del ejemplo de Abraham que los mejores tiempos por la fe y nuestro crecimiento espiritual son los tiempos más difíciles, por ejemplo tiempos de persecución, cuando nadie nos entiende y somos desechados y rechazados por todos, como lo fue san Pablo tantas veces, y como Jesús terminó su vida. También tenemos los ejemplos de los mártires que dieron gloria a Dios en sus persecuciones. Así fue la vida de Abraham, un hombre justificado y santificado por su fe y vida de fe, viviendo siempre bajo la promesa, buscándola, siguiéndola, aunque parecía que estaba engañado y descarriado.

Al vivir así, desconfiaba cada vez más de los juicios de los hombres, quienes pensaban que era engañado; y confiaba cada día más en la promesa, y así creció en su fe. Cuando somos seguros de la dirección de Dios en nuestra vida y cuando vemos que nadie nos entiende, ni vive como Dios está dirigiéndonos a nosotros a vivir, entonces vemos cada vez más claramente qué diferentes son los hijos del mundo, de los hijos de Dios, y qué diferentes son los juicios de Dios, de los juicios del mundo. “Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que

vuestros pensamientos” (Is 55, 9). Vemos que estos dos caminos son muchas veces *opuestos*, y que es imposible seguir los dos. Por eso tenemos que escoger un camino, y dejar el otro. Si escogemos el camino de Dios, vemos que tenemos que dejar los caminos del mundo; y así desconfiamos cada vez más de los juicios de los hombres, y vivimos cada día más según los de Dios, no haciendo caso de lo que quiere y piensa el mundo sobre nosotros. Así somos hombres de fe, y no del mundo (Jn 17, 14). Así vemos claramente que “Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mt 6, 24).

Abraham vivió por medio de su *fe*, y no por las ideas del mundo. Vivió por la *promesa*, que le inspiró y fue su deleite. La promesa fue la dulzura de su vida. Era un signo concreto de la protección y amor de Dios. Era algo inmerecido, un don de la gracia, en lo que él creyó, y el creerlo le dio esperanza; y en esta *esperanza vivía*, aun cuando alrededor de él, todo parecía oscuro, como cuando descendió a Egipto y Faraón tomó a Sara por mujer. Abraham aguantó aun esto, sin luchar, diciendo que ella era su hermana. Al fin, “el Señor hirió a Faraón y a su casa con grandes plagas, por causa de Sarai mujer de Abram” (Gen 12, 17). Y cuando salió de Egipto, la escritura dice: “Y Abram era riquísimo en ganado, en plata y en oro” (Gen 13, 2), sin duda regalos de Faraón para disculparse por haber tomado a Sara por mujer. Así Dios bendijo y protegió a Abraham en todas sus dificultades, en toda situación, porque era un hombre de fe en Dios, un hombre de la promesa. Así vivía en esperanza y alegría espiritual por su fe, protegido por Dios en toda dificultad. Así Abraham fue un hombre justo por su fe. Dios lo hizo justo y santo por su fe, por su vida de fe lo protegió en todas las dificultades que tenía.

En sus dificultades Dios le dio fuerza, y su virtud se perfeccionó en estas pruebas. En las pruebas, él creció en fe y esperanza, y Dios lo salvó de todos sus problemas, uno tras otro. La gracia de Dios fue suficiente para él. Así él fue como san Pablo, que dijo: “Y me ha dicho [Dios]: Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo” (2 Cor 12, 9). San Pablo no sólo aguantaba los problemas de la vida, persecuciones, etc., sino más bien los acogió con alegría, conociendo por experiencia que en estos tiempos experimentaba más el poder de Cristo, y se reconoció más en estos tiempos como un verdadero hombre de fe, viviendo del poder de Cristo, y no de su propio poder. El poder de Dios se perfecciona en nuestra debilidad, cuando somos perseguidos, rechazados, y expulsados por nuestra fe, como lo fue san Pablo. Entonces, de veras, vivimos por medio de nuestra fe. En estos tiempos somos hombres de fe por antonomasia. Por eso san Pablo sigue diciendo: “Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Cor 12, 10).

La mayoría se rinde cuando es perseguida; y deja de seguir su conciencia y la voz interior Dios. Deja de hacer la voluntad de Dios, para escapar de un mal paso. La presión social los vence, y siguen en adelante el camino ancho y cómodo del respeto humano en vez del camino angosto, difícil, y estrecho de la vida, que es el camino de la voluntad de Dios. Se rinden para evitar la persecución; y así dejan de ser personas de fe, personas de la *promesa*, personas de *esperanza*; y vienen a ser, en vez de esto, personas del mundo. Abraham, hombre de la promesa, no fue así. *“Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios” (Rom 4, 20).*

Cuánto mejor es robustecerse en la persecución con la gracia de Dios, y seguir siendo hombres de fe y esperanza, fielmente viviendo una vida santa en este mundo, una vida de perfección en un ambiente donde la mayoría vive mundanamente una vida cómoda y de placer. Si uno puede permanecer fiel, experimentará un incremento de gracia y gloria por sus méritos y virtud. Así Dios, en su bondad, nos recompensa y bendice, como afirma san Pedro: “Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el Espíritu de la gloria y de Dios reposa sobre vosotros” (1 Pd 4, 14). En estos tiempos, somos hechos más conformes a Cristo crucificado, y por eso su Espíritu reposa más poderosamente sobre nosotros.

Así es la vida de fe, que pocos viven, porque pocos permanecen totalmente fieles a la inspiración y voluntad de Dios en tiempos de persecución y dificultad. Abraham permaneció fiel, siempre un hombre fiel, un hombre de fe, y por eso Dios le recompensó abundantemente y lo protegió en todos sus problemas. Por eso san Pablo dice: “pero de mí mismo en nada me gloriaré, sino en mis debilidades” (2 Cor 12, 5). Por eso *“Tampoco dudó [Abraham], por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios” (Rom 4, 20).* Así vivió este hombre de fe, “por lo cual también su fe le fue contada por justicia” (Rom 4, 22). Su fe le hizo justo; o, mejor dicho, Dios lo hizo justo por su fe. Lo justificó por la fe: por medio de su fe, y también por causa de su fe.

Así es la vida de perfección, vivida sólo para Dios, desprendida de todo lo demás, teniendo sólo a Dios por Señor, dejando y renunciando a lo demás, permaneciendo con un solo tesoro Cristo (Mt 6, 19-21), y obedeciendo siempre su voluntad. Esta es la vida de perfección y santidad que es a menudo mal entendida en este mundo donde la mayoría vive por sí mismo y no puede entender ni aguantar a alguien que vive de una manera tan radicalmente diferente de ellos. Es como el justo del libro de la Sabiduría: Él “Es un reproche contra nuestras convicciones —dijeron los impíos— y su sola aparición nos resulta insoportable, pues lleva una vida distinta a los demás y va por caminos diferentes” (Sab 2, 14). Pero precisamente en este sufrimiento de rechazo es nuestra santificación y gloria. Por eso, como san Pablo, debemos gloriarnos en estas dificultades. Son como las heridas honorables de guerra, de la guerra espiritual.

Nunca debemos dudar la dirección y protección de Dios en esta vida de perfección. Él siempre nos ayudará, sobre todo porque nos hemos dedicado completamente a él, renunciando a todo lo demás. Él nos amará por ello con un amor de gran predilección, más que a los demás que siguen los caminos del mundo, movidos más por la presión social, el respeto humano, y el deseo de placer en su manera de vivir que por el amor de Dios y el deseo de hacer su voluntad. Este amor de Dios nos llenará de *gozo* y *luz*, y teniendo estos, ¿qué nos importaría las persecuciones y menosprecio de este mundo, que san Pablo tanto experimentaba, y con tanto gozo? Así es la vida vivida según la *promesa* de Dios, una vida llena de *gozo* y *luz* en medio de las persecuciones e incomprendimientos humanos. En esto, Abraham, hombre de la promesa, es nuestro modelo.

En efecto, expulsiones por causa de la fe y de la fidelidad a la voluntad de Dios nos ayudan *más* que todo lo demás, porque Dios usa estas para ponernos donde él nos necesita ahora, y cada vez que estemos trasladados así, estaremos mejor ubicados para vivir según la manera que él está inspirándonos y dirigiéndonos a vivir, y también estaremos mejor colocados para ayudar a los demás con el testimonio de nuestra manera de vivir y con nuestras palabras, sermones, y escritos. Así lo fue para san Pablo. Así lo fue para Abraham. ¿Cuántas veces fue san Pablo expulsado y así mejor colocado para predicar a siempre nuevos pueblos las grandezas de la salvación de Dios en Jesucristo?

Así será también para nosotros, si vivimos fielmente esta vida de fe, esperanza, y amor, esta vida de perfección, esta vida de la promesa. Por eso no debemos sólo *aguantar* la dificultad de una verdadera vida de fe, sino que más bien *gloriarnos* y aun *jactarnos*, como lo hizo san Pablo, de estas dificultades y persecuciones, en la cuales está nuestra gloria. Así podemos decir con san Pablo: “Si es necesario gloriarse, me gloriaré en lo que es mi *debilidad*” (2 Cor 11, 30). Así vemos a Abraham, resplandeciendo como un hombre de fe y esperanza en la promesa en medio de muchas dificultades, desde todas las cuales Dios lo rescató. Es nuestro modelo. Por ello Dios lo justificó por su fe.

La vida de fe, la vida de perfección, parece al mundo como una locura. Ved a Abraham, un hombre de setenta y cinco años de edad, y luego de cien años, esperando un hijo, creyendo que él sería padre de muchas naciones. ¡Qué locura!, piensa el mundo. Pero “lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres” (1 Cor 1, 25). Dios escoge personas que el mundo cree son débiles y necios, y a estos él ama con gran predilección, porque son personas de fe que siguen la voluntad de Dios y rechazan el respeto humano y la presión social. No hacen caso de lo que el mundo piensa, dice, o hace a ellos, porque viven sólo para Dios. A ellos Dios escogió para darles su amor, para que vivieran en este amor y esplendor.

De ellos habló san Pablo, diciendo: “lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo

fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es” (1 Cor 1, 27-28). Es verdad que “muchos primeros serán los últimos, y los últimos, primeros” (Mt 19, 20). Los que son primeros ahora son los ricos de este mundo, que viven normalmente para sí mismos. Los últimos de ahora son los hombres de fe y de la promesa, como Abraham, a quienes Dios justifica y santifica por su fe. Serán los primeros después; y aun ahora, en el reino de Dios, son los primeros, porque viven en su luz al vivir de la promesa en esperanza y amor, llenos de Dios.

San Pablo, como Abraham, vivió esta vida de fe, viviendo de la promesa, que lo hizo parecer como insensato en este mundo, como un necio, un espectáculo, a quien todos veían con horror, algo que el mundo rechaza. Dice: “Porque según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como los últimos, como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser *espectáculo* al mundo, a los ángeles y a los *hombres*...hemos venido a ser hasta ahora como la *escoria* del mundo, el desecho de todos” (1 Cor 4, 9.13). Así fue la vida de san Pablo, una verdadera vida de fe y esperanza, una vida de la promesa, no una vida cobarde que trata de acomodarse a este mundo y al mismo tiempo trata de creer en Dios, tratando de servir así a dos señores, cosa que Jesús nos enseñó es imposible (Mt 6, 24).

¡No! La vida de san Pablo, como la de Abraham, no fue así. San Pablo vivió sólo para Cristo en todo, como su único Señor y tesoro, y por eso fue tan mal entendido y tan mal tratado en este mundo; pero para con Dios fue abundantemente bendito, lleno de gracia, amor divino, y gozo espiritual. Vivió de la promesa y por la gloria de Cristo, para su venida gloriosa con todos los santos y ángeles en gran luz. Fue un hombre de fe, y su fe le dio esperanza; y esta esperanza le dio alegría espiritual, porque vivió según la voluntad de Dios. Vivió por la promesa, y Dios lo protegió en cada paso de su vida, en todas sus persecuciones, dificultades, y expulsiones, hasta que dijo: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil 4, 13).

Creo que esto es comentario suficiente sobre este versículo: “*Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios*” (Rom 4, 20).

“...plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido” (Rom 4, 21). Este versículo hace hincapié no tanto en la dificultad de la promesa como en su cumplimiento. Tenemos que enfocarnos en el cumplimiento de la promesa, y no sólo en las dificultades en el camino. La visión, la promesa, en sí es algo positivo, no negativo. Podemos superar las dificultades y vencer la oposición, precisamente porque nos enfocamos en la *meta* y en el poder de Dios para realizar lo que nos ha prometido.

Los santos amaron la cruz e incluso *buscaron* cruces precisamente porque fueron tan llenos del amor de Dios, hasta desbordarse, y porque vivían en su luz

radiante y anhelaban la gloria del cielo y la plena visión de Dios. Por eso amaban la cruz, porque era una expresión de su amor, un modo para darse en amor y donación de sí mismos a Dios, y un modo para unirse más íntimamente con su Salvador crucificado. Quisieron imitar a quien tanto amaron, ser como él, configurarse con él, asemejarse a él en amor.

Así pudo Abraham sobrevivir a sus dificultades, y superarlas, siendo un hombre de esperanza, basada en la promesa que *iluminó* su vida. Fue así un hombre de *visión*. Su visión coloró todo lo que vio, y dio mucha belleza a su vida. Él no veía al mundo como los demás lo veían. Él lo vio con los colores de Dios, con colores divinos. El mundo para él fue lleno de amor, de esperanza, y de belleza, porque andaba con Dios, comunicaba con Dios, y Dios se revelaba a él. Él vivió *en una visión*, en esta gran promesa, y fue lleno de alegre expectativa, soñando con el cumplimiento de la promesa, de cómo todas las naciones del mundo serán benditas en él, y de cómo él mismo será una bendición para la tierra entera. Fue un hombre de visión.

Cuando tratamos de vivir una vida de perfección conforme a la voluntad de Dios, nosotros también debemos enfocarnos y soñar con la meta *final* de esta santa vida, y no en los problemas presentes, que Dios puede fácilmente vencer. Debemos mirar al futuro con alegría, estando persuadidos de esto, que el que comenzó en nosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo (Fil 1, 6), y que él no nos llamó así en vano, sino que nos conducirá hasta el lugar donde podremos vivir en su presencia de la manera de que él está dirigiéndonos e inspirándonos a vivir. Y debemos también meditar con mucha frecuencia sobre la venida gloriosa de Jesucristo para cumplir todas las cosas y hacerlas nuevas. Con Cristo y esta esperanza resplandeciendo así en nuestro corazón, los problemas actuales no nos perturbarán tanto, más bien los veremos como *oportunidades* para dar testimonio.

“Por lo cual también su fe le fue contada por justicia” (Rom 4, 22). Esta es una repetición del versículo 3, que expresa el punto central de este capítulo. Este es el mensaje principal de san Pablo en toda esta carta. Es su mensaje sobre la salvación que Dios nos dio en Jesucristo por la fe. También si es *salvación*, es algo que nos *salva* de nuestros *pecados*, y por eso *no* es algo que *merecemos*. Es el *perdón* de Dios, ¿y quién piensa que *merece perdón*? Si uno recibe *perdón*, esto quiere decir que *merece castigo*, no perdón. Pero por su propia bondad, Dios nos dio su *perdón* en vez del *castigo* que merecimos. Esto sucede cuando nos arrepentimos y pedimos su misericordia y perdón en nombre de Jesucristo.

Pero la justificación de Dios es mucho más que algo negativo, es decir, es más que sólo el perdón de los pecados. Es también positiva. Es un don de Dios, que en su plenitud, en el cumplimiento del tiempo, con la venida de Jesucristo, nos dará grandes riquezas. La justificación nos da la filiación divina (Gal 4, 5), haciéndonos hijos de Dios en el único Hijo divino, con el Espíritu de la filiación, el

Espíritu Santo, inhabitando en nuestros corazones, “por el cual clamamos: ¡Abba Padre!” (Rom 8, 15). Y por la justificación, Cristo resplandece en nuestros corazones, limpiándonos, purificándonos, y haciéndonos resplandecientes con la luz divina. La justificación nos da una participación de la naturaleza divina (2 Pd 1, 4), dándonos así una vida en la luz, porque Dios vive en “luz inaccesible” (1 Tim 6, 16) y envió a su Hijo para que nosotros también viviéramos en su esplendor, regocijándonos en su luz. Por eso dijo Jesús: “Yo soy la *luz* del mundo; el que me *sigue*, no andará en tinieblas, sino que tendrá la *luz* de la vida” (Jn 8, 12). La justificación nos da también un nuevo nacimiento en Dios; y nacidos de nuevo y de arriba, de Dios, tenemos ahora la vida divina del mismo Dios fluyendo en nosotros. Es una participación en su vida y amor.

La justificación también nos diviniza, nos deifica, porque nos injerta en Cristo, y su divinidad diviniza nuestra humanidad, como su propia Persona divina divinizó su propia humanidad, su propio cuerpo y alma. También nosotros somos en Cristo por naturaleza porque él comparte nuestra naturaleza, y él la transforma y diviniza. La justificación actualiza para nosotros, como individuos, esta divinización general de nuestra naturaleza en Cristo. La justificación nos hace justos, puros, y santos ante Dios, como puro don inmerecido. Más aún Dios nos da también incluso el don de poder *merecer* a *crecer* en la santidad por medio de una vida virtuosa. Finalmente, los justificados, cuando mueren, pueden entrar en el cielo, abierto por la muerte de Cristo en la cruz. Allá recibirán la recompensa que merecen sus virtudes y que merece el grado de santidad de sus vidas por medio de sus obras.

Génesis dice que Abraham “creyó al Señor, y le fue contado por justicia” (Gen 15, 6). Y san Pablo repite este versículo aquí, pero en un nuevo contexto, en un contexto que alaba la gran fidelidad de Abraham por muchos años cuando fue difícil creer. Pero Abraham, permaneciendo fiel, viviendo con fe en la promesa, vino a ser un verdadero hombre de fe y esperanza, que lo hizo un hombre virtuoso. Y en este contexto san Pablo dice ahora: “*por lo cual también su fe le fue contada por justicia*” (Rom 4, 22).

Su misma fe le fue contada por justicia. Es decir, Dios lo hizo justo porque creyó. En la bondad de Dios, su fe lo *hizo* justo, puro, y santo, un partícipe de la vida de Dios, en la medida que esto era posible en su tiempo antes de la venida de Cristo. Por eso Abraham, por su fe, y por los méritos de la muerte de Jesucristo en la cruz, aplicados a él anticipadamente, vivía en la luz de Cristo y vio a Jesús, como dice Jesús: “Abraham vuestro padre se *gozó* de que había de *ver* mi día; y lo *vio* y se *gozó*” (Jn 8, 56). El Padre le dio este don en su bondad. Por eso por su fe, Abraham vivió con Dios. Vivió en la cercanía de Dios, en la luz de Cristo.

La justificación y la resurrección de Jesucristo

Entonces san Pablo nos incluye a nosotros también, diciendo en el versículo siguiente: *“Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro...”* (Rom 4, 23-24). Las escrituras fueron escritas para *nosotros*, para *alimentar nuestra fe* y darnos instrucción sobre las cosas espirituales en cuanto a nuestra vida. Por eso la escritura no sólo nos informe que a *Abraham* su fe le fue contada por justicia, sino que informe también a *cada* hombre que sería lo mismo para él si él también creyera como Abraham. Por eso esta escritura es para nosotros, enseñándonos que por nuestra *fe* tenemos *nueva vida*, la misma vida de Dios en nosotros por medio de Jesucristo. Somos justificados por nuestra fe en Jesucristo. Nuestra fe en él nos es contada por justicia, y nos hace justos, puros, y santos delante de Dios. Nosotros somos los que creemos en el que resucitó a Jesucristo de entre los muertos, y así él nos resucita espiritualmente con Cristo ahora, perdonando nuestros pecados y llenándonos de su vida.

Nosotros somos *“los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro”* (Rom 4, 24). Aquí tratamos de una de las creencias más fundamentales del Nuevo Testamento, es decir, la experiencia de la *resurrección espiritual* (Col 3, 1-3; 2, 12; Ef 2, 6) que tenemos en Jesucristo, quien nos resucita ahora a una vida nueva en él. Por nuestra fe en Jesucristo, participamos de su misterio pascual. Participamos en su muerte, muriendo a nuestra vida vieja. Participamos también en su resurrección, resucitando con y en él a vivir ahora en este mundo una vida resucitada, es decir, justificada, perdonada, y purificada, hasta el punto de ser divinizada, reflejando el resplandor de Cristo resucitado, en quien vivimos, y quien vive en nosotros, irradiándonos por dentro con su fulgor.

Es por fe en la resurrección de Jesucristo que esto acontece en nosotros; entonces tenemos que extender esta realidad a toda nuestra naturaleza, dejándola transformarnos poco a poco, paso a paso, por un largo proceso de purificación, hasta que seamos purificados del mundo en nuestros sentidos y potencias del espíritu (el entendimiento, la memoria, y la voluntad). Una vez llegado a este punto, vivimos una vida verdaderamente resucitada e iluminada, si tan sólo seguimos obedeciendo perfectamente a Dios. La cosa más que todo que nos priva de esta luz es la desobediencia, aun en algo muy pequeño, y esta privación puede suceder con frecuencia.

Esta vida en la luz de Cristo es lo que él quiere para nosotros. Pero ¿cuántos *llegan* a este punto, o ¿cuántos siquiera *tratan* de llegar a este punto, o, más aún, ¿cuántos siquiera *quieren* purificar los sentidos y el espíritu, para poder percibir esta luz? Esta purificación es necesaria para llegar a este estado más desarrollado de la resurrección espiritual y de una vida verdaderamente resucitada en Cristo. Muchos empiezan y experimentan sus principios, pero

¿cuántos son transformados y purificados para vivir regularmente en este esplendor? Son los que son personas de una sola luz, Jesucristo, de una manera integral, que llegan a este estado iluminado, disfrutando del esplendor que dimana abundantemente de Cristo resucitado.

Este es el fin y la meta de la justificación —nuestra divinización—. Es la obra del Espíritu Santo inhabitándonos, formándonos en la imagen del Hijo de Dios para que seamos semejantes a él en su gloria (2 Cor 3, 18). Contemplamos la gloria del Señor, y creyendo en él, somos transformados en su imagen, reflejando su gloria. Es el Espíritu Santo que obra esta transformación en nosotros, cambiando nuestro corazón, como enseña san Pablo: “Por tanto, nosotros todos, *mirando* a cara descubierta como en un espejo la *gloria* del Señor, somos *transformados* de gloria en gloria en la *misma imagen*, como *por* el *Espíritu* del Señor” (2 Cor 3, 18). Contemplando su esplendor así, somos transformados lo que contemplamos, paso a paso, de un grado de gloria al otro, “de gloria en gloria”, a medida que nos *purificamos*. Es un proceso de transformación, glorificación, y divinización; y es en Cristo resucitado que sucede. Es el esplendor de su resurrección que nos ilumina; y percibimos esta luz cada vez más a medida que somos más purificados y más obedientes a la voluntad de Dios.

Era en el poder del *Espíritu Santo* que Dios *levantó* a Jesús de los muertos. El Padre nos vivificará también a nosotros por el poder del mismo *Espíritu* si este Espíritu vive en nosotros por la fe. Así viviremos una vida nueva, vivificados por el Espíritu Santo que vivificó a Jesús en su resurrección. Este *Espíritu*, por tanto, nos da una *resurrección espiritual* ahora, y en el último día, cuando Cristo vendrá otra vez en su gloria, este mismo Espíritu cumplirá esta resurrección espiritual, dándonos también una resurrección de nuestro cuerpo para que sea un cuerpo glorificado como el de Cristo. Así enseña san Pablo, diciendo: “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros” (Rom 8, 11).

Esta es la gloria que comienza en nosotros con la justificación por la fe. Cuanto más somos purificados, tanto más seremos transformados y divinizados, y tanto más percibiremos esta gloria y viviremos en ella como nuestro estado normal. Lo que el Padre hizo a Jesús, nos hará a nosotros también por la fe, a saber: “Y Dios, que levantó al Señor, también a nosotros nos levantará con su poder” (1 Cor 6, 14): primero a una resurrección espiritual, y después a una resurrección corporal.

Viviremos con el poder de Cristo resucitado en nosotros, resucitándonos y vivificándonos en nuestra debilidad, como el poder de Dios vivificó a Cristo en su debilidad, resucitándolo del sepulcro: “Porque aunque fue crucificado en debilidad, vive por el poder de Dios. Pues también nosotros somos débiles en él, pero viviremos con él por el poder de Dios para con vosotros” (2 Cor 13, 4).

Cristo fue débil, pero ahora vive por el poder de Dios. También nosotros, que hemos participado con él en su debilidad, ahora somos vivificados con él por el poder de Dios. El vivir en Cristo, transformados por la fe, es vivir por el poder de Dios, vivificados por el poder de Cristo.

La cruz y la vida crucificada es el camino que tenemos que tomar para vivir en esta luz. Debemos ser crucificados al mundo, y el mundo a nosotros por el amor de Cristo (Gal 6, 14), renunciando a todo por amor a él, crucificándonos por amor a él, viviendo sólo para él, sacrificando todo lo demás. Sólo los que viven así vivirán en esta luz. San Pablo dice que él mismo ha vivido una vida dura y difícil, llena de persecuciones, y que ha vivido así para que también la vida de Cristo se manifestara en él. "...estamos atribulados en todo —dice—, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos" (2 Cor 4, 8-10).

No hay una vida más feliz en este mundo que la vida crucificada en amor con Jesucristo, unida a él en su sufrimiento y renuncia al mundo, y participando por ello en su vida, que es la misma vida de Dios en nosotros. En resumen, dice san Pablo: "nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a *muerte* por causa de Jesús, para que también la *vida* de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal" (2 Cor 4, 11).

Si queremos vivir y permanecer en la luz, el camino es el de la cruz, el del sacrificio de nosotros mismos, el de la ofrenda de nosotros mismos en amor al Padre con el sacrificio de Jesucristo en la cruz, llenos del Espíritu Santo. Hacemos esto supremamente en la eucaristía, y entonces el resto de nuestro día debe ser una continuación y extensión de esta ofrenda de amor, de esta donación de nosotros mismos a Dios en amor.

Este también es el camino de la purificación, que no es otra cosa que la santificación, es decir, eliminando todo lo demás de nuestra vida que no es Dios, y viviendo sólo para él, hasta que lleguemos al punto de que, al fin, las pasiones son mortificadas, y nosotros somos librados de su esclavitud, para vivir con Dios en la luz, como Cristo quiere para nosotros.

Esta es la justificación que san Pablo pregona. No es una justificación por la ley, sino una participación del poder de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos. Es una justificación en que Cristo nos resucita con su poder, y nos da una participación de sus sufrimientos para que podamos morir con él a este mundo, a nosotros mismos, a nuestros deseos mundanos, y a nuestras pasiones. San Pablo dice que él quiere "la justicia que es de *Dios* por la *fe*; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la *resurrección* de entre los muertos" (Fil 3, 9-11). Este es el mundo de

la gracia, el mundo del amor de Cristo, el mundo de los que viven en este amor. Por la fe, vivimos con él en la vislumbre de la gloria de su resurrección, y aun sus padecimientos son llenos de dulzura amarga, porque nos comunican su amor. Cuando sufrimos con él, reinamos con él y compartimos su vida (2 Tim 2, 12).

San Pablo conoce por experiencia que el abrazar la *muerte* de Cristo es abrazar también su *resurrección*. Él quiere participar de los dos. El uno es el camino para participar del otro. Él quiere participar en Cristo, ser unido a él, compartir su vida, vivir como él, sufrir como él y con él, ofrecerse al Padre como él y con él, y así amarlo y ser amado por él. En pocas palabras, para san Pablo, el mismo vivir es Cristo. Dijo: “para mí el vivir es Cristo” (Fil 1, 21). Y dijo también: “Con Cristo estoy *juntamente crucificado*, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gal 2, 19-20).

Todo esto es don, es gracia, es la justificación por la fe, es tener nuestra fe contada por justicia, es ser hechos justos por la fe en Jesucristo. Por eso dice san Pablo: “No desecho la gracia de Dios; pues si por a ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo” (Gal 3, 21). Cristo murió para justificarnos. ¿Qué más que esto podríamos querer? ¿Qué más valor pudiera tener un esfuerzo a justificarnos a nosotros mismos por la ley? La época de la ley es terminada con la muerte de Cristo, “porque el *fin* de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree” (Rom 10, 4). Ahora, pues, estamos en la época de la fe, y de la justicia que nos viene de Jesucristo por la fe en él. Pero aun durante el tiempo de la ley, los que fueron justificados, lo fueron por su fe, no por su observancia de la ley. Pero ahora, después de Cristo, este hecho se ha manifestado claramente.

Si abrazamos con amor la *cruz* de Cristo y vivimos una vida crucificada con él, por amor a él, seremos llenos también de su gloria; y la gloria de su *resurrección* amanecerá sobre nosotros. Así somos justificados por su misterio pascual al pasar por su muerte y resurrección, hasta resplandecer como él. “...si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él” (Rom 6, 8).

La justificación viene a nosotros que creemos en el que resucitó a Jesús de entre los muertos, y viene a nosotros *por medio* de esta resurrección, en la cual participamos con Cristo, siendo unidos a él. Al ser unidos a él, todos sus misterios vienen a ser nuestros, tanto su *resurrección*, como su *muerte*.

Si nuestra *vida* es la *cruz*, la *resurrección* será nuestra vida también. Son dos aspectos de un solo misterio pascual. Si abrazamos el misterio de su *cruz* por una vida mortificada, una vida de renuncia y sacrificio en amor, entonces abrazaremos también el misterio de su *resurrección* que nos *iluminará*. *Muriendo* con él, vivimos *resucitados* con él. “...si *morimos* con Cristo, creemos que también *viviremos* con él” (Rom 6, 8).

La *justificación* es, por ello, una *resurrección espiritual* si tenemos fe en el que levantó a Jesús de los muertos. Por esta fe, él nos resucita también a nosotros espiritualmente, junto con Cristo resucitado. "...aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo —por gracia sois salvos— y juntamente con él nos *resucitó*, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús" (Ef 2, 5-6). Somos salvados por gracia, por la fe, y en esta gracia somos vivificados y librados de nuestros pecados, perdonados gratuitamente, y así levantados de entre los muertos, junto con la resurrección de Cristo de entre los muertos, para vivir una vida resucitada con él aun ahora de antemano.

Y somos no sólo *resucitados* con él, sino que también *sentados* con él en el *cielo espiritualmente*, para vivir desde ahora en adelante una vida no sólo *resucitada*, sino que también *ascendida*. Esta es una vida *encima* de este mundo y sus pecados y placeres. Es una vida "escondida con Cristo en Dios" (Col 3, 3): "Porque habéis muerto, y vuestra vida está *escondida* con Cristo en Dios" (Col 3, 3). Es escondida del diablo y del mundo porque es *ascendida* con Cristo, y *sentada* "en los lugares *celestiales* con Cristo Jesús" (Ef 2, 6).

Así vivimos con nuestro *corazón* en el *cielo*, "donde está Cristo sentado a la diestra de Dios" (Col 3, 1). Porque nuestro *corazón* está en el *cielo*, san Pablo nos dice, "buscad las cosas de *arriba*, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mirada en las cosas de *arriba*, no en las de la *tierra*" (Col 3, 1-2). No debemos buscar más los placeres de esta vida si nuestro *corazón* está en el *cielo* con Cristo. Así es nuestra justificación en Cristo resucitado. Somos *resucitados* con él, interesados ahora sólo en las cosas de Dios, y no más en los placeres de la tierra, que *dividen* nuestro corazón.

Nuestra justificación por Cristo resucitado quiere decir que seremos glorificados con él *ahora* espiritualmente si padecemos juntamente con él en una vida mortificada, en una vida de renuncia a todo lo que no es Dios. Así somos "herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que *padecemos* juntamente con él, para que juntamente con él seamos *glorificados*" (Rom 8, 17). Nuestra *glorificación* depende de nuestro *sufrimiento* con Cristo, depende de nuestra participación del misterio de su cruz. *Sufriendo* con él, estamos también *glorificados* con él. Participamos en el misterio de su *resurrección* a medida que participamos en el misterio de su *cruz*. Es por eso que la mística es basada en la ascética. La vida de la cruz es la que nos lleva a la vida de la resurrección. La gloria de Cristo resucitado en nuestro corazón viene a nosotros como el resultado de nuestra crucifixión con él al dejarlo todo por él.

Así es el misterio del bautismo, que nos injerta en el misterio pascual de Jesucristo, que nos justifica, nos salva, y nos santifica: "Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en la novedad de la vida" (Rom 6, 4). Fuimos bautizados en su

muerte. Así, unidos con él en su muerte, cuando él resucitó de la muerte, nosotros también *resucitamos renovados* con él para una vida nueva, perdonados y absueltos de todos nuestros pecados. Así, pues, la *cruz* es el único camino para llegar a ser iluminados y resucitados con Cristo. Morimos con Cristo al pecado para resucitar nuevos, renovados, e iluminados con él en su resurrección.

Pero tenemos que ser purificados para crecer más en esta vida nueva y resucitada, y la *cruz* es también nuestra purificación, “Porque de la manera que abundan en nosotros las *aflicciones* de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra *consolación*” (2 Cor 1, 5). En medio de la *aflicción*, en medio del *ascetismo*, es nuestra *consolación*, porque en la aflicción y privación, la luz de Cristo brilla con máximo esplendor en nosotros, sin competición alguna con otras luces que disminuyen su brillo. El misterio pascual es un solo misterio compuesto de dos partes, la muerte y la resurrección, y por ello la iluminación nos viene de su resurrección por medio de su cruz. Por eso dice san Pablo: “Por tanto, no desmayamos; antes, aunque este nuestro hombre *exterior* se va *desgastando*, el *interior* no obstante se *renueva* de día en día” (2 Cor 4, 16). Las dos cosas van juntas: el desgaste del exterior, y la renovación del interior. Así los ascetas son los más alegres de todos. Saben la puerta de acceso a la renovación interior, y han entrado por ella.

Puede parecer que nuestra vida *exterior* está muriendo al ser crucificada al mundo, y el mundo a nosotros (Gal 6, 14); pero al mismo tiempo, y mucho más importante, nuestro hombre *interior* está renovándose cada día más. Cuanto más morimos con Cristo a esta vida presente, tanto más somos renovados en él interiormente, y glorificados por él aun ahora. Así viviremos con él en la luz, como él quiere para con nosotros.

Este debe ser comentario suficiente sobre Rom 4, 23-24, que dice: “*Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro...*”. Ahora, pues, procedamos al versículo siguiente:

La justificación y el misterio pascual

“...el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Rom 4, 25). Este es uno de los grandes versículos de san Pablo. Aquí san Pablo menciona el *acto* que nos justificó, que es el misterio pascual de Jesucristo. Este misterio tiene dos partes: su muerte, y su resurrección, y cada parte tiene su función específica. Su muerte es para llevar nuestros pecados, y su resurrección, para darnos justicia. Su muerte lleva nuestros pecados porque ella paga el precio justo para el pecado, y así hace satisfacción justa por todo pecado. Su muerte es la propiciación que el Hijo hace delante del Padre por nosotros; y por su muerte, el Padre perdona los pecados de los que creen en el

Hijo y se arrepienten. Su resurrección, entonces, es su glorificación por el Padre y por el Espíritu Santo por haber tanto agradado al Padre por este sacrificio. Si nosotros somos unidos en él por la fe, somos también glorificados en él en su glorificación, que fue su resurrección. Esta glorificación por resurrección, que recibimos estando en Cristo, nos da justicia, es decir, nos *hace justos*, nos *justifica*. Esta justificación es una transformación, una divinización que nos hace *realmente* justos, puros, y santos delante de Dios. La justificación nos transforma, diviniza, y deifica, dándonos la misma vida divina de Dios en nosotros. Es un cambio *real*, no ficticio o meramente “forense”. Si es *Dios* que nos considera y hace justos, entonces somos de *verdad* y en *realidad hechos justos*, cambiados, y hechos diferentes.

Podemos entender este versículo de otro modo también, es decir que por naturaleza estábamos en Cristo, porque nuestra naturaleza humana estaba en él. Por eso cuando Cristo murió, nosotros, en él, morimos. Así nuestra vida vieja y mundana, nuestra vida natural y pecaminosa es terminada, murió, porque murió en él, habiendo estado en él cuando él murió. Entonces, cuando él resucitó de la muerte, nuestra naturaleza en él, ya muerta, es también resucitada de la muerte, y dada un nuevo tipo de vida, una vida resucitada y glorificada espiritualmente, porque él es ahora resucitado y glorificado. Si nosotros estábamos en él por naturaleza, nuestra naturaleza es ahora renovada junto con él en *su* transformación desde un hombre normal hasta un hombre resucitado y glorificado. Así en su resurrección, nosotros somos resucitados ya espiritualmente, habiendo estado en él y hechos justos y nuevos. Somos así justificados o *hechos justos* por su resurrección, habiendo resucitado en él, como somos *hechos muertos* a nuestros pecados en su muerte, habiendo muerto en su muerte. Todo esto tiene que ser *actualizado* individualmente para cada uno por su fe y por los sacramentos, que nos comunican la vida nueva de Cristo. Así lo que pasó en nuestra naturaleza en él es comunicado individualmente a cada uno por nuestra fe en él.

El carácter salvador de la muerte de Jesús es profetizado por Isaías de una manera tan clara que aun el Nuevo Testamento no lo ha expresado mejor. Dice: “derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él *llevado* el *pecado* de muchos...” (Is 53, 12). Al derramar su vida hasta la muerte, Jesús *llevó* nuestros pecados. Su muerte hizo satisfacción por los pecados humanos, siendo él un hombre, ofreciéndose en *nombre* de los *hombres*; pero siendo al mismo tiempo el eterno Hijo, su sacrificio de sí mismo tuvo valor infinito. También nuestra naturaleza, estando en él, murió en él, es decir: nuestra naturaleza pecaminosa murió en él. Y cuando él resucitó glorificado, nuestra naturaleza, que estaba en él —ya habiendo muerto en él— resucitó en él renovada, librada de pecado, y llena de la luz de su resurrección. Si *creemos* en él, lo que pasó en él, pasa también en nosotros espiritualmente, es decir, de verdad, morimos al pecado, y resucitamos nuevos e iluminados a la vida de gracia y luz.

Tenemos que crecer cada día más en esta salvación y extenderla a todo nuestro ser. Este es el *proceso* de la purificación del hombre viejo de los deseos mundanos —es decir: el proceso de la santificación—. Así pues, Cristo renueva nuestra naturaleza paso a paso a medida que somos purificados, a medida que vivimos verdaderamente resucitados en él. Y no es que esto es hecho en nosotros sólo una vez para siempre, sino que es *continuo*, porque Dios está *continuamente* purificándonos *más* de siempre nuevas cosas, y por eso estamos siempre muriendo *más* al hombre viejo y resucitando *más* al hombre nuevo. Cosas que antes no nos perturbaban ahora nos atormentan, porque Dios está purificándonos ahora de ellas. Por eso hoy estoy muriendo en Cristo a algo nuevo que antes no me perturbaba, y estoy resucitando en él *más* purificado hoy que ayer, *más* perfecto, y *más* transformado. Es doloroso cuando estamos en medio de una nueva purificación, pero así crecemos en Cristo.

Isaías dice también: “él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Is 53, 5). Él sufrió nuestro castigo, haciendo así satisfacción por nosotros, y dándonos la paz— “el *castigo* de nuestra *paz* fue sobre él”. Él fue castigado en vez de nosotros. *Por eso* nosotros somos *librados* y en *paz* con Dios, y con nuestra *conciencia*. Nuestras heridas fueron curadas por su herida; y nuestra conciencia sanada de la culpabilidad, que es nuestro más grande sufrimiento; y la liberación de ésta es nuestra más grande alegría. Así pues, nuestra naturaleza pecaminosa muere en sus llagas. Por tanto, “por su llaga fuimos nosotros curados” (Is 53, 5).

Dice Isaías: “Ciertamente *llevó* él nuestras *enfermedades*, y sufrió nuestros dolores” (Is 53, 4). Él llevó en sí nuestra naturaleza pecaminosa, llena de enfermedades, y por su sufrimiento, murió a todo esto; y todo esto murió en él. Todos los que estamos en él por la fe, morimos en él, y *notamos* los *efectos* de esta muerte que sufrimos *místicamente* en él. Es decir, notamos que hemos *muerto* al pecado. Él murió en la carne —en nuestra carne—; pero nosotros, sin morir en la carne, cosechamos en nuestro espíritu y carne los beneficios de su muerte en nuestra carne; es decir: nuestro espíritu y carne, por fe en él, están ya muertos a su condición anterior, y reavivados espiritualmente. Vivimos una resurrección espiritual, una vida nueva, una vida renovada, una vida con Dios, una vida iluminada en Cristo. En él, somos *muertos* al *pecado*. Así el llevó nuestras enfermedades y las arrancó de nosotros. Él sufrió por nuestros dolores, y sufriendo los quitó de nosotros. Y en lugar de ellos, nos dio su justicia como un manto en que nos revestimos. “Ciertamente *llevó* él nuestras *enfermedades*”.

Si caemos en una imperfección o pecado, tenemos que invocar otra vez los méritos de Jesucristo en la cruz, arrepentirnos, y resolver firmemente no volver a pecar así en el futuro. Entonces tenemos que rezar y esperar hasta que él nos hace sentirnos perdonados otra vez. El sacramento de la reconciliación ayuda mucho en esto, canalizando a nosotros los méritos salvadores de Jesucristo en

la cruz. Así él nos perdona y reestablece en la novedad de vida en Cristo resucitado (Rom 6, 4).

Dice también Isaías: “el Señor cargó en él el pecado de todos nosotros” (Is 53, 6). Él fue enviado a la tierra por el Padre para hacer esto, para que, como hombre, él pudiera sufrir y morir en sacrificio de amor, ofreciéndose así a su Padre en devoción, obediencia, sumisión, y amor. Agradando al Padre así en un cuerpo humano que podía sufrir y morir, él ganó, como recompensa, que el Padre derramase una efusión mesiánica del Espíritu Santo sobre todos los que compartimos la misma naturaleza humana con él y que creemos en él. Esta efusión del Espíritu Santo hizo nueva la raza humana. Era la redención de nuestra naturaleza pecaminosa; y ésta está actualizada individualmente para cada uno de nosotros por nuestra fe en él. Todos los que creemos en él somos así librados de nuestros pecados renovados. Así “él Señor *cargó en él* el pecado de todos *nosotros*” (Is 53, 6).

Finalmente, dice Isaías: “por su conocimiento *justificará* mi siervo justo a muchos, y *llevará las iniquidades* de ellos” (Is 53, 11). Cristo es el único justo *en sí*, pero por su muerte hizo justos a muchos; los justificó, es decir los transformó al llevar sus iniquidades y al conferir sobre ellos su propia justicia, revistiéndolos de su justicia como en un manto. Así pues, el Señor “me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia” (Is 61, 10). No sólo murió para llevar de encima de nosotros nuestros pecados, sino también para conferir sobre nosotros la justicia, e inhabitar dentro de nosotros de una manera nueva y especial, iluminándonos por dentro. Así él nos justificó, o como dice san Pablo: “*el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación*” (Rom 4, 25)

Es el *Padre* que nos dio al Hijo. No es sólo el Hijo que quiso salvarnos. El Hijo estaba llevando a cabo el deseo del *Padre*, realizando la voluntad salvadora del Padre. “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Rom 8, 32). El que nos dio incluso a su propio Hijo, no nos privará nada de lo que necesitamos para entrar en la plenitud de la vida con él, es decir, la misma vida de Dios en nosotros. La encarnación y muerte en cruz del Hijo nos muestra qué dispuesto es el *Padre* hacia nosotros. En el Hijo podemos morir al pecado, a nuestra naturaleza pecaminosa, y resucitar también en él, hechos justos por *su propia* justicia. Así nuestra naturaleza, ahora muerta, resucita renovada y justa en él. Todo esto fue el don del *Padre*, no sólo del Hijo.

Aunque estamos todavía en la carne, es decir, teniendo un cuerpo mortal en este mundo, esta carne es ahora muerta en la muerte de Cristo, para que vivamos desde ahora en adelante no más *según* la carne, sino *según* el Espíritu y en la resurrección de Cristo, mientras que su carácter antiguo carnal ha muerto con Cristo en su muerte. Así, si Cristo resucitado está *en* nosotros, vivimos una vida espiritual, resucitada, y *según* el Espíritu por el poder de Cristo en nosotros.

Por eso san Pablo dice: “Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros” (Rom 8, 9). Somos, pues, resucitados y renovados por la presencia de Cristo resucitado y de su Espíritu en nosotros, porque nosotros estamos en él.

“Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa de pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia” (Rom 8, 10). El cuerpo todavía está muerto en el sentido de que es mortal por el pecado de Adán, que perdió el don de la inmortalidad por su pecado. Está todavía muerto también porque es el centro de las pasiones, que tienen que ser vencidas por un largo proceso de purificación de deseos mundanos y los placeres del mundo. Pero al mismo tiempo “el espíritu vive a causa de la justicia” (Rom 8, 10). Tenemos la justicia de Dios en nuestro espíritu porque hemos resucitado con Cristo y somos justificados por él. Cuanto más vencemos las pasiones por la renuncia de todo, tanto más seremos transformados en Cristo, hasta que lleguemos al estado de ser librados de la esclavitud de las pasiones. Este estado es la meta de la vida de fe, que el Padre quiere que logremos en Cristo. Así Cristo resucitado es nuestra justicia. Él es la justicia de Dios en nosotros que nos hace justos. Y también puesto que estamos *en* Cristo, *su* justicia viene a ser *nuestra*. Pero en todo esto, tenemos que luchar contra el pecado, porque aun pequeñas imperfecciones oscurecen la belleza de esta luz en nosotros.

Así “estáis *en* Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, *justicia*, santificación, y redención” (1 Cor 1, 30). Él, *en* nosotros, es *justicia*, y es nuestra justicia. “Al que no conoció pecado, por nosotros [Dios] lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos *justicia* de Dios *en* él” (2 Cor 5, 21). Es decir, Dios hizo que Cristo se encarnara en nuestra naturaleza pecaminosa (“lo hizo pecado”), para que nuestra naturaleza pecaminosa, muriendo en y con él en su muerte en la cruz, pudiera resucitar justa y renovada con él en su resurrección, con su propia justicia en nosotros (“para que nosotros fuésemos hechos *justicia* de Dios *en* él”).

Así, pues, vivimos ahora *de* Cristo, con *su* justicia *en* nosotros, una justicia que ha venido a ser *nuestra*. Es él, ahora, que vive en nosotros con su justicia, “y ya no vivo yo, mas vive Cristo *en* mí” (Gal 2, 20).

Podemos entender todo esto de otro modo también, es decir: somos herederos de Cristo. Heredamos lo que él tenía, como hemos heredado lo que Adán tenía. De Adán heredamos el pecado, la muerte, y la mortalidad, porque él perdió el don de la inmortalidad. Como herederos de Cristo, heredamos lo que él tiene, que es su justicia. De Adán heredamos la condenación por su pecado; de Cristo heredamos la justificación por su justicia. Nuestra solidaridad con Adán nos dio su pecado; mientras que nuestra solidaridad con Cristo nos da su justicia. Somos justos en Cristo, como fuimos pecadores en Adán.

Cristo tomó lo que era de nosotros, es decir, nuestra naturaleza pecaminosa, nuestra carne; y nos dio lo que es de él, es decir, su justicia. “Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre muchos fueron pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos” (Rom 5, 18-19).

Vemos aquí que *todos* son hechos pecadores como herederos de Adán, y *todos* son hechos justos como herederos de Cristo. La justificación de Cristo es, en su intención, tanto universal que la pérdida de Adán. Falta sólo el activarla por la fe personal, aun si es sólo una fe implícita; pero cuanto mejor es si es una fe explícita.

Por nuestro nacimiento natural somos herederos de Adán. Por el bautismo, que es un nuevo nacimiento —o por una conexión invisible e implícita con el misterio pascual, conocida sólo a Dios—, somos herederos de Cristo. Cristo murió por *todos*, como Adán afectó a *todos*. Esta es la intención de su muerte en la cruz. Es para *todo* hombre, para invertir los efectos universales del pecado de Adán. Así la muerte de Cristo es tan universal en sus efectos que el pecado de Adán.

Así pues, Cristo rehizo la naturaleza humana que Adán destruyó. Todos los que descienden de Cristo heredan esta naturaleza renovada; y descendemos de él por el bautismo y la fe. Pero tenemos que activar nuestra conexión con Cristo; no es automática.

Cristo renovó nuestra naturaleza, porque en él, el Verbo eterno la asumió y la divinizó, primero en el cuerpo y alma de Jesús, y después en todos los que son nacidos de Jesús por el bautismo y la fe. Lo que sucedió en Cristo está ahora sucediendo en nosotros, poco a poco, es decir: una muerte a lo viejo y una resurrección a lo nuevo. En Cristo estamos en el proceso de ser transformados.

Por la fe, somos unidos a Jesucristo. Él es nuestra cabeza. Nosotros somos su cuerpo. Su Persona divina envía vida divina en todo su cuerpo, en todos los que somos unidos a él, en todos los que estamos en él. Lo que él es, entonces, entra en nosotros y nos rehace y renueva.

Pero es sobre todo en el misterio pascual que Jesucristo nos renueva. Heredamos la muerte espiritual y física de Adán, es decir, su pecado, su alejamiento de Dios, y su mortalidad. Así nacimos naturalmente, alejados de Dios. Pero heredamos la vida *renovada* de Jesucristo por su resurrección.

Porque estamos en Adán —nuestra naturaleza estaba en él— lo que pasó a él pasa a nosotros en él, y nacimos marcados por lo que pasó a él. Por eso nacimos pecadores y separados de Dios. Entonces Dios envió un nuevo Adán para restaurar la raza humana que Adán destruyó. El nuevo Adán, Jesucristo,

resucitó en gloria de entre los muertos con nuestra naturaleza, que fue en él, ya glorificada. Si estamos en él, y todos estamos en él porque nuestra naturaleza humana estaba en él, como estaba en Adán, entonces lo que pasó en él pasa en nosotros, y nacimos marcados por lo que pasó en él. Por eso nacimos justos de él, cuando nacimos de nuevo de él en el bautismo y por la fe.

La única diferencia es que en el caso del nuevo Adán tenemos que *activar* lo que él hizo a nuestra naturaleza. Con el primer Adán, sólo tenemos que *nacer*, y lo que pasó a él ya está activo en nosotros por nuestro nacimiento natural. Pero con el segundo Adán, tenemos que *activar* para nosotros la renovación que él hizo de nuestra naturaleza. La activamos por un *nacimiento espiritual*, el bautismo y la fe. Por eso por nuestro nacimiento natural, somos lo que Adán fue —pecadores—; y por nuestro nacimiento espiritual, somos lo que Cristo fue —justos—; y lo que sucedió a Cristo sucede a nosotros, es decir, resurrección: una resurrección espiritual ahora, y una resurrección carnal después. “Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán *todos* mueren, también en Cristo *todos* serán vivificados” (1 Cor 15, 21-22). Los efectos, tanto del nuevo como del antiguo Adán, son universales en su intención.

Por eso somos todos vivificados en la resurrección de Jesucristo, hechos nuevos y justos. *Su* resurrección es *nuestra* justificación, nos justifica, nos hace justos, nos reviste de su justicia, que ahora es nuestra; como en *su* muerte, morimos a *nuestras* transgresiones, experimentando así en nosotros por la fe espiritualmente lo que pasó en él físicamente, una muerte a lo pasado, una muerte al pecado. O, como san Pablo dice en *Rom 4, 25*: “*el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación*”.

CAPÍTULO CINCO

RESULTADOS DE LA JUSTIFICACIÓN 5, 1-11

La paz mesiánica

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Rom 5, 1). La paz es el primer resultado de ser justificado por la fe. Ahora san Pablo empieza a hablar sobre la experiencia cristiana que resulta de este acto salvador de Dios. La justificación no es meramente una teoría abstracta, sino una *experiencia actual* que hace una *gran diferencia* en la manera en que *experimentamos* la vida. Es una diferencia que *experimentamos* en nuestro corazón. Ella nos trae la *paz con Dios* por medio de nuestro Señor Jesucristo. Antes de la justificación, fuimos alejados de Dios y por eso molestos con nosotros mismos, tristes y vacíos porque el fundamento de nuestro ser no fue bien centrado. La justificación repara todo esto, al ponernos en una buena relación con el Padre por la obra del Hijo al ofrecerse al Padre por nosotros, así ganando para nosotros el don del Espíritu Santo. Como resultado de este sacrificio, el Padre derrama su Espíritu sobre nosotros e inhabita en nosotros, regocijándonos con su presencia. Por eso tenemos un nuevo tipo de paz que no conocimos antes. Es un nuevo tipo de don de Jesucristo, diferente de la paz que conocimos anteriormente en el mundo. “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo da” (Jn 14, 27).

Esta es la paz celestial, la paz que se movía sobre la faz de la tierra al nacimiento de Jesucristo, cuando los ángeles cantaban: “Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (o en quienes él se complace)” (Lc 2, 14). Es la paz del cielo, la paz en que los ángeles viven, la paz que el nacimiento de Cristo trajo a la tierra. Él vino para traer esta paz a los hombres, a nosotros.

Cristo les prometió este don mesiánico de la paz celestial en la última cena, y se la confirió cuando resucitó. Paz es también el saludo mesiánico repetido por Cristo resucitado, y es más que simplemente un saludo ordinario. Cuando él apareció a los discípulos, “vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: *Paz a vosotros*. Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor. Entonces Jesús le dijo otra vez: *Paz a vosotros...*” (Jn 20, 19-21). No se repite dos veces después de un ratito el mismo saludo si no es *más* que simplemente el saludo ordinario.

Él estaba confiriendo en este tiempo el don prometido de la paz mesiánica, el fruto de su resurrección, que los justificó y rehizo. “Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo” (Jn 20, 22). El Espíritu Santo es el otro gran don mesiánico de Cristo resucitado para los hombres justificados en su resurrección. La paz del cielo y el Espíritu Santo son los *frutos* de la justificación por la fe. ¡Qué importante, entonces, es evitar todo pecado, para no oscurecer esta paz y este don mesiánico del Espíritu Santo en nosotros!

Si estamos en Cristo, nos regocijamos en él, porque, estando en él, “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Fil 4, 7). Esta paz “sobrepasa todo entendimiento” porque no es de este mundo. Es un don del cielo, el don mesiánico, y una *experiencia real* y espiritual, que nos *exalta* y cambia realmente. Esta paz cambia nuestro corazón, haciéndolo desear desde ahora en adelante las cosas de Dios, las cosas de arriba (Col 3, 1-2); y nos da una repugnancia por los placeres mundanos y todo tipo de desobediencia que extinguen esta paz. La experiencia de esta paz nos hace *separarnos* más y más de una vida mundana y de todo tipo de desobediencia que nos remuerde. Y cuanto más obedientes somos, tanto más esta paz nos llena, exalta, y transforma, alejándonos aun más de todo lo que no es Dios. Así vivimos en este mundo como si no viviéramos en él, porque “la forma de este mundo se pasa” (1 Cor 7, 31), y “el tiempo es corto” (1 Cor 7, 29). Este es el proceso de la transformación del hombre, en que somos hechos siempre más como Dios, y somos cada vez más llenos de su luz, si tan sólo podemos evitar toda imperfección y falta de obediencia que oscurece esta luz. Esto debe ser un proceso continuo de crecimiento espiritual. Así debemos guardarnos cuidadosamente, para no perder esta paz. Debemos crear un ambiente para que ella permanezca en nosotros.

Una vida mundana destruye esta paz, como también cualquier hecho contra la perfecta voluntad de Dios para con nosotros; pero Cristo es el vencedor del mundo, y en él, tenemos esta paz que el mundo no conoce. Él será nuestra victoria sobre el pecado y sobre todo lo que destruye esta paz si lo dejamos, si cooperamos con él. “Estas cosas os he hablado para que en *mí* tengáis *paz*. En el *mundo* tendréis aflicción; pero confiad, yo he *vencido al mundo*” (Jn 16, 33). Él es nuestra victoria. Nosotros vencemos en él. Aun estando en el mundo, si estamos en él, justificados por él, estaremos en *paz* con Dios, “una

paz que sobrepasa todo entendimiento” (Fil 4, 7), una paz que nos llena. Esta es el fruto del sacrificio de Cristo para los que creen en él. La fe nos trae esta paz en el corazón.

Esta paz es el fruto de la divinización que el Verbo eterno obró en el cuerpo y alma humanos de Jesús. Esta divinización es también para *todos* los que nacen de Jesús por el bautismo y la fe, para que así podamos ser partícipes de la naturaleza divina. Es una divinización en que participamos, el don de la gracia para todos los que creen en Jesucristo y son justificados al nacer de él, recibiendo su justicia y paz. Unidos a él, recibimos lo que es de él: su *justicia* y su *paz*. Estamos en él, y lo que él tiene está impreso en nosotros.

Isaías profetizó: “el castigo de nuestra *paz* fue sobre él” (Is 53, 5). Al ser castigado por nosotros y en lugar de nosotros, él nos trajo la *paz* de Dios, una paz que no pudiéramos haber obtenido de ningún otro modo, sino sólo por su sacrificio propiciatorio en la cruz. El castigo que él sufrió nos reconcilió perfectamente con Dios. Nos puso en paz con él, una paz que *experimentamos* en el *corazón*. Es una experiencia actual y real, si tan sólo evitamos todo tipo de desobediencia, el gran enemigo de todo esto. Pero si desobedecemos en algo, aun algo muy pequeño —una pequeña imperfección—, podemos sufrimos el castigo de Dios en nuestro corazón hasta que él eleva su mano pesada de nosotros. Y así seremos más sabios y purificados que antes. Así Dios nos da un gran motivo para crecer en la santidad y perfección, para crecer en esta paz y no perderla.

Isaías profetizó también que en los tiempos mesiánicos vendrá el Espíritu de Dios sobre la tierra, y con él, la justicia de Dios, como salvación; y esta justicia traerá paz sobre toda la tierra; y el resultado será que el pueblo de Dios morará en moradas de paz. Dice que en estos días será “derramado el Espíritu de lo alto, y el desierto se convierta en campo fértil...y habitará el juicio en el desierto, y en el campo fértil morará la *justicia*. Y el efecto de la *justicia* será *paz*; y la labor de la *justicia*, reposo y seguridad para siempre. Y mi pueblo habitará en morada de *paz*, en habitaciones seguras, y en recreos de reposo” (Is 32, 15-18). Recibiendo la justicia de Dios, recibimos este don mesiánico de su paz también.

Esta gran paz es el fruto de la justicia de Dios habitando en la tierra en los tiempos mesiánicos. La paz de Dios reinará sobre *toda* la tierra en los *últimos* días cuando la justicia de Dios se manifieste. Y la justicia se manifestó por primera vez en Jesucristo, en su encarnación y en su muerte, que cumplió toda justicia e hizo derramar sobre la tierra esta dulzura en que vivimos ahora, justificados y llenos de una paz no de este mundo, una paz celestial. Por eso escribe san Pablo en el versículo bajo consideración: “**Justificados**, pues, por la fe, tenemos *paz* para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Rom 5, 1).

Como dije arriba, esta paz nos llena y nos hace querer alejarnos de un estilo mundano de vivir, porque sabemos que este tipo mundano de vida disminuye o extingue esta paz que tanto nos encanta. Pero entonces descubrimos que, estando más alejados del mundo, experimentamos más aún esta paz. Y por eso queremos alejarnos otra vez más del mundo para crecer más aún en esta paz. Y alejándonos así, seguimos experimentando cada vez más esta paz, y por eso seguimos alejándonos todavía más etc., hasta el punto de que nos encontramos viviendo una vida monástica en el *desierto*, lejos del mundo, a solas con Dios en su *amor y esplendor*.

Esta paz celestial es una forma de experiencia del esplendor de Dios. Así la justificación por la fe en Jesucristo nos da una vida en la luz con Dios. Si esta experiencia nos aleja del mundo, como dije arriba, nos purifica en nuestros sentidos y espíritu, para poder llegar al punto de que vivimos en la luz y en alegría espiritual, llenos de esperanza para el cumplimiento de esta paz en la parusía de nuestro Señor Jesucristo en su gloria.

Un pueblo de esperanza

*“...por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la **esperanza de la gloria de Dios**” (Rom 5, 2).* Por medio de Cristo, tenemos ahora nuevo acceso a la gracia, en la cual ahora estamos por medio de nuestra fe; y estando así en esta gracia, nos gloriamos, no de nosotros mismos, sino de la *esperanza* nueva que tenemos ahora de la *gloria* de Dios. La justificación nos da dos cosas que san Pablo menciona aquí: la gracia, y la esperanza de la gloria de Dios.

La gracia es la vida y el esplendor de Dios en nuestra alma, y el efecto creado de la presencia de la Santísima Trinidad inhabitando en nuestro corazón. Su presencia en nosotros nos llena de su esplendor, en que nos regocijamos. Así es el vivir en este nuevo estado de gracia que la fe en Cristo nos da. Al ser *justificados* por la fe, estamos *ahora en* este estado de gracia, en este estado de esplendor que alegra nuestro corazón con el amor de Dios. Antes no teníamos acceso a este estado de alegría que supera toda dificultad humana y nos llena de gozo en el Espíritu Santo, el gozo de Cristo, que es como agua viva regocijando nuestras entrañas en el Señor (Jn 7, 37-39). Al vivir en la gracia, vivimos en la espléndida luz de Cristo, que nos llena de esperanza para ver cada día *más* de esta luz, a medida que crecemos más en la gracia.

Esto nos lleva a la segunda cosa que san Pablo menciona en este versículo, es decir, la esperanza. Calentándonos en este esplendor, *“nos gloriamos en la **esperanza de la gloria de Dios**” (Rom 5, 2).* Esto es porque esta *gloria*, en que nos calentamos ahora, es algo del futuro, que sólo podemos vislumbrar ahora, para hacernos anhelarlo más aún, junto con su plena manifestación en la parusía. Por eso el cristiano, justificado por la fe, es una persona no sólo de fe, sino también de *esperanza*. Él siempre está anhelando el futuro y la venida

gloriosa de su Señor, para llenar todas las cosas con su espléndida luz. Así uno puede pasar muchas horas cada día en júbilo del espíritu, meditando el futuro glorioso que le espera, y su gloria que se manifiesta aun ahora. Así pues, él espera con alegre expectativa la manifestación plena de esta gloria, vigilando en oración, lejos del mundo, en una paz no de este mundo.

El cristiano es por ello un hombre de *esperanza*; y la Iglesia es un pueblo de *esperanza*. Así también san Pablo es un hombre de *esperanza*. Escribe: “Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Rom 8, 18). Esta esperanza nos pone encima de los problemas cotidianos de la vida si estamos haciendo ahora la perfecta voluntad de Dios. Es más fuerte que todo problema. Es una luz del futuro que alumbra y da gozo a nuestra vida presente. Los problemas de la vida no pueden vencer a un hombre que tiene este tipo de esperanza. Cualquier cosa que le puede pasar en su vida no es nada en comparación con “la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Rom 8, 18). Regocijándose en la esperanza de esta gloria, que él ya ha comenzado a experimentar, él puede soportar todo, porque está feliz en su corazón con Cristo resplandeciendo en él.

Sintiéndose así, ¿qué le importa las desgracias, expulsiones, rechazos, insultos, persecuciones, calumnias, menosprecio, etc.? Así fue la vida de san Pablo. El cristiano —lleno de esta alegría, que es una realidad futura, pero que lo alumbra aun ahora en el presente, y por eso ya ha comenzado a manifestarse— no hace caso de estos sufrimientos. En vez de entristecerse, él ha aprendido a regocijarse en medio de ellos y, de verdad, su alegría aumenta siendo perseguido por causa de Cristo. Al principio, podemos ser asustados, pero debemos recobrar nuestro equilibrio en poco tiempo y poder regocijarnos otra vez, aun en medio de estos mismos problemas, tan grande es la alegría de espíritu que Cristo nos da.

¡Cuánto se alegraba san Pablo en *sus* sufrimientos, porque él era un hombre de esperanza! Él dice que los apóstoles son considerados y tratados “como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, mas he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos; como *entristecidos*, mas siempre *gozosos*; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo” (2 Cor 6, 8-10). Parece que san Pablo es un hombre que no tiene nada, pero en realidad se siente como “poseyéndolo todo”, y esto es la verdad, porque poseyendo a Cristo, tiene todo lo necesario para una vida feliz, más feliz, en efecto, que la vida de alguien que tiene todo de este mundo pero no posee a Cristo. Por eso *pareciendo* pobre, él enriquece a muchos; y *pareciendo triste*, está siempre *gozoso*, porque por la fe, él posee la fuente misma de la felicidad humana. Él conoce el secreto de la felicidad humana, que es la vida vivida en Cristo.

Así con esta felicidad, proviniendo de su fe y esperanza, él se *regocija* siempre en Cristo en medio de sus debilidades, afrentas, y persecuciones, y dice: “por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en *persecuciones*, en *angustias*; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Cor 12, 10). En estas persecuciones, él experimenta *más aún* la verdadera alegría de Cristo, como la *recompensa* de Dios por haber dado testimonio de la verdad cuando fue difícil hacerlo. Por eso dice: “de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, *para que repose* sobre mí el poder de Cristo” (2 Cor 12, 9). Es la alegría que tiene en Cristo que le hace *regocijarse* aun en sus *sufrimientos* y *persecuciones* por Cristo, y estos incluso aumentan su alegría.

Es este tipo de alegría que nos hace regocijarnos siempre y en todo, si sólo no estamos en pecado o desobediencia —es decir, si hemos sido y nos sentimos completamente perdonados por Cristo de toda desobediencia. “Regocijaos en el Señor *siempre*. Otra vez digo: ¡Regocijaos!” escribe san Pablo (Fil 4, 4). “Estad *siempre* gozosos” (1 Ts 5, 16). De verdad, la *alegría* de esta esperanza supera todo sufrimiento y nos hace *felices* en medio de *persecuciones* y *ataques* por causa de Cristo. “...gozaos por cuanto sois participantes de los *padecimientos* de Cristo —dijo san Pedro—... Si sois *vituperados* por el nombre de Cristo, sois *bienaventurados*, porque el Espíritu de la gloria y de Dios reposa sobre vosotros” (1 Pd 4, 14). Nada puede vencer esta alegría, excepto el pecado y la desobediencia; y Cristo vino para perdonar nuestros pecados. “*Bienaventurados* sois cuando por mi causa os *vituperen* y os *persigan* —dijo Jesús—... Gozaos y *alegraos*” (Mt 5, 11.12).

Estos tiempos de sufrimiento y persecución son oportunidades para dar testimonio que puede aun convertir a quienes nos persiguen. Este es un nuevo tipo de esperanza y alegría que es alimentado por el sufrimiento que padecemos por causa de Cristo. Y san Lucas nos dice que los apóstoles “salieron de la presencia del concilio, *gozosos* de haber sido tenidos por dignos de *padecer afrenta* por causa del Nombre. Y todos los días, en el templo y por las casas, *no cesaban* de enseñar y predicar a Jesucristo” (Hch 5, 41-42). Vemos que esta persecución no rompió su espíritu. Ellos *continuaban* haciendo precisamente lo por lo cual fueron perseguidos —continuaban enseñando y predicando a Jesucristo—. Este ejemplo puede incluso animarnos a *querer* sufrir por Cristo, porque tan grande es la alegría de los que sufren por causa de él. Por eso los santos buscaban cruces; y otros, el martirio.

Pero volvemos a nuestro versículo ahora: estando en el esplendor de la gracia por la justificación de la fe, “*nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios*” (Rom 5, 2). Hemos visto que esta esperanza es algo que nos da alegría, y que esta alegría vence todo lo que podemos sufrir por Cristo, y podemos alegrarnos incluso en *medio* de nuestros sufrimientos, porque estamos iluminados por esta esperanza en *medio* de todo esto.

Pero ¿qué exactamente es esta alegre esperanza? San Pablo nos da su respuesta: “es Cristo *en* vosotros, la *esperanza de gloria*” (Col 1, 27). Cristo inhabitando en nosotros regocija nuestro corazón con su presencia, y esta presencia es como la primicia de su gloria que ha de ser manifestado en nosotros. Gozándonos de este anticipo, anhelamos lo que vendrá después. Este anticipo despierta nuestro apetito, y deseamos la plenitud de la gloria que ya hemos comenzado a experimentar en él. Por eso Cristo en nosotros es “la *esperanza de gloria*” (Col 1, 27). Porque tenemos Cristo en nosotros, somos alimentados por la *esperanza de la gloria*, que será manifestada cuando él vendrá en las nubes del cielo con los ángeles y santos en gran luz y con voz de trompeta (Mt 24, 30-31).

“Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (Mt 24, 30-31). ¡Qué día de gloria será este día cuando oiremos esta trompeta y veremos a estos ángeles escogiendo a los salvados de los cuatro vientos! Los que están preparados lo acogerán con gozo como el cumplimiento de toda su vida y esperanza. Pero ¡qué terror van a experimentar los que no están preparados para ver esta gloria! Esta es la esperanza de gloria en que gloriamos *ahora* como resultado de vivir en el espléndido estado de gracia, que tenemos al ser justificados por la fe en Jesucristo.

En este gran día “el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo” (1 Ts 5, 16). Esta trompeta que tocarán los ángeles, será la señal de que, al fin, ha llegado el último día de nuestra esperanza, el día de luz inefable que vislumbramos ahora. “No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados” (1 Cor 15, 51-52). Esta es la esperanza del Nuevo Testamento, la esperanza del cristiano, una esperanza viva y vívida que afecta toda nuestra vida de fe, y nos da una visión, de la cual podemos vivir.

Los monjes, más que todos, son personas de esperanza, esperanza del cielo y esperanza para la segunda y gloriosa venida de Jesucristo sobre las nubes del cielo. Su vida de renuncia a este mundo los hace esperar la gloria que vendrá, en cual gloria ellos viven con anticipación aun ahora. Es esta esperanza que da tanta alegría y sabor a su vida y que la embellece. Viven para este día, cuando venga el Hijo del Hombre “como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente”, porque “así será también la venida del Hijo del Hombre” (Mt 24, 27). Este relámpago está resplandeciendo por ellos aun *ahora* de antemano, y por ello, ellos viven ahora con su corazón en este día. Así se preparan ahora para estar en el estado en que quieren estar cuando venga, “Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras” (Mt 16, 27).

Ahora, pues, es el tiempo de alegre vigilancia. Es el tiempo de velar, orar, y esperar, y de estar en un estado constante de preparación: “Mirad, velad y orad —dijo Jesús—; porque no sabéis cuándo será el tiempo” (Mc 13, 33). ¡Así debemos vivir! Debemos, entonces, renunciar a los deseos mundanos y vivir “en este siglo sobria, justa, y piadosamente, aguardando la *esperanza* bienaventurada y la manifestación *gloriosa* de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 2, 12-13). Esta esperanza nos motiva a vivir *sobriamente en este mundo* para crecer en este fervor cada día más. Cada día esta *esperanza* bienaventurada de la *gloria* debe ser más ardiente, más radiante para nosotros, y resplandecer cada día con más luminosidad y esplendor. Y así será si vivimos según la voluntad de Dios.

San Pablo vivió en esta “*esperanza de la gloria*” (Rom 5, 2), que es Cristo en nosotros (Col 1, 27), resplandeciendo en nuestro corazón (2 Cor 4, 6). Él estaba *creciendo* día tras día en este esplendor reflejado desde el futuro hasta el presente, alumbrando cada vez más su vida. Es este esplendor que le ayudó a crecer cada día más en santidad y virtud. Por eso el reza por nosotros que la misma cosa acontezca en nosotros, “para que sean afirmados vuestros corazones, irrepreensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos” (1 Ts 3, 13). Vivimos ahora en la bella luz de la parusía. Esta esperanza alumbra nuestra vida presente y nos hace anhelar ser perfectos e irrepreensibles, llenos de santidad, viviendo una vida de perfección, resplandecientes a sus ojos, y justificados por nuestra fe en Jesucristo cuando él aparezca. Esto es vivir con nuestro corazón en el último día; y vemos qué buen efecto esto tiene para ayudarnos a vivir una vida santa en el presente. Y de esta manera también ayudamos máximamente al mundo con nuestro ejemplo, presencia, y palabras.

Así está la vida de los justificados por la fe en Jesucristo, una vez que son purificados. Ya viven con Cristo en la luz. Viven un anticipo de la gloria venidera cuando Jesús vendrá con todos sus santos en gran luz. Viven en el encanto de esta luz. Ella ilumina sus corazones y los llena de alegría en el Señor. Viven aun ahora en esta gloria reflejada. Su vida es así un anticipo del cielo. Es por este gran día que san Pablo reza, diciendo: “Y el mismo Dios de paz os santifique por *completo*; y todo vuestro *ser*, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irrepreensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts 5, 23).

Debemos vivir con un sentido vivo de la cercanía de la parusía. Santiago refleja esta conciencia. Dice: “Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca” (St 5, 8). San Pablo también vive en esta misma conciencia de la cercanía de la venida del Señor. Dice: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos! Vuestra modestia sea conocida de todos los hombres. El Señor está *cerca*” (Fil 4, 4-5).

Porque el Señor está *cerca* y porque san Pablo vive en su *cercanía*, vive *modestamente*. Vive “sobria, justa, y piadosamente” (Tito 2, 12) porque “el

Señor está *cerca*” (Fil 4, 5). Esto es vivir en la luz reflejada de la parusía del Señor. No es algo remoto o desconectado de la vida presente. Al contrario, la gloria de la parusía alumbra la vida presente. Debemos vivir en el resplandor de su gloria. Ella da luz y alegría a la vida presente, y nos hace vivir *modestamente* y *sobriamente* en alegría callada, guardando esta belleza en que vivimos, no queriendo que sea extinguida por actividades mundanas o por desobediencia alguna. Por eso alguien que percibe esta luz y vive regocijándose en ella, vive *modestamente*, guardando su tesoro con cuidado, para que no sea dispersado.

Así es la perspectiva de la fe cristiana en el Nuevo Testamento. Es orientada hacia el futuro. Es vivida en la luz que esta gloria futura refleja en nuestro presente. Por eso san Pablo escribe: “Si en *esta* vida *solamente* esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres” (1 Cor 15, 19). Una fe cristiana sin esta esperanza viva en la parusía de nuestro Señor Jesucristo carece de algo importante que da luz y alegría al creyente. Debemos ser orientados así hacia un futuro glorioso, lleno de luz, lleno de esplendor, por el cual estamos activamente preparándonos ahora, y experimentando con anticipación cada día más su gloria, que está en el proceso de realizarse ya en el presente. Y nos calentamos y regocijamos aun ahora en este esplendor. Esto es lo que da sabor y belleza a nuestra vida presente.

¡Qué importante es, entonces, tener una viva esperanza!, como dice san Pedro: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo que según su gran misericordia nos hizo renacer para una *esperanza viva*, por la resurrección de Jesucristo de los muertos” (1 Pd 1, 3). Vivimos como hijos de la resurrección ya resucitados espiritualmente, y esperando la plenitud de la gloria de Cristo en la cual ya vivimos ahora por la fe y la esperanza. “Por lo tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad *por completo* en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado” (1 Pd 1, 13).

Tenemos que esperar “por completo” en la gracia venidera que recibiremos en la manifestación de Jesucristo cuando venga en su gloria. Por eso “Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas...” (Lc 13, 35-36). Toda nuestra energía debe ser puesta en este último día de gloria: “esperad *por completo* —dice san Pedro— en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado” (1 Pd 1, 13). Esta esperanza y la preparación por las cosas venideras deben caracterizar toda nuestra vida en el presente. Debemos tener nuestras lámparas encendidas ahora por su venida. Debemos vivir en este tipo de vigilancia, esperando “por completo”.

En este día seremos transformados “a la final trompeta” (1 Cor 15, 52). ¿Cómo seremos así transformados en gloria? “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Jn 3, 2). Vivimos en espera de esta gloria, de esta transformación. No sólo Cristo

vendrá en gloria, sino que nosotros también seremos transformados con él en gloria. "...todos seremos transformados" (1 Cor 15, 51). Así, pues, "cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria" (Col 3, 4).

Vivimos en la espera de esta transformación en gloria. Y esta transformación en gloria comienza ahora, "Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, *somos transformados de gloria en gloria* en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (2 Cor 3, 18). Contemplando la gloria que vendrá, somos transformados, en el presente, en la misma imagen de la gloria que contemplamos. Es la voluntad de Cristo que lo contemplemos en su gloria, o, mejor dicho, que contemplemos su gloria, la gloria en que él vive con su Padre desde toda la eternidad. Por ello él nos *dio* su gloria, para que la contemplemos. "La *gloria* que me diste, yo les he *dado*... Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que *contemplan* mi *gloria* que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo" (Jn 17, 22.24). Contemplando su gloria ahora, vivimos en un anticipo de la gloria futura. Viviendo en su esplendor ahora, anticipamos la visión de gloria después de esta vida. Es como vivimos en un *encanto* caracterizado por la gloria de la parusía ya vislumbrada y experimentada de antemano.

La gloria de Cristo que contemplamos, y que nos llena de tanto esplendor, es la misma gloria en que él mismo vive eternamente en el seno del Padre, glorificado por su Padre, cubierto de la gloria de su Padre. Es en esta gloria que él va a manifestarse en el último día. Contemplando el reflejo presente de la gloria de su venida, "somos transformados" ya ahora de antemano "de gloria en gloria" (2 Cor 3, 18). Vivimos en este encanto, cuidadosos de no hacer nada que lo quebrantaré. Lo que lo quebranta es la desobediencia, el pecado.

Qué belleza y dulzura, entonces, esperamos, cuando "los montes destilarán mosto, y los collados fluirán leche" (Jl 3, 18), cuando el Hijo del Hombre vendrá, sentado sobre una nube blanca con una hoz aguda en la mano, "pues la mies de la tierra está madura. Y el que estaba sentado sobre la nube metió su hoz en la tierra, y la tierra fue segada" (Apc 14, 14-16). Y un ángel dijo a otro ángel: "Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la tierra, porque sus uvas están maduras. Y el ángel arrojó su hoz en la tierra, y vendimió la viña de la tierra, y echó las uvas en el gran lagar..." (Apc 14, 18-19). Así es la visión del fin del mundo que la escritura nos da para encender nuestra imaginación con imágenes de gloria y dulzura, para comunicar a nosotros la belleza que nos espera en el plan de Dios. Es sobre esto que Dios quiere que meditemos, y así podremos permanecer en su esplendor. ¡Qué espléndida es la vida arraigada en esta "esperanza de gloria" (Rom 5, 2)!

Esto, creo, es comentario suficiente sobre el versículo: "*por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos*

gloriamos en la **esperanza de la gloria de Dios**” (Rom 5, 2). Procedamos, pues, al versículo siguiente:

El sufrimiento, el ascetismo, y el misterio pascual

“Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las **tribulaciones**, sabiendo que la tribulación produce paciencia...” (Rom 5, 3). La vida cristiana es una vida de gloria. San Pablo dijo en 5, 2 que “nos gloriamos en la **esperanza de la gloria de Dios**” (Rom 5, 2). Esto es fácil a entender, porque ¿quién no se gloría en la esperanza de gloria? Pero versículo 3 es más difícil a entender, porque aquí san Pablo dice que el cristiano no sólo se gloría en su esperanza, sino que también en sus tribulaciones. En el mundo, sin fe, creo que nadie se gloría en sus tribulaciones. Esta es una reacción distintamente y profundamente cristiana. Aprendemos a reaccionar así por medio de Jesucristo y su misterio pascual. Como él murió a su vida normal como un hombre, y comenzó su vida resucitada y glorificada, así también nosotros morimos en él a nuestro hombre viejo para sepultarlo y comenzar una vida nueva al resucitar en él en su resurrección. Cualquier sufrimiento, pues, que sufrimos puede ayudarnos a participar más profundamente en este misterio pascual. Cada sufrimiento puede ayudarnos, si lo aceptamos con fe, a morir más al hombre viejo y resucitar más al hombre nuevo.

San Pablo dice que él se gloría en sus tribulaciones o aflicciones. Nuestras aflicciones nos dan una oportunidad de ofrecernos en amor a Dios, de **demostrar** nuestro amor en **hechos difíciles** que nos **cuestan** algo. Alguien que sólo ama a Dios cuando todo va bien todavía no ha madurado en el amor a Dios. Dios quiere que nos ofrezcamos a él por medio de hechos o acontecimientos **difíciles** que hacemos o padecemos por amor a él. Cuando ayunamos, por ejemplo, eliminando de nuestra dieta carne y toda delicadeza y condimento, excepto la sal, comiendo sólo cosas sencillas y básicas, con pan oscuro y basto, sin fritura, con nada hecho de azúcar ni de harina blanca, y cuando hacemos esto, como tradicionalmente hicieron los monjes, por amor a Dios, para que Dios sea nuestro único gozo en nuestra vida, en la medida que esto es posible, entonces poco a poco vivimos cada vez **más** en su **esplendor**. Esto es porque nos afligimos y aborrecemos nuestra vida (Jn 12, 25) en este mundo para vivir sólo para Dios con un corazón completamente indiviso en amor a él. Hacemos así para amar a Dios con **todo** nuestro corazón. Así comemos, por ejemplo, **sólo** lo que es **necesario** para sostener la vida, y no por placer, excepto el placer inevitable y necesario al comer cosas tan sencillas, bastas, y básicas. Este es un ejemplo de la ventaja de la tribulación en nuestra vida de fe y amor a Dios.

Tradicionalmente monjes, además de todo esto, también nunca desayunaban, y cenaban sólo seis meses al año. Así la comida —que es la fuente más grande de placer corporal, después del sexo, que los monjes renuncian completamente— es reducida al mínimo en su aspecto de placer. Es sólo un

placer sencillo y frugal, en que uno puede regocijarse modesta y sobriamente al mantener su vida, dando gracias a Dios por el don de la vida.

Por lo demás, el monje trata de vivir *sólo* para Dios en todo aspecto de su vida, regocijándose en el espíritu por poder ofrecerse como un sacrificio así en amor a Dios. En todo campo de su vida una persona así trata de vivir *sólo* para Dios, renunciando a todos los placeres innecesarios del mundo: paseos para el placer, vacaciones, fiestas, banquetes, el cine, la televisión, la radio, la música seglar, visitas sociales, ropa seglar, mucho sueño, etc. Este es el ideal de la vida monástica. Es la teología o la espiritualidad o la teoría de la vida monástica.

Sí, uno se *aflige*, pero interiormente el monje se *regocija* cada día más al vivir así. Su vida ha venido a ser un holocausto de amor, en que él se ofrece como un sacrificio, en el altar de su ascetismo, al Padre con Cristo en la cruz. Al principio es difícil vivir así, pero con tiempo uno se acostumbra, y al fin uno no puede imaginarse viviendo de otra manera. No hay comparación alguna entre la calidad de vida en vivir de este modo sólo para Dios por una parte, y vivir para los placeres del mundo y del cuerpo por otra parte. La primera es una vida para Dios; la segunda es una vida para sí mismo.

En su debido tiempo, si uno sigue así fielmente en todo, será purificado de los placeres mundanos, no sólo en sus cinco sentidos, sino que también en las tres potencias de su espíritu, es decir, en su entendimiento, memoria, y voluntad, hasta que llegue al punto de que la carencia de estos placeres no le perturba. Cuando llegue a este punto, será purificado y librado de la esclavitud de sus pasiones, y vivirá con Dios en la luz, si tan sólo pueda evitar toda forma de desobediencia a la voluntad de Dios. A este punto, su vida es incomparablemente mejor que antes. Su corazón se regocija en Dios, y es lleno de luz y paz.

Pero ¿cómo se llega a este punto? Se llega por el camino del *sufrimiento y aflicción*. El monje, por ejemplo, se aflige a sí mismo por el amor a Dios (ascetismo). Él se aflige porque quiere vivir sólo para Dios, y no para los placeres de este mundo. Quiere vivir en las cumbres iluminadas, no en los placeres mundanos. Por eso se aflige, renunciando a los placeres innecesarios en todo campo de su vida, desde su dieta hasta su ropa. El resultado es que en vez de vivir una vida triste, vacía, y oscura, él está gozoso y se regocija en la luz de Cristo, si tan sólo no cae en desobediencia a la voluntad de Dios. Así vivió san Pablo, según su manera, crucificado a este mundo, y el mundo a él (Gal 6, 14), y por eso pudo recomendar a los filipenses lo que él mismo vivió e hizo: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!” (Fil 4, 4). Y a los tesalonicenses escribió: “Estad siempre gozosos” (1 Ts 5, 16). Este gozo es el fruto del Espíritu Santo en los corazones de los que son purificados.

Por medio de esta aflicción, uno puede ofrecerse en un sacrificio de amor al Padre, imitando a Jesucristo, y en unión con él. Amando a Jesucristo, queremos

hacer lo que él hizo, adorar al Padre “en espíritu y en verdad” (Jn 4, 23-24). El amor quiere *semejanza* a quien ama. Y ¿qué hizo Jesucristo? San Pablo dice que él “se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef 5, 2). Viviendo así, ascéticamente, austeramente, afligiéndonos por el amor a Dios, vivimos como Jesucristo en la cruz, y hacemos de nuestra vida un sacrificio de amor, ofrecido con Cristo al Padre en espíritu y en verdad. Así somos víctimas de amor, almas víctimas, inmolándonos en amor a Dios. Cuanto más nos inmolamos así, tanto más encendidos somos del amor de Dios, y tanto más *“gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones...”* (Rom 5, 2-3). Gloriarse en las tribulaciones es regocijarse en las tribulaciones porque estas mismas tribulaciones nos *acercan* tanto a Dios.

Esto es verdad no sólo en las aflicciones con que nos afligimos a nosotros mismos al vivir ascéticamente, sino que también en todo tipo de aflicción, sea la persecución por causa de nuestra fe y vida de fe, o sea una enfermedad u otra tribulación de la vida humana. Toda tribulación nos desapega del mundo y de sus placeres para mejor vivir sólo para Dios. Una enfermedad limita nuestra movilidad y actividad, para que nos concentremos mejor en la única cosa necesaria. El ser perseguidos por nuestra manera santa de vivir o por nuestra palabra de vida nos desapega más aún del mundo, en el cual no hallamos consuelo ni entendimiento. Nos despoja de los consuelos humanos, para buscar nuestro consuelo sólo en Dios. Otras privaciones y tribulaciones también nos desprenden cada vez más de este mundo y sus consuelos. Nos crucifican al mundo, y nos apegan a Dios.

Cuando encontramos consuelo en esta vida sólo en Dios, y todos nuestros consuelos humanos han fallado, estamos en la mejor condición para crecer en la gracia y regocijarnos en la única verdadera alegría, que es el esplendor de Dios, hasta que Cristo resplandezca en nuestro corazón (2 Cor 4, 6). Al poseer esto, ¿qué nos importa lo demás? Ya tenemos lo que todo el mundo está buscando, pero que pocos hallan, la verdadera felicidad humana, un corazón feliz con Dios y lleno de su esplendor. Y esta nos viene no por el camino de tener, sino por el camino de *no* tener.

Esto es perder la vida por causa de Cristo para salvar la vida verdaderamente. La perdemos por la ascesis, por la persecución por causa de nuestra fe y vida de fe, por el escarnio, por las enfermedades, y por las otras tribulaciones de la vida que Dios nos da. Así nos *desapegamos* cada vez *más* del mundo, y aprendemos a vivir sólo para Dios. Cuanto más desapegados del mundo vivimos, tanto mejor vivimos en Dios, y él en nosotros, regocijándonos con su esplendor, una vez que somos purificados. Todo tipo de sufrimiento mata en nosotros el gozo que encontramos en el mundo; y desprendiéndonos así siempre más del mundo, nos purificamos y crecemos en el esplendor de Dios.

Benditos, entonces, son los que *aborrecen* su vida en este mundo (Jn 12, 25), negándose a sí mismos, llevando con gozo la cruz de Cristo, soportando todo insulto, rechazo, y menosprecio por el amor de Cristo, y para dar testimonio de él. No podemos vivir verdaderamente para Jesucristo sin experimentar este tipo de persecución y rechazo del mundo. Los que viven auténticamente para Cristo y sufren estas cosas son los que son verdaderamente felices. Conocen el secreto de la felicidad humana. Es su *amor* a Cristo que les hace vivir así, porque conocen que este tipo de vida rechazada, desprendida, despojada, y desapegada los conforma y una cada día más a Cristo crucificado, el amado de su alma.

Participando así en sus padecimientos y muerte, llegan a participar también en su resurrección. Son transformados en Cristo. Es Cristo quien ya vive en ellos. Al aborrecer su vida en este mundo por causa de Cristo, la hallan en Cristo (Jn 12, 25). Perdiendo su vida en este mundo por el amor a Cristo, la salvan (Mc 8, 35). Muriendo con él, viven con él (2 Tim 2, 11-12). Por eso se regocijan y se glorían en sus aflicciones, porque mientras son más afligidos en este mundo, son más unidos a Cristo y más llenos de su amor y luz radiante. Por eso san Pablo dijo: Estoy “llevando en el cuerpo siempre por todas parte la *muerte* de Jesús, para que también la *vida* de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos” (2 Cor 4, 10). Él quiso no sólo *llevar*, sino *vivir* la muerte de Jesús, porque esto es la verdadera vida.

Las escrituras son llenas de esta enseñanza: “Si somos *muertos* con él, también *viviremos* con él; si *sufrimos*, también *reinaremos* con él” (2 Tim 2, 11-12). Debemos vivir el misterio de la *muerte* de Jesús, desprendidos y desapegados de este mundo —muertos al mundo—. Así *viviremos* con él en su *esplendor*, en el misterio de su resurrección, empezando *ahora*. “Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él” (Rom 6, 8).

Morimos con él por la ascesis, y vivimos con él por una resurrección espiritual. Tenemos que abrazar su cruz primero, viviendo ascéticamente. Entonces, en debido tiempo descubriremos que estamos abrazando también su resurrección. Abrazando su humanidad, abrazamos su divinidad. Su humanidad es nuestro camino para llegar a su divinidad. Y su humanidad es una humanidad *sufriente*, desde su nacimiento en un pesebre hasta su muerte en una cruz. Por la ascesis, la persecución, y la enfermedad abrazamos su *humanidad* sufriente, y esta nos conduce a su *divinidad*, que nos deslumbra con su gloria y esplendor, transformándonos y divinizándonos.

Si amamos a Cristo, querremos *imitarlo*, vivir como él vivió, y ser como él. Por eso practicamos la ascesis, por eso ayunamos, por eso aceptamos todo sufrimiento que él nos da, como él lo hizo, y lo usamos como nuestro altar, como nuestra cruz, para ofrecernos al Padre como sacrificio de amor. Nos inmolamos por medio de estos sufrimientos que él nos da. Estos sufrimientos son nuestro tesoro, nuestro camino de amor, nuestro camino para hacer nuestra vida una

oblación de amor a Dios, una donación libre de amor al Padre con la oblación libre y amante del Hijo, llena de su Espíritu Santo, el Espíritu del amor divino.

El sufrimiento nos ayuda a tener un corazón cada vez más completo, entero, e indiviso en su amor a Dios, porque el sufrimiento nos separa de otros intereses y amores, de otros placeres, y nos deja a solas con Dios. Es entonces cuando Dios se nos revela más claramente y nos invita a entrar en su esplendor. De verdad, la cruz —y todo sufrimiento libremente aceptado en amor es nuestra cruz santificadora— nos lleva a la resurrección espiritual y al esplendor de Dios.

Por eso dice san Pablo en *Rom 5, 3*: “**nos gloriamos en las tribulaciones**”. ¿Quién no gloriaría en algo que le trae tantos beneficios y tanto esplendor? Por eso Jesús nos enseña: “todo el que quiera *salvar* su vida, la *perderá*; y todo el que *pierda* su vida por causa de mí y del evangelio, la *salvará*” (Mc 8, 35). Y “El que *ama* su vida, la *perderá*, y el que *aborrece* su vida en este mundo, para vida eterna la *guardará*” (Jn 12, 25). *Perdemos* y *aborrecemos* nuestra vida en este mundo para *salvarla* por la ascesis, y también por la enfermedad y la persecución aceptadas en fe, y así nos ofrecemos por este medio como un sacrificio de amor con un corazón indiviso a Dios, nuestro *único* tesoro y *único* Señor.

Al abrazar la *muerte* de Cristo en nuestra vida, abrazamos su *resurrección*, como afirma san Pablo. San Pablo quiere ser hallado en Cristo “a fin de conocerle, y el poder de su *resurrección*, y la participación de sus *padecimientos*, llegando a ser semejante a él en su *muerte*, si en alguna manera llegase a la *resurrección* de entre los muertos” (Fil 3, 10-11). La unión con la *muerte* de Cristo es el camino para llegar a la unión con él en su *resurrección*.

San Pablo dice también en *Rom 5, 3*, el versículo bajo consideración ahora, que “*la tribulación produce paciencia*”. Todo el versículo es: “...*nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia*” (*Rom 5, 2-3*). ¿Cómo es que “*la tribulación produce paciencia*”? La paciencia es el poder de controlar las pasiones, sobre todo la ira. Es un estado de tranquilidad y paz. Para llegar a este estado virtuoso de paz, san Pablo nos enseña que la *tribulación* nos *ayuda*; que *produce* la *paciencia*. Esto es porque una vida despojada y desapegada produce, con la ayuda de Dios, en su debido tiempo, el estado de libertad de la esclavitud de las pasiones. Una vida despojada mortifica todas las pasiones hasta que lleguemos al punto de que son dormidas y casi muertas en nosotros, y somos librados de su perturbación. Una vez llegados a este punto, después de un largo tiempo de purificación activa de los sentidos y del espíritu, y después también de las purificaciones pasivas que Dios obra en nosotros, viviremos en la luz. En este estado, irradiaremos las virtudes y los frutos del Espíritu Santo; y la paciencia es una de ellas: “amor, paz, *paciencia*, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (*Gal 5, 22-23*).

En este estado normalmente nos regocijamos en el Espíritu Santo. Somos iluminados y vivimos en la luz. Nos alegramos en el esplendor de Dios porque vivimos sólo para él y por el amor al prójimo, y ya hemos sido purificados de lo demás, purificados incluso en nuestro entendimiento, memoria, y voluntad, a la medida que esto es posible para un ser humano en esta vida. Así, pues, la luz divina puede resplandecer en nuestro corazón con plena libertad y sin obstáculo. Somos libres para Dios, librados para él, viviendo en la libertad de los hijos de Dios. En este estado, las virtudes pueden crecer, y la paciencia es una de ellas. Pero si *no* estamos siempre vigilantes, siempre viviendo una vida ascética, mortificada, y desapegada, las pasiones ya dormidas pueden despertarse otra vez y atormentarnos como antes. Así, pues, la vida ascética y desapegada es tan importante, y es para siempre.

Creemos en las tres virtudes teologales sobre todo cuando estamos en este estado de libertad y luz. Vemos todo por la perspectiva de la fe. Nuestra imaginación está llena de imágenes de esperanza, y nuestra voluntad está encendida del amor de Dios y del prójimo. Siendo así, las virtudes irradian de nosotros, es decir: la magnanimidad, la tranquilidad, la bondad, la benignidad, la paz, el gozo, el amor, y la paciencia. Estos son los atributos de un alma madura.

Y ¿qué nos lleva a este estado? La *tribulación*. La *ascesis* es la tribulación activa en que nosotros nos afligimos a nosotros mismos *activamente* y de propósito, privándonos de los placeres humanos, para que Dios sea grande en nosotros y nos ilumine con su esplendor. Y así él hace. La enfermedad, la persecución, y otras tribulaciones que prueban nuestra paciencia son las purificaciones *pasivas* que *Dios* obra en nosotros. Así hay purificaciones *activas* (el ascetismo) y purificaciones *pasivas* (persecuciones, enfermedades, y otras aflicciones) que nos llevan a la perfección de una vida virtuosa en la luz, libres de la esclavitud de las pasiones. Por eso san Pablo dice que “*la tribulación produce paciencia*” (Rom 5, 3). Es decir, Dios nos da esta virtud por medio del *ascetismo*, que hacemos nosotros mismos, y por medio de las *persecuciones*, *enfermedades* y otras *perturbaciones* de la vida, que *él* obra en nosotros.

Las *pasiones* son mortificadas en nosotros por las *tribulaciones* de todo tipo, porque *todo* tipo de tribulación nos separa más del mundo y sus deseos, si lo aceptamos con fe y amor como un medio de vivir más perfectamente sólo para él y para el prójimo por amor a él. San Pablo dice: “Pero los que son de Cristo han *crucificado* la *carne* con sus *pasiones* y *deseos*” (Gal 5, 24). Por la tribulación nosotros crucificamos nuestras pasiones y deseos carnales y mundanos. Las mortificamos por el ascetismo, y Dios las mortifica en nosotros por medio de enfermedades, persecuciones, y otras tribulaciones.

Tenemos que mortificar nuestros deseos para placeres humanos que son innecesarios. Por eso san Pablo dice: “porque si vivís conforme a la *carne*, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Rom 8, 13). Sabemos que por “carne” san Pablo incluye todos los placeres y deseos

innecesarios y mundanos que nos llevan a olvidar a Dios o dividir nuestro corazón. La palabra “carne” para san Pablo quiere decir una manera carnal o mundana de vivir. Por eso no debemos vivir según estos deseos para placer, que es vivir según la carne, si queremos ser librados de las pasiones y vivir en la luz una vida virtuosa, feliz, e iluminada. San Pablo nos enseña también: “Haced *morir*, pues, lo *terrenal* en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría” (Col 3, 5).

Esta mortificación desarrolla en *todo campo* de nuestra vida la justificación por la fe, que tenemos en Cristo, para hacernos, de verdad, *hombres nuevos*, una nueva creación (2 Cor 5, 17), nuevas criaturas en Cristo. Así “nuestro viejo hombre fue *crucificado* juntamente con él” (Rom 6, 6). Por las tribulaciones se desarrolla esta crucifixión en nuestra vida, hasta que vivamos, de veras, en la luz con Dios, calentándonos en su esplendor.

Por eso, “Amados, yo os ruego como a *extranjeros* y *peregrinos*, que os *abstengáis* de los *deseos carnales* que batallan contra el alma” (1 Pd 2, 11). Debemos vivir como “*extranjeros* y *peregrinos*” en este mundo, *desatados*, *despojados*, y *desapegados* de este mundo y de esta vida con sus placeres y deseos si queremos llegar hasta las cimas de la luz y armar nuestra tienda allí con el Señor.

San Pablo sigue hablando de los buenos efectos de la tribulación en el versículo siguiente. Ha dicho que “*también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia*” (Rom 5, 3). Ahora añade: “*y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza*” (Rom 5, 4). Es decir: como la tribulación produce paciencia, del mismo modo la paciencia produce prueba o carácter, y el carácter produce esperanza. Todo esto es el buen fruto de la *tribulación* aceptada en fe. Ella nos purifica *activa* y *pasivamente* hasta que lleguemos a un estado de luz en que somos librados de la esclavitud de las pasiones y llenos de las virtudes, como la paciencia. En su debido tiempo, nos enseña la palabra revelada aquí, la paciencia viene a ser “virtud probada” o carácter o “prueba”, es decir: algo probado y estable, algo seguro y maduro. Y esta produce, dice san Pablo, esperanza.

¿Cómo es que el estado de virtud madura, probada, y establecida puede producir esperanza? Es así. Al principio de nuestra vida de fe, no somos completamente convertidos. Todavía nuestras pasiones nos tientan y abruma, y todavía no hemos desarrollado las virtudes. Somos, por eso, débiles, y débiles también en esperanza de que podamos madurar y crecer en la santidad. Tampoco tenemos en este tiempo inicial mucha esperanza de que veremos y viviremos un día en la luz. Y la esperanza para el cielo y para la venida del Señor tampoco es muy desarrollada en nosotros.

Pero una vez madurados en la virtud por las purificaciones activas y pasivas de las tribulaciones, y librados de la esclavitud de las pasiones, todo viene a ser muy diferente. Vivimos entonces más en la luz, y nuestra vida en la luz es caracterizada por la esperanza. Esto se desarrolla poco a poco. Primero aparecen las virtudes, como la paciencia. La paciencia es la virtud de aguantar mucho con tranquilidad y paz, porque nuestra alegría está en el *Señor*; y felices e iluminados así en el Señor, no nos molestan tanto las cosas *exteriores*. Cosas exteriores nos perturban menos y menos porque encontramos nuestra seguridad y alegría interiormente en Dios y no en estas cosas. Por eso aun si las cosas exteriores de nuestra vida no funcionan muy bien, podemos reorientarnos y superar estas situaciones negativas y recobrar nuestra paz y felicidad.

Así vemos los acontecimientos exteriores negativos en nuestra vida, que pudieran habernos abrumado, como ellos son en realidad, es decir: como *oportunidades* de dar testimonio de nuestra fe. La cosa importante para nosotros es el *amor* de Dios *en que* vivimos y que nos da tanta alegría, paz, y luz. Viviendo cada vez más en este amor y paz, podemos aguantar siempre con más facilidad las tribulaciones exteriores de la vida que nos *separan* cada día más de este mundo en su mundanidad y que nos dan tantas nuevas oportunidades de dar testimonio de Cristo, y que, por eso, *aumentan* la luz en que vivimos. Cualquier acontecimiento que nos separa más del mundo o que nos da una nueva oportunidad de testimoniar a nuestra fe para el bien del mundo aumenta nuestra paz, aunque al principio nos puede parecer como una aflicción. Pero después, vemos que esta aflicción nos ayudó. Por eso estas *tribulaciones* producen *esperanza*, es decir, una vida vivida en Dios, en su luz, en su paz, y en su alegría, una vida llena de Dios. Esta es una vida sumamente positiva, llena de esperanza.

Aun podemos *buscar* tribulaciones, cruces, mortificaciones, formas de ascetismo y renuncia, como lo hicieron los santos, porque queremos probar, demostrar, y expresar a Dios nuestro amor por él. Así practicamos el ascetismo y vivimos una vida austera *deliberadamente* por el amor a Dios. Así damos testimonio por nuestras palabras y modo de vivir de nuestra fe en Jesucristo y de nuestro amor por él. Al dar este testimonio, podemos ser perseguidos por causa de Cristo, y nos regocijaremos en esta persecución también. Al vivir pacientemente así por mucho tiempo, vemos que nuestra paciencia en las tribulaciones produce la virtud probada o “la prueba”.

Cuando hemos llegado a este punto de virtud probada, madura, y establecida, vemos que esta *virtud probada produce* la *esperanza*. Esto es lo que san Pablo nos enseña aquí, y es *Dios* que nos está enseñando esto por la palabra inspirada de san Pablo. La *virtud probada produce esperanza*, porque las personas que han llegado a este punto viven en mucha luz y alegría en el Espíritu Santo. Al vivir en esta luz, uno es lleno de esperanza, esperanza a ver más aún esta bella luz, y a ver y a entrar en su cumplimiento cuando Jesucristo venga otra vez en su gloria en gran luz con todos sus santos.

Vemos, pues, que nuestra *imaginación*, que es parte de nuestra memoria, está llena entonces de bellas imágenes de *esperanza* que tienen su correspondiente emoción de *alegría espiritual y luz* dentro de nosotros. Estas imágenes son imágenes de la venida del Señor, imágenes de su esplendor; y experimentamos este esplendor ahora interiormente, y vivimos actualmente en él, regocijándonos y calentándonos en él. Nuestra vida viene a ser una vida en la luz, una vida positiva de esperanza y del amor de Dios. Así la *tribulación*, la *mortificación*, la *enfermedad*, y la *persecución producen* esta *alegre esperanza*, porque ellas nos limpian más aún de este mundo y su agitación, distracción, y tentación, y nos dan siempre nuevas oportunidades de evangelizarlo con nuestro ejemplo y palabra. El último resultado es que nuestra alma es más sosegada y tranquilizada que antes de esta tribulación.

“...y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Rom 5, 5). Esta esperanza en que vivimos no nos engaña, desilusiona, o decepciona. Es, al contrario, la verdad de la verdad, que es más real y más segura que las cosas que vemos con los ojos del cuerpo. Es la verdad de Dios. Por eso el texto dice: “y la esperanza no avergüenza”, es decir: no falla, no engaña.

Si perdemos esta esperanza, esta alegre y positiva orientación de vida, por un tiempo por haber caído, por inadvertencia, en una imperfección o desobediencia, sabemos que hemos perdido la cosa más importante de nuestra vida. Si hemos caído en una imperfección y por eso nos hemos desviado de la perfecta voluntad de Dios, entonces Dios oscurece esta esperanza en nosotros por un tiempo, para que aprendamos que nuestra acción no le agradó, para que nos arrepintamos, y enmendemos nuestro comportamiento. Esta privación de la esperanza nos purifica, para que después de ser más purificados, podamos resplandecer *más aún* que antes, regocijándonos de nuevo en esta bella esperanza.

Pero el estado mismo de esta esperanza no falla y no engaña, como dice san Pablo aquí. Es un signo de que estamos en el estado de gracia y que estamos viviendo en el favor y el amor de Dios. Esta esperanza es una esperanza para ver cada vez más claramente y más intensamente la luz de Dios, que en el último día será revelada en toda su plenitud. Esta esperanza será desarrollada en nosotros si somos purificados por medio de muchas tribulaciones activas y pasivas, y si ahora estamos obedeciendo perfectamente la voluntad de Dios y su voz en nuestra conciencia en todos los pequeños detalles de nuestra vida. Entonces Dios nos libraré de la oscuridad y nos introducirá en su luz admirable.

Esta esperanza no es un engaño: “En ti esperaron nuestros padres; esperaron, y tú los libraste. Clamaron a ti, y fueron *librados*; confiaron en ti, y no fueron avergonzados” (Sal 21, 4-5). Aun si todavía estamos en medio de nuestras purificaciones y todavía no vivimos en la luz, debemos tener esperanza de que un día, si permanecemos fieles, llegaremos a la luz. O si Dios está

castigándonos por una desobediencia, debemos vivir en *esperanza* de que veremos otra vez su luz. Y si estamos ahora calentándonos en su luz, debemos esperar la revelación de la plenitud de esta luz en el último día. Toda esta esperanza no avergüenza, es decir, no defrauda; sino que se realizará. Nuestra vida está basada sobre esta esperanza.

Debemos, entonces, vivir en esperanza, sin dudar. Como Dios libró a nuestros padres que clamaron a él y esperaron en él, así él nos iluminará a nosotros. “Guarda mi alma, y líbrame, porque en ti confié. Integridad y rectitud me guarden, porque en *ti* he *esperado*” (Sal 24, 20-21). Una esperanza que avergüenza es una esperanza por algo que nunca recibiremos. Fuimos engañados en nuestra esperanza. Creíamos que íbamos a recibir algo, pero no lo recibimos. Pero la *luz* y el *amor* de Dios no son así. Esperamos obtenerlos, y los obtendremos. La Palabra aquí nos asegura que *esta* esperanza “*no avergüenza*”. Aunque estamos esperando ahora sin experimentar estos bienes, los recibiremos en su debido tiempo cuando hemos sido purificados suficientemente o cuando Dios ha terminado a castigarnos por nuestra desobediencia.

Entonces veremos su luz radiante, su luz admirable (1 Pd 2, 9), algo de su luz inaccesible (1 Tim 6, 16), y seremos iluminados por la esperanza de la venida gloriosa del Señor en el último día con todos sus santos en gran luz. Viviremos bañados de esta luz ya en el presente, aunque su cumplimiento será en el futuro. Caminaremos en la luz de esta esperanza.

San Pablo dice aquí que “*esta esperanza no avergüenza porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el **Espíritu Santo** que nos fue dado*” (Rom 5, 5). Es precisamente el *amor* de Dios en nuestro corazón que aviva esta *esperanza* y la hace *resplandecer* en nosotros con toda su belleza. La *esperanza* está en nuestra *imaginación* y memoria. El *amor* de Dios está en nuestra *voluntad* (*corazón*). Es el amor de Dios que cambia y transforma nuestra voluntad, llenando nuestro corazón con el amor divino que irradia en nosotros. Dios nos da este amor con el don del Espíritu Santo. Esto es porque el Espíritu Santo es el *Espíritu* del *amor* entre el Padre y el Hijo desde toda la eternidad.

En el día de Pentecostés, san Pedro citó la profecía de Joel: “Y en los últimos días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños” (Hch 2, 17; Joel 3, 1-5). Entonces añade Pedro: “Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís” (Hch 2, 33). Hemos recibido este don que san Pablo dice nos trae el amor de Dios, y por eso nuestra esperanza es viva y no engaña, “*no avergüenza*”.

Pero para que el Espíritu Santo pueda obrar esta maravilla efectivamente en nosotros, tenemos que ser purificados del mundo y sus placeres, y obedecer perfectamente la voluntad de Dios en todo, siempre obedeciendo su voz en nuestra conciencia. Si no, la luz del amor de Dios que aviva nuestra esperanza, será oscurecida e impedida, y no podrá resplandecer en nosotros de la manera que Dios quiere.

Vivimos en la esperanza, una vida en la luz, una vida iluminada, porque “*el amor de Dios ha sido derramado en nuestro corazón*” (Rom 5, 5) por obra del Espíritu Santo. Tenemos este Espíritu desde la glorificación de Jesucristo, porque cuando él resucitó y volvió en gloria al Padre, él derramó del Padre este Espíritu en una efusión general y mesiánica sobre toda carne que cree en él. Sobre esta efusión mesiánica del Espíritu en la glorificación de Jesucristo, san Juan nos dice: “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (Jn 7, 39).

El don del *Espíritu*, que nos llena del *amor* divino, vino a nosotros por primera vez con la glorificación de Jesucristo. Es el Padre que derrama este don sobre su Hijo desde toda la eternidad, porque es el vínculo del amor entre estos dos. Desde que el Hijo tiene una naturaleza humana y después de que él ha agradado tanto al Padre por su sacrificio en esta naturaleza humana en la cruz, el Padre derramó este don sobre él en su humanidad, resucitándolo de entre los muertos, y más aún lo derramó también sobre toda carne humana que está en solidaridad con su Hijo por su fe en él. Así tenemos en nosotros este don que nos trae el amor divino.

El *amor* divino es un don espléndido, y es algo nuevo para la raza humana en esta forma e intensidad. Nunca ha sido derramado así tan espléndidamente en todo el Antiguo Testamento. Es el mismo amor divino en que vive el Padre con el Hijo en esplendor inefable. Es un río resplandeciente y fulgurante, un reventón de luz divina que siempre fluye y refluye entre el Padre y el Hijo en la noche de la eternidad, regocijando al Padre y al Hijo. Es el abrazo del amor infinito e inefable con que el Padre abraza eternamente al Hijo en luz inconcebible. Es este amor magnífico y refulgente que es ahora derramado en nuestros corazones cuando creemos en Jesucristo y obedecemos su voluntad.

Sólo el perdón de nuestros pecados y la obediencia perfecta limpia nuestra alma para poder *percibir* y reflejar esta gloria mayestática del amor divino que Dios derrama en toda su refulgencia en nuestros corazones. De verdad, como dice san Pablo, Dios resplandece en nuestros corazones con la iluminación de la gloria divina brillando en la faz de Jesucristo (2 Cor 4, 6). Cuando somos purificados y limpios, vemos este resplandor que es el reflejo del amor divino en nosotros. Es como dice el libro de los Proverbios: “El hombre malo cae en la trampa de su transgresión, mas el *justo cantará y se alegrará*” (Prov 29, 6). Esta

es la alegría que Cristo nos da, perdonándonos y librándonos de nuestros pecados.

Teniendo este río resplandeciente del amor de Dios fluyendo en nuestro corazón, que es el amor del Padre para el Hijo, y del Hijo para el Padre, vivimos en *esperanza*. Es como hemos sido transformados en esperanza por este flujo tan fulgurante en nosotros del amor divino. Es así porque la misma actividad interior, propia de la Santísima Trinidad, está fluyendo por nosotros, iluminándonos, y así nos da un gran anhelo para Dios, para vivir con él completamente y en una forma más cumplida, completa, e íntima aún, cuando Jesucristo volverá en toda su majestad en gran luz con todos los santos para hacer nuevas todas las cosas (Apc 21, 5).

El Espíritu Santo obra esta maravilla en nosotros, y esta es algo nuevo por la raza humana, empezando con la glorificación de Jesucristo y esta efusión general y mesiánica del Espíritu Santo sobre toda carne que cree en él. Esta efusión del Espíritu es un lavamiento de regeneración y renovación de la humanidad que nos hace justos, santos, y resplandecientes por el flujo fulgurante del amor divino en nosotros. San Pablo dice que Dios nos salvó “por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la *esperanza* de la vida eterna” (Tito 3, 5-7). Vemos aquí que el resultado de todo esto es que vivamos en “la *esperanza* de la vida eterna” (Tito 3, 7). El cristiano es una persona tanto de *esperanza* como de amor y de fe. Estas tres virtudes teologales son vivas en el cristiano vivo, perdonado, y obediente.

Debemos *permanecer* en este río del amor que fluye entre el Padre y el Hijo. El amor con que Jesús nos ama ahora es el mismo amor divino con que el Padre lo ha amado a él desde toda la eternidad, como él nos dijo: “*Como* el Padre me ha amado, *así también* yo os he amado; *permaneced* en mi amor” (Jn 15, 9). Y Padre, “los has amado a *ellos como también a mí* me has amado” (Jn 17, 23). Es el *mismo* amor que el Padre tiene por nosotros que el tiene por su Hijo. Y “les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor *con que me* has amado, esté *en ellos*, y yo en ellos” (Jn 17, 26).

El mismo Hijo está en nosotros amando a su Padre desde dentro de nosotros; y el Padre está amando al Hijo que está dentro de nosotros. Por eso el amor divino que está fluyendo entre estos dos está fluyendo *por medio de* nosotros, regocijándonos con su esplendor y fulgor. Así somos personas de *fe*, que es la base de todo esto, y también del *amor* divino, y de una *esperanza* que no avergüenza.

“Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, en el tiempo oportuno murió por los impíos” (Rom 5, 6). ¡Qué gran consolación hay en este versículo, especialmente si hemos desgraciadamente por inadvertencia caído en una imperfección o

desobediencia y por eso nos sentimos lejos de Dios, y su luz no está resplandeciendo en nosotros! Sólo tenemos que enfocarnos con fe en este hecho, de que “*cuando aún éramos débiles, en el tiempo oportuno, Cristo murió por los impíos*” (Rom 5, 6). No murió por nosotros cuando éramos fuertes o en su gracia, sino que cuando éramos débiles, fuera de su gracia y en pecado, lejos de Dios, en la oscuridad, deprimidos, privados de su luz admirable, e incapaces de salir de este pozo oscuro. Esto es importante, porque a estos tiempos estamos incapaces de ayudarnos a nosotros mismos, y podemos caer en desesperación. Es precisamente para *este* tiempo y *en* este tiempo, san Pablo nos asegura, que Cristo murió por nosotros, los pecadores e impíos.

La muerte de Cristo nos *salva* de esta oscuridad y pecado. Nos justifica, destruyendo nuestro estado de alejamiento y desobediencia, y nos recrea de nuevo como justos y santos delante del Padre, llenos de su luz y amor, y llenos de esperanza otra vez. Este es el gran sacrificio que hace que los cielos derramen la dulzura de Dios sobre nosotros, porque por nuestra humanidad estamos ahora en solidaridad con el Verbo humanado. Cuando el Verbo tanto agradó al Padre por su muerte en la cruz en su humanidad asumida, el Padre derramó sobre él, como siempre lo hace, su Espíritu Santo, que lo resucitó esta vez de entre los muertos. Pero porque este sacrificio agradable fue hecho por todos los hombres, el Padre, junto con el Hijo ya resucitado, glorificado, y ascendido en el cielo, derramaron este Espíritu también sobre todos los que tienen esta naturaleza humana en solidaridad con el Hijo. Por los méritos de este sacrificio, que hizo satisfacción justa por todo pecado, el Padre nos perdona toda nuestra desobediencia y resplandece otra vez en nuestros corazones con la luz de su gracia. El Espíritu Santo, que fue dado a nosotros, obra esta renovación dentro de nosotros, restaurándonos en su gracia, y recreándonos en la imagen del Hijo.

Quizás tendremos que esperar unas horas o días hasta que nos *sentimos* en nuestros sentimientos humanos que hemos sido verdaderamente perdonados y restaurados a la cercanía de Dios. Los que todavía no son purificados del mundo y sus placeres no experimentarán tanta luz como los que sí ya son purificados y librados de la esclavitud de sus pasiones.

Así, pues, vemos la importancia de ser *purificados*. Es precisamente esta purificación que nos permite habitar con Dios en las regiones de la luz y calentarnos en su esplendor en júbilo de espíritu, regocijándonos en su espléndida luz dentro de nosotros. Si estamos todavía disfrutando de los placeres innecesarios de la vida, o si todavía deseamos estos placeres ordinarios pero innecesarios, estamos todavía lejos de estas regiones de la luz. Todavía no hemos llegado a las cimas de luz y no vivimos ahí. Todavía estamos en las partes más bajas de la montaña de la unión con Dios. Todavía no hemos subido a las cumbres iluminadas, porque Dios no puede llenar nuestros corazones así con su luz cuando estamos todavía llenos de los placeres y luces creadas de esta vida.

Somos, como dice san Agustín, recipientes que Dios quiere llenar con su esplendor, pero para hacer esto, tenemos que estar primero *vacíos* de *todo* lo demás (*sobre la primera Carta de san Juan 4*; breviario; viernes, 6ª semana del año).

Pero una vez purificados, todo es diferente. Entonces somos iluminados con la claridad de la luz admirable de Dios (2 Pd 2, 9) alumbrando y esclareciendo todo nuestro ser, haciéndonos resplandecientes en su espléndida luz, luminares en el mundo (Fil 2, 15), la luz del mundo (Mt 5, 14), como dice Jesús, lo cual es su voluntad para con nosotros.

Él vino para que camináramos en esta luz admirable (2 Pd 2, 9). “Yo soy la luz del mundo —dijo Jesús—; el que me *sigue*, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8, 12). Iluminados así, venimos a ser luz para los demás: “Vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5, 14). “Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor, andad como hijos de luz” (Ef 5, 8). “Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto no durmamos como los demás, sino velamos y seamos sobrios... Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios” (1 Ts 5, 5-6.8). Hemos de vivir según esta vocación y quitar los obstáculos que impiden que esta luz brille en nosotros. Así seremos luz para el mundo: “para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo” (Fil 2, 15).

Todo esto es el buen resultado de la muerte de Cristo, en quien nosotros morimos. Morimos en Cristo porque nuestra humanidad fue asumida por el Verbo eterno en Jesucristo, humanizando al Verbo. Si nuestra humanidad está unida en él al Verbo eterno, nosotros somos unidos por él al Verbo eterno. Estamos, por eso, en Cristo por naturaleza. Y cuando Cristo murió, nuestra naturaleza vieja, que heredamos de Adán en una condición caída y pecaminosa, murió también. Cuando él resucitó en una humanidad renovada y glorificada, nuestra naturaleza también resucitó en él renovada, perdonada, rehecha, y justificada. Sólo necesitamos el bautismo y la fe para *activar* esta renovación y justificación. Así Cristo “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitó para nuestra justificación” (Rom 4, 25). Nuestra naturaleza por el bautismo y la fe murió en su muerte, y resucitó en su resurrección. Ella murió a su condición pecaminosa, y resucitó justificada y renovada para que en Cristo andemos en la novedad de la vida (Rom 6, 4). Así por la fe, la muerte de Cristo cambió los impíos en justos. Por eso “*Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos*” (Rom 5, 6).

“*Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno*” (Rom 5, 7). Puede ser que hay personas que pueden dar su vida por una persona buena que ellas aman, pero la grandeza del amor de Dios se muestra en que él murió por nosotros no cuando fuimos

buenos, santos, y virtuosos, sino cuando fuimos impíos y pecadores con nada que pudo atraerle para amarnos. Así dice san Pablo en el versículo siguiente: “*Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros*” (Rom 5, 8). Sobre este versículo, un autor anciano escribió: “Y ¿qué hay que sea menos obligado, que el que el Señor sin pecado alguno llegue a morir por sus siervos impíos, y Creador de todo el universo sea colgado en atención a todas sus criaturas?” (Pelagio, *Comentario a la Carta a los Romanos*).

Notamos aquí primero que no es que sólo Cristo nos amó, y que el Padre no nos amó, y que Cristo tenía que convencer al Padre para que él también nos amara. San Pablo dice que *Dios*, es decir, la *Trinidad*, mostró su amor por nosotros en que Cristo murió por nosotros. La muerte de Cristo por nosotros muestra el amor de toda la Trinidad.

Este es el plan de todas las Personas de la Santísima Trinidad juntas. El Padre, en su gran amor por nosotros, envió a su Hijo para hacer esto por nosotros. Por eso la muerte de Cristo por los impíos muestra el amor del *Padre* por nosotros, tanto como el del Hijo y del Espíritu Santo.

Pero profundizando este misterio, vemos que esta muerte de Cristo es un sacrificio, ofrecido por medio del Hijo al Padre para nosotros. Y como sacrificio, es un acto propiciatorio que hizo el Hijo en amor hacia su Padre por nosotros. En un sentido, esto no es algo nuevo, porque aun antes de la encarnación el Hijo vivía siempre en sumisión perfecta al Padre en amor, siempre le agradaba infinitamente al Padre, y esto siempre resultó en que el Padre enviaba el don del Espíritu Santo sobre el Hijo, y el Hijo siempre le devolvía este mismo don del Espíritu a su Padre.

Pero en otro sentido el sacrificio de Cristo en la cruz es muy nuevo, porque es la primera vez que el Hijo se ofreció así en sumisión, obediencia, y amor a su Padre desde dentro de una naturaleza humana, y también es la primera vez que el Hijo pudo sufrir y morir, ofreciéndose así al Padre en amor, y es la primera vez que el Hijo hizo esto por nosotros con quienes ahora él comparte la misma naturaleza humana.

Así la Trinidad muestra su amor por nosotros en la muerte de Cristo por los impíos. Es así porque es el *Padre* que envió a su Hijo al mundo como un hombre para continuar haciendo en la tierra como *hombre* lo que siempre hacía en el cielo antes de la encarnación, es decir: su ofrenda de sí mismo en amor perfecto. Así el amor dinámico entre el Padre y el Hijo desde toda la eternidad es extendido ahora en la tierra, y los hombres cosechan el fruto de este acto sacrificial y propiciatorio de amor. Así somos todos nosotros que creemos envueltos en el amor divino por medio de la muerte de Jesucristo en la cruz. Por eso san Pablo dice: “*Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros*” (Rom 5, 8). La muerte de

Cristo demuestra el amor del Padre para nosotros. Demuestra también el amor del Hijo para su Padre y para nosotros, porque él hizo esto libremente en amor y obediencia perfecta.

Jesús también dice que su venida al mundo muestra el amor del *Padre* y de toda la Trinidad para el mundo, es decir, el amor de *Dios* para el mundo. Dice: “Porque de tal manera amó *Dios* al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn 3, 16). Y san Juan también dice lo mismo: “En esto se mostró el amor de *Dios* para con nosotros, en que *Dios* envió a *su* Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a *Dios*, sino en que *él* nos amó a nosotros, y *envió* a *su* Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4, 10-11). Es decir, el *enviar* a *su* Hijo muestra el amor del *Padre* para nosotros. El Padre quiere que vivamos por medio del Hijo y que nuestros pecados sean expiados por la satisfacción propiciatoria del Hijo hacia su Padre por su muerte sacrificial en la cruz. También san Pablo dice que *Dios* es “El que no escatimó a *su propio* Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros” (Rom 8, 32). Así demuestra el *Padre* su amor para nosotros.

“Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira” (Rom 5, 9). Cristo murió por nosotros para librarnos de nuestros pecados y justificarnos, para que pudiéramos vivir felices a sus ojos. En su muerte, él derramó su sangre, por eso somos justificados en su sangre. Si somos ahora justos por su sangre, podemos vivir en la esperanza de la gloria, es decir, de nuestra última salvación cuando Cristo vuelva en su gloria. Esto es lo que san Pablo quiere decir aquí, que si somos *“justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira” (Rom 5, 9).* La ira es el castigo de Dios en el último juicio por los pecadores que no se han arrepentido ni creído en Cristo, y por eso no son justificados. La sangre de Cristo nos salva de esto; y en vez de esto nos da la esperanza de la gloria.

La sangre de Cristo fue derramada en sacrificio, en un acto de culto y adoración en amor. Su vida está en su sangre. Él derramó su vida por nosotros en sacrificio propiciatorio a su Padre en amor y libre donación de sí mismo. Y él nos dio su sangre para *nuestro* culto sacrificial al Padre en espíritu y en verdad, el culto del Nuevo Testamento. Él transformó el vino en su sangre para que pudiéramos ofrecerlo al Padre como *nuestro* sacrificio, que es también *su* sacrificio en la cruz.

Después de ofrecer su sangre, bebemos esta sangre conteniendo la vida de Jesús, que es la vida de la Persona del eterno Verbo, hecho hombre. Es la sangre humana de Cristo, ya divinizada por haber sido asumida por el Verbo eterno. Cuando la bebemos, ella nos diviniza, porque tiene en sí la divinidad del Verbo eterno.

Así nos ofrecemos a nosotros mismos a Dios en sacrificio, usando esta sangre; y somos transformados al beberla. Esta doble acción nos justifica, nos hace puros, justos, y santos; y nos da esperanza por la salvación final cuando Cristo volverá en su gloria y nosotros resucitaremos con cuerpos glorificados como el suyo.

Salvados por la muerte y resurrección de Jesucristo

*“Porque si siendo **enemigos**, fuimos reconciliados con Dios por la **muerte** de su Hijo mucho más, estando **reconciliados**, seremos salvos por su **vida**” (Rom 5, 10).* Un autor antiguo escribió: “¿Si la *muerte* del Salvador nos ha sido útil, siendo todavía *impíos*, cuánto más su *vida*...?” (Ambrosiaster, *Comentario a la Carta a los Romanos*). Tanto la *vida* como la *muerte* de Cristo son salvíficas. En el misterio de su muerte, morimos como pecadores; y en el misterio de su vida, es decir: su vida resucitada, resucitamos, hechos nuevos para vivir una vida resucitada con él. La humanidad caída, como la recibimos de Adán, muere por la fe en la muerte de Cristo, porque está en él. Entonces resucita en el nuevo Adán; y por el bautismo y la fe heredamos del nuevo Adán una humanidad redimida y justificada, que tiene esperanza de salvación, cuando Cristo vendrá otra vez en su gloria.

Vivimos así bajo dos poderes, es decir, bajo dos misterios. Vivimos bajo el poder del misterio de la muerte de Jesús y vivimos bajo el poder del misterio de su vida o su resurrección. Al participar de su muerte, morimos al pecado por el poder de su muerte que hace morir el pecado en nosotros. Es un misterio continuo. Estamos continuamente muriendo al participar en la muerte de Jesús. Así somos purificados cada vez más de toda imperfección. Por el pecado somos enemigos de Dios. La muerte de Jesús nos *reconcilia* con Dios y termina nuestro estado de enemistad contra Dios, porque si somos muertos al pecado en su muerte, no somos más enemigos de Dios. Nos unimos, por eso, siempre a la cruz y a la muerte de Jesús, crucificando nuestra carne por el ascetismo y la renuncia a los placeres del mundo, y así morimos con él al pecado y a las pasiones.

Las pasiones así asfixiadas, duermen en nosotros y nos dejan libres de su cautividad. Pueden ser despertadas otra vez si nos ponemos en ocasiones de tentación, viendo cosas nocivas. Pero si somos cuidadosos, evitando y huyendo de las ocasiones próximas de tentación, controlando la vista, viviendo una vida mortificada, y renunciando a los placeres mundanos, en nuestro debido tiempo, al participar de la muerte de Cristo, *moriremos* al poder de las pasiones. Las pasiones, por falta de estimulación y nueva alimentación, se debilitan, y en tiempo duermen, y son como dormidas en nosotros.

También morimos místicamente en Cristo, en su muerte. Lo que pasa en él físicamente, pasa en nosotros místicamente. Él muere físicamente en su cuerpo, y nosotros, unidos a él, morimos al pecado, a nuestra naturaleza

pecaminosa, a nuestro pasado. Nuestra misma naturaleza humana caída muere en su muerte, para no ser más pecaminosa. Estamos místicamente en él, muriendo en él, para también resucitar místicamente en él nuevos, purificados, renovados, transformados, iluminados, y divinizados, sin pecado y sin desobediencia. Es un cambio *real* que el doble misterio de la muerte y resurrección de Cristo actúa en nosotros, pero requiere nuestra colaboración. Es la redención por medio de su misterio pascual. En él, nuestra humanidad muere y resucita iluminada, llena de luz, llena de Dios.

También Dios es siempre pidiendo nuevas cosas de nosotros cuando él ve que estamos progresando en el camino de la virtud y santidad. Hoy él nos puede pedir nuevos sacrificios que no nos pidió ayer, y si no respondemos, caemos en tristeza y depresión; pero si respondemos positivamente, avanzamos en virtud y santidad, y permanecemos en su paz y luz. ¡Qué importante es, entonces, discernir bien su voluntad y seguirla exactamente! Así permanecemos en su luz y en su amor. Así, pues, morimos cada vez más con Cristo para resucitar cada día *más transformados, más santificados*. Así el misterio pascual debe ser algo continuo en nuestra vida con Dios. Debemos ser constantemente *más santificados* —hoy *más* que ayer.

Siempre tenemos que acudir a los méritos de la muerte de Jesús que nos ganaron el don del Espíritu santo, que nos renueva. Su muerte nos reconcilia con Dios. Nos gana el perdón de nuestros pecados por su satisfacción perfecta. Y el don del Espíritu Santo, dado a nosotros por su muerte, nos hace ser verdaderamente justos y sin pecado. Vivimos constantemente bajo el poder de este misterio que es continuamente actuando en nosotros, purificando y perfeccionándonos cada día más.

Participamos también en el misterio de su resurrección. De igual modo su resurrección está siempre iluminándonos cada día más como crecemos en su luz. Al haber muerto en su muerte, nuestra humanidad resucita cuando él resucita de los muertos. Así resucitada, no es lo mismo que antes, tanto que *su* humanidad no fue lo mismo después de su resurrección. Esto acontece espiritualmente y místicamente en nosotros al ser unidos al misterio de su resurrección física. Nuestra humanidad resucita en él, iluminada y divinizada para vivir una vida nueva, un nuevo tipo de vida en este mundo, una vida de fe, esperanza, y amor en medio de un mundo vacío.

San Pablo vive el misterio de la muerte de Cristo, crucificándose con él para que pueda vivir también el misterio de su resurrección en la novedad de la vida (Rom 6, 4). Dice: “llevando en el cuerpo siempre por todas partes la *muerte* de Jesús, para que también la *vida* de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos” (2 Cor 4, 10). Al vivir el misterio de la *cruz*, viviendo una vida *crucificada*, vivimos el misterio de su *resurrección*, una vida *resucitada*. Al vivir su *cruz*, vivimos también su *resurrección*. Renunciando a todo, encontramos todo. Así la vida

crucificada viene a ser la vida *resucitada*, vivida en el amor a Dios, *desprendida* y *desapegada* de todo.

Hay la muerte y la resurrección de Cristo; y el uno es el camino para llegar al otro. Si queremos caminar en el esplendor de Cristo, el camino es el de llevar su *cruz* con él en *amor*, *sacrificándonos* por amor a él en toda obediencia. Si somos serios en nuestro amor a Cristo, viviremos *sacrificialmente*, porque el sacrificio es el *amor* en *acción*. Al vivir crucificados al mundo, viviremos en el *esplendor* de Cristo. Así dice san Pablo: “Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a *muerte* por causa de Jesús, para que también la *vida* de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal” (2 Cor 5, 11). San Pablo quiere “conocerle [a Cristo], y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su *muerte*, si en alguna manera llegase a la *resurrección* de entre los muertos” (Fil 3, 10-11). Al vivir una vida *sacrificial* y *crucificada*, una vida de obediencia, participamos de los *padecimientos* de Cristo, y al hacer así, llegaremos a experimentar también el poder de su *resurrección*.

Su *muerte* es el *camino* que nos conduce a su *resurrección*. Una vida de *renuncia* a todo por amor a Dios nos conduce a la vida *resucitada*, vivida en la luz en su amor. Así descubrimos por nuestra *propia experiencia* que la vida *crucificada es* la vida *resucitada*. Este es un *descubrimiento fundamental*. Es el gran descubrimiento de los santos, y es un descubrimiento de *pocos*. Benditos los que han descubierto esto; han descubierto el *secreto* de la *felicidad* humana, que *pocos* conocen.

San Pablo descubrió esto, y por eso él *amó* sus *tribulaciones* que sufrió por Cristo. Al vivir la *cruz*, vivía la *resurrección*. Vivía en la luz. “Y si *morimos* con él, también *viviremos* con él; si *sufrimos*, también *reinaremos* con él” (2 Tim 2, 11-12). Si queremos *vivir* con él, tenemos que *sufrir* con él. Si queremos vivir en su esplendor, tenemos que abrazar su cruz y vivir una vida mortificada y crucificada al mundo. “Porque somos *sepultados* juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en la novedad de vida” (Rom 6, 4). Este es un misterio que tenemos que vivir diariamente, *muriendo* constantemente con Cristo, llevando en amor su cruz en nuestra vida, para participar también de la *gloria* de su resurrección *místicamente* y *espiritualmente* ahora, y físicamente después.

Vivimos entonces por medio de la *muerte* y *vida* de Jesucristo. Nuestra vida nueva en Cristo es una participación de estos *dos* misterios. Así nuestra vida actualiza la muerte de Jesús, es decir, vivimos muriendo siempre y en todo, en su muerte. Queremos ser clavados con él a su cruz en todo lo de este mundo. Renunciamos a los placeres del mundo, y encontramos nuestro más grande placer al hacer *esto* porque, así la vida de Cristo se manifiesta en nosotros. Cuando somos débiles y perseguidos en este mundo por causa de Cristo,

entonces, de verdad el poder de Cristo se manifiesta en nosotros, y su luz nos ilumina con más intensidad aún. Amando a Cristo, lo abrazamos en su cruz. Abrazamos a Cristo crucificado al vivir una vida crucificada por y con él por amor a él.

Como san Pablo, somos *crucificados* con él al mundo, y el mundo a nosotros, y así *vivimos* por medio de él. Tomamos vida de él al ser crucificados con él y por amor a él. “En esto se mostró el amor para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por medio de él” (1 Jn 4, 9). Siendo *crucificados* con Cristo *al* mundo y *en* este mundo por amor a él, él nos *alimenta* con su vida *resucitada* e iluminada. Él nos ilumina con su resurrección. Así vivimos por medio de su *vida*, tanto como vivimos y tomamos vida al vivir según su *muerte*. “...por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy *fuerte*” (2 Cor 12, 10). Es por eso que san Pablo siempre lleva la *muerte* de Jesús, para que también la *vida* de Jesús se manifieste en él (2 Cor 4, 10). Por eso san Pablo se gloria cuando pueda derramar su vida por amor de Cristo. Nada lo une más a Cristo en amor que esto. Al vivir crucificados en amor, vivimos resucitados en esplendor. Ofreciéndonos en amor al vivir su muerte, estamos iluminados por el esplendor de su resurrección. Los que han experimentado esto conocen lo que es, y que es verdad.

Aunque parece que estamos perdiendo todo, incluso nuestra vida en este mundo, no desmayamos, porque al perder nuestra vida así por Cristo, él nos renueva. “Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el *interior* no obstante se *renueva* de día en día” (2 Cor 4, 16). Al renunciar a los placeres del mundo y al ser perseguidos por nuestra vida de fe y por nuestra obediencia a la voluntad de Dios, parece que estamos destruyendo nuestra vida en este mundo, pero por medio de este sufrimiento y esta cruz, Cristo nos revela su luz admirable y somos enriquecidos en gran manera. San Pablo dice que aunque muchos consideraban a él y a los otros apóstoles “como entristecidos” (2 Cor 6, 10), la realidad era exactamente lo opuesto. Somos “como entristecidos —dice san Pablo— mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo” (2 Cor 6, 10). Él que no tiene nada, que ha renunciado a todo por Cristo y lo consideró como basura y pérdida, ahora viaja por el mundo entero enriqueciendo a muchos; y sus escritos enseñan a todos.

Al vivir la muerte de Jesús, los apóstoles vinieron a ser un espectáculo en el mundo, pero ante Dios preciosos: “Porque según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como los últimos, como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres...hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos” (1 Cor 4, 9.13). Pero así vinieron a ser los primeros.

Así nosotros vivimos por medio de la muerte de Jesús. Imitamos su muerte, morimos con él y en él en nuestra vida, y así resucitamos en él renovados y resplandecientes con su vida. Por eso san Pablo se gloria en Jesucristo quien nos revela a Dios, y quien nos une con Dios: *“Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación”* (Rom 5, 11).

ADÁN Y CRISTO 5, 12-21

“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Rom 5, 12). Esta sección desarrolla la doctrina de san Pablo sobre la cual la Iglesia basa su enseñanza referente al pecado original. Esta sección, por eso, es muy importante para entender la obra salvífica de Cristo, quien vino para libramos del pecado original.

San Pablo comienza diciendo: *“Por tanto”*, así conectando esta nueva sección con el último versículo de la sección anterior, que dijo: “nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la *reconciliación*” (Rom 5, 11). Ahora bien, san Pablo va a explicar esta *reconciliación* con Dios que Jesucristo ha ganado por nosotros. Es una reconciliación con Dios al destruir el pecado y la muerte. La muerte es el castigo por el pecado. Son el pecado y la muerte que nos alejan de Dios, y por eso, para reconciliarnos otra vez con Dios, Cristo tuvo que destruir el pecado y la muerte. ¿De dónde vinieron el pecado y la muerte? Vinieron del pecado de Adán. Antes de este pecado no había pecado ni muerte. Por eso Cristo vino para destruir la obra mala de Adán.

Como todos habían heredado los malos resultados del pecado de Adán, así también heredarán los buenos resultados de la obra de Jesucristo. Adán trajo el pecado al mundo. Jesucristo trajo la obediencia y la justicia. Adán nos trajo la muerte. Jesucristo nos trajo la vida. La razón por la venida de Cristo en el mundo fue para salvarnos de la obra mala de Adán, para libramos del pecado y de la muerte, y darnos la justicia por la fe, y la vida eterna.

La muerte no fue parte del plan original de Dios por el hombre. San Pablo dice claramente aquí que *“el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres”* (Rom 5, 12). Dice también: “por la transgresión de uno solo reinó la muerte” (Rom 5, 17). Es decir que el hombre fue creado para la inmortalidad sin tener que morir físicamente. Aunque Cristo por su muerte, destruyó el *poder* de la muerte, abriendo las puertas del paraíso para que pudiéramos entrar en el cielo cuando morimos, sin

embargo la muerte física queda con nosotros. Aun así, su *poder* es destruido porque ahora en Cristo la muerte no es el *fin* de la vida, sino una *transición* a una vida mejor, una transición hacia la plenitud de la vida con Dios.

Parece que en el plan original de Dios, el hombre ya tenía esta plenitud en la tierra. San Pablo dice: “*la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados*” (1 Cor 15, 21-22). La inmortalidad fue un don dado a Adán que él habría podido transmitir a nosotros si no hubiera pecado, pero habiendo perdido este don por su pecado, nos transmitió sólo lo que tenía, es decir, la mortalidad.

En Génesis Dios dijo a Adán: “mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente *morirás*” (Gen 2, 17). Y a la serpiente, Eva dijo: “del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él ni le tocaréis para que no *muráis*” (Gen 3, 3). Esto no significó que morirían inmediatamente, sino que serían *mortales* y perderían su don de la inmortalidad, como vemos, porque cuando comieron de este fruto todavía continuaban viviendo por muchos años. Pero la mortalidad fue su castigo por haber desobedecido el mandato directo de Dios dado a ellos.

Dios le dio a Adán su castigo en estas palabras: “Y al hombre dijo: Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres y al polvo volverás” (Gen 3, 17-19). Este es el orden de nuestra mortalidad, de la pérdida de la inmortalidad. Profundizando este texto, el libro de la Sabiduría precisa: “Dios no hizo la muerte ni se alegra con la destrucción de los vivientes. Él lo creó todo para que subsistiera” (Sab 1, 13-14). Y “Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo a imagen de su mismo ser; pero la muerte entró en el mundo por envidia del diablo, y la experimentan sus secuaces” (Sab 2, 23-24).

Desde Adán, entonces, reinó la muerte, el fruto de su desobediencia y pecado; y desde Cristo, el nuevo Adán, reina la vida eterna, el fruto de su obediencia y justicia: “así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro” (Rom 5, 21). Este es el plan de Dios, que vivamos la novedad de la vida en Jesucristo, el nuevo Adán, libres de la muerte y del pecado. Hay, pues, dos reinados: el de la muerte, y el de la vida; el del primer Adán, y el del segundo Adán. Cristo vino para que tuviéramos vida eterna en intimidad con él, empezando ahora y entrando en su plenitud después de nuestra muerte física. “...así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados” (1 Cor 15, 22).

Vemos que san Pablo dice que en Adán “*todos mueren*”, y en Cristo “*todos serán vivificados*”. Es fácil ver cómo en Adán *todos mueren*, pero ¿cómo viven *todos* en Cristo? La universalidad de la vida en Cristo es en la intensión de Dios, pero depende de cada uno activar esta intensión para sí mismo por su fe en Cristo. Pero en intensión, Cristo murió por *todos*, para que *todos* pudieran vivir eternamente en él. Así el paralelismo es que *todos mueren* en Adán, y *todos viven* en Cristo.

Cristo vino para que tuviéramos vida. “El ladrón no vino sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan *vida*, y para que la tengan en abundancia” (Jn 10, 10). En Jesucristo tenemos vida, vida divina, la vida de gracia, la vida sobrenatural, una participación de la naturaleza divina (2 Pd 1, 4), una entrada en el esplendor inefable de Dios. Esta es una vida indestructible. Es la vida eterna que tenemos ahora en Cristo, la vida de Dios en nosotros, y esta vida sobrevivirá a la muerte física, y nos llevará hasta la presencia de Dios después de la muerte. En este sentido muy rico, Cristo ha vencido la muerte. “Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?... Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Cor 15, 54-55.57). Cristo es nuestra victoria sobre la muerte. “De la mano de Seol los redimiré, los libraré de la muerte. Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol” (Os 13, 14). El Señor “Destruirá a la muerte para siempre” (Is 25, 8). Cristo es la destrucción de la muerte. Él es el cumplimiento de estas profecías. En él vivimos con Dios eternamente; ni siquiera la muerte nos aleja de él.

En Cristo, por tanto, somos vencedores de todo, incluso la muerte. En él, la muerte no tiene más señorío sobre nosotros. Por eso dice san Pablo: “estoy seguro de que ni la *muerte*, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rom 8, 39). Ni la misma muerte nos separa de Cristo, porque él venció la muerte. Él es el vencedor de la muerte. En Cristo todos viven, y la muerte ha sido transformada. Ya no es el fin de la vida, sino el pasaje a la plenitud de la vida. “Yo soy la resurrección y la vida —dijo Jesús—; el que cree en mí, aunque esté *muerto*, *vivirá*. Y todo aquel que vive y cree en mí, *no morirá eternamente*” (Jn 11, 25-26). La vida que él nos da sobrevive la muerte física y prohíbe que seamos separados de él. Nos conduce de luz en luz, de gloria en gloria, del esplendor que vemos en él ahora hasta la misma fuente de la luz del universo.

En Adán fueron cerradas las puertas del paraíso. En Cristo son abiertas. Heredamos por el nacimiento lo que Adán nos legó; y por el bautismo y la fe, que es un *nuevo nacimiento*, heredamos lo que Cristo nos legó. Del uno, la muerte; del otro, la vida. El esplendor en que vivimos ahora en Cristo continuará eternamente. Así, pues, como antes vivimos en pecado y *muerte*; ahora en Cristo vivimos en justicia y *vida*, vida con Dios, vida en la luz sin fin.

San Pablo dice en Rom 5, 12 también: “*así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron*” (Rom 5, 12). Adán perdió el don de la inmortalidad en este mundo no sólo por sí mismo, sino que también por todos los hombres, sus descendientes. Entonces san Pablo añade: “*por cuanto todos pecaron*” (Rom 5, 12).

El griego aquí (*ef ho, por cuanto*) pudiera ser traducido “en el cual”, es decir, en Adán, o todos pecamos en Adán, como lo fue traducido por el latín (*in quo*) y como Ambrosiaster y san Agustín lo entendieron con el significado de que todos pecaron en Adán. Pero esta traducción no es muy probable y casi todas las traducciones modernas y los comentaristas modernos lo rechazan, primariamente porque el antecedente “Adán” es muy lejos en la sentencia y porque *ep ho* sería mejor griego que *ef ho* si san Pablo quisiera decir “en el cual”. Por eso casi todas las traducciones y comentaristas modernos traducen esta sentencia: “por cuanto todos pecaron”, o “porque todos pecaron”.

El problema es que san Pablo empezó a decir en este versículo que la muerte es el resultado del pecado de un solo hombre, y al fin de la sentencia dice que la muerte es causado por dos razones: el pecado de Adán y nuestros pecados. Muchos comentaristas tratan de resolver este problema al insistir que aunque *ef ho* quiere decir “por cuanto”, aun así, el significado de san Pablo es que nosotros pecamos en Adán o en el pecado de Adán. (Así Douglas J. MOO, *The Epistle to the Romans*, Eerdmans, Grand Rapids, Michigan, 1996, p. 326). Thomas R. SCHREINER (*Romans*, Baker Exegetical Commentary on the New Testament, Baker Academic, Grand Rapids, Michigan, 1998, p. 275-276) dice que el pecado de Adán causó nuestra muerte espiritual, que nos hizo pecar, y C. E. B. CRANFIELD (*A Critical and Exegetical Commentary on the Epistle to the Romans*, T & Clark, London, 1975, p. 277-281) dice que el pecado de Adán corrompió nuestra naturaleza y por eso pecamos (277-281).

El punto de Cranfield es que como sólo Cristo fue responsable por nuestra salvación, así también sólo Adán fue responsable por nuestra condenación (278). Pero no es necesario seguir esta interpretación porque hemos visto que en nuestra salvación nosotros también tenemos que *cooperar*. Así pues, también en nuestra condenación nosotros cooperamos.

Por eso hay dos razones, según san Pablo, para nuestra mortalidad: 1) el pecado original de Adán, y 2) los pecados personales de todos los hombres. Por eso nuestra pérdida del estado de la inmortalidad terrenal no es sólo atribuible a Adán, sino que más bien a todos nosotros también. Nosotros también somos culpables, y la mortalidad es por eso también el castigo por nuestros propios pecados.

“—*porque, hasta la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado*” (Rom 5, 13). Este versículo continúa el pensamiento del versículo anterior: “por cuanto todos pecaron” (Rom 5, 12). Sí, todos pecaron;

desde Adán hasta la donación de la ley, todos pecaron. Pero el pecado de los que vivían entre Adán y Moisés no fue tan serio como el de Adán, porque, aunque todos tenían la ley natural escrita en sus conciencias, no tenían un precepto definitivo y positivo como Dios lo dio a Adán o como él dio más tarde a todo Israel por medio de Moisés. Y donde no había una ley positiva, claramente dada, la culpabilidad del hombre no es lo mismo. Es la *ley* sobre todo que hace el hombre conciente de la voluntad de Dios, y por ello de su propio pecado.

Esta es una idea frecuentemente repetida por san Pablo. Dice, por ejemplo, “donde no hay ley, tampoco hay transgresión” (Rom 4, 15). Sí, había transgresión —la de la generación de Noé y la de Sodoma, que Dios castigó— pero san Pablo nos enseña aquí que aquellas transgresiones fueron diferentes, porque no habiendo tenido la ley, sabían menos, y por eso eran menos culpables; mientras que los que pecan teniendo la ley, saben más y por ello tienen menos excusa, y así son más culpables. Tienen, por eso, mucho más culpabilidad. Por eso aun se puede decir que “donde no hay ley, tampoco hay transgresión” (Rom 4, 15). Dice san Pablo también: “por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Rom 3, 20). Y “Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase” (Rom 5, 20).

“No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir” (Rom 5, 14). De todos modos, había pecado, dice san Pablo ahora, incluso durante el tiempo cuando todavía no había ley. Así *“reino la muerte desde Adán hasta Moisés”*, aunque durante aquel tiempo su pecado fue menos culpable que el de Adán: *“aun en los que no pecaron a la manera de Adán”* porque no transgredieron un precepto positivo, como lo hizo Adán.

Dice san Pablo también en este versículo que *“Adán...es figura del que había de venir” (Rom 5, 14)*. Es decir, hay un papel paralelo entre Adán y Cristo. San Pablo explica este paralelo mejor en 1 Cor 15, 45-49: “Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial”.

Primero es el terrenal. Así del primer Adán heredamos nuestra naturaleza caída. Como fuimos conformados al primer Adán, así también seremos conformados al segundo Adán, llevando su imagen, hechos en su imagen. La imagen del segundo Adán es espiritual, no terrenal; es inmortal, no mortal; es llena de vida divina, no vida humana.

Por la fe, venimos a ser los herederos del segundo Adán. Así por fe somos renovados espiritualmente para vivir con Dios un nuevo tipo de vida en este

mundo, una vida crucificada al mundo, resucitada, y lejos del mundanalidad del mundo y sus deseos, una vida aun ascendida y vivida en los lugares celestiales (Ef 2, 6), en espíritu, buscando desde ahora en adelante las cosas de arriba donde está Cristo, y no más las de abajo (Col 3, 1-2). Como fuimos antes terrenales, somos ahora espirituales. Como fuimos de este mundo y sus deseos y placeres, ahora en el nuevo Adán hemos muerto a todo esto, y resucitado a vivir una vida nueva y espiritual.

“Pero el don no fue como la transgresión; porque si por la transgresión de aquel uno murieron los muchos, abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo” (Rom 5, 15). En los dos casos la acción de un solo hombre afectó a muchos. Pero la gracia y el don de Dios fueron mucho más grandes en Jesucristo, que fue un solo hombre, que fue el efecto de Adán, que también fue un solo hombre; y fueron más grandes porque Cristo dio la *vida*, mientras que Adán dio la *muerte*. El acto de Cristo es tanto más grande que el de Adán como la *vida* es más grande que la *muerte*. Cristo vino para rescatar a todos: “el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mt 20, 28).

En Cristo todos pueden tener una vida nueva con Dios en la luz junto con la liberación de los pecados y de la esclavitud a las pasiones, y la entrada en la vida eterna en el cielo después de la muerte. Pero nosotros también tenemos que *cooperar* en esto para que sea efectivo para con nosotros. Es decir: no podemos ser librados de la esclavitud de las pasiones si continuamos recibiendo nuevas estimaciones que las encienden y alimentan. Más bien, tenemos que vivir una vida reservada, controlando la vista y el contacto que tenemos con personas o cosas que despiertan y encienden las pasiones. Si hacemos esto, en su debido tiempo las pasiones se debilitan por falta de nueva estimación y alimentación, y las imágenes en nuestra memoria disminuyen, pierden su poder, y vienen a ser subconscientes. Así la libertad que Cristo, el segundo Adán, nos da es una verdadera experiencia de salvación en que cooperamos, igual que habíamos cooperado en nuestra destrucción y condenación.

Isaías profetizó que el Siervo del Señor justificará y llevará el pecado de muchos. En Cristo tenemos el cumplimiento de esta profecía: “Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento *justificará* mi siervo justo a muchos, y *llevará las iniquidades* de ellos. Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo *llevado el pecado* de muchos, y orado por los transgresores” (Is 53, 11-12). “...*justificará* mi siervo justo a muchos...*habiendo llevado el pecado* de muchos”. ¿No es una cosa más grande el traer la *vida* a muchos, que traerles la *muerte*; el quitar el *pecado*, que quitar la *vida*? Por eso no hay igualdad en esta comparación entre Adán y Cristo. No son del mismo nivel. El ser el principio de una raza humana *renovada* no es del mismo nivel que ser el principio de una raza *caída*.

“Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó; porque ciertamente el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación” (Rom 5, 16). En el caso de pecado, todo empezó con un solo pecado, y este pecado se extendió a todos. Pero la maravilla de Cristo es mucho más grande. Con Adán, uno pecó y su pecado poco a poco infectó a todos con el pecado y la muerte. Una cosa mala poco a poco se extendió. Pero con Cristo, él empezó con todo el mundo ya en una mala condición de pecado y muerte, y por un solo acto de obediencia, el curó a todos inmediatamente. Él empezó con muchos, haciéndolos justos; mientras que Adán empezó con uno solo.

La semejanza entre Adán y Cristo es que en cada caso hay un solo hombre que afectó a todos. Pero la diferencia es que Adán afectó sólo a sí mismo y sólo poco a poco afectó a todos. Empezando con uno, su maldad se extendió a todos; mientras que en el caso de Cristo, empezando con muchos, los cambió a todos *inmediatamente*. ¿Cuál es una maravilla más grande? ¿No es el empezar con muchos y cambiar a muchos, que el empezar con uno solo? Y Cristo hizo *bien* para estos muchos; mientras que Adán hizo *mal* a sí mismo, y después poco a poco todos heredaron su maldad.

Cuando Adán pecó, todavía la raza humana no existía. Sólo él y Eva existían, y él hizo mal sólo a sí mismo y a su mujer. Pero Cristo vino cuando toda la raza humana ya existía, y al encontrarla así en una mala condición, él cambió a todos en buenos, o dio a todos la oportunidad de ser cambiados en buenos. Por eso san Pablo dice que “el don no fue como la transgresión” (5, 15). San Pablo está destacando aquí la *diferencia* entre Adán y Cristo, y la superioridad de la obra de Cristo sobre la de Adán.

“Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia reinarán en vida por uno solo, Jesucristo” (Rom 5, 17). Aquí la comparación es entre el reino de la muerte y el reino en vida de los que son justificados y reciben la gracia. Por una parte, la muerte reinó. Por otra parte los justos reinan. Como la muerte reinó, así también los justos que tienen la gracia reinan en vida. ¿Cuál es más grande, el reino de la muerte o el reino de la vida? Por eso san Pablo dice aquí “*mucho más*” reinan los justos en vida.

También en los dos casos el punto de comparación es que un solo hombre ha afectado a todos los hombres. La comparación con Adán nos ayuda a entender más la obra salvadora de Jesucristo y cómo sus efectos son universales. En Adán es más fácil a ver y entender porque él es físicamente nuestro padre, siendo el primer hombre y por ello padre de todos los hombres. Todos pueden entender fácilmente que sus descendientes van a heredar lo que él tenía y no van a heredar lo que no tenía. Así heredamos dos brazos, pero no alas, etc. porque él tenía dos brazos, pero no tenía alas. Así pues en el plano espiritual, él perdió la gracia, la inmortalidad, y el control de sus pasiones. Se entiende

fácilmente que nosotros también nacimos sin estos dones porque él no los tenía para legar a nosotros.

El caso de Cristo es más difícil a entender, y por eso el ejemplo de Adán nos ayuda. Así, pues, la palabra de Dios por boca de san Pablo nos da esta comparación. Así, entonces, Cristo es nuestro padre espiritual si nacemos de él por el bautismo y la fe. Lo que le sucedió a él nos afecta también a nosotros, igual como en el caso de Adán.

Hay dos modos de entender la obra de Cristo y los dos son verdad. Uno es que sacrificándose en amor al Padre en la cruz, él agradó tanto al Padre que el Padre dio al Espíritu Santo a todos los que tienen fe en el Hijo y reciben el bautismo. Junto con el Espíritu Santo, el Padre derramó el amor de Dios en nuestros corazones y la Trinidad empezó a inhabitar en nuestros corazones si creemos. Así él nos hace justos, santos, y nuevos, llenos del Espíritu Santo y del amor de Dios. Todo esto recibimos de Cristo al nacer espiritualmente de él por la fe y el bautismo. Al nacer de nuevo así en Cristo heredamos estos dones de él, como heredamos los de Adán al nacer de él. Todos los que heredamos estas nuevas cosas de Cristo formamos una nueva raza humana, una raza renovada. Cristo es, por eso, el padre o el nuevo Adán de esta nueva raza humana.

El otro modo de entender esto es que por su encarnación el Verbo eterno asumió la naturaleza humana y la divinizó, primero y de una manera singular en Jesucristo mismo, pero después de un modo secundario en todos los que nacemos espiritualmente de él por el bautismo y la fe y que somos por ello sus descendientes espirituales. La divinidad del Verbo así entra dentro de nuestra humanidad divinizándola y deificándola, dándonos una participación de la naturaleza divina. La fe de los bautizados activa esta divinización en ellos. Así la misma encarnación es en sí salvadora, y nos diviniza.

Pero también, siguiendo este segundo modelo, el misterio pascual nos diviniza más aún, es decir: él lleva este proceso de divinización a su perfección. En este modelo, el misterio pascual funciona así: Somos en Cristo por naturaleza. Nuestra humanidad está en él, y cuando él muere, ella muere; y cuando él resucita, ella resucita nueva y renovada. No es más una humanidad caída y pecaminosa como antes, sino una humanidad justificada, nueva, justa, y santa, porque es resucitada. Por la fe y el bautismo heredamos esta humanidad nueva, o es activada por nosotros. Así Cristo viene a ser por nosotros el nuevo Adán, del cual heredamos una nueva humanidad, y somos por eso nuevas criaturas (2 Cor 5, 17), hechas nuevas. Cristo es por eso el *padre* de esta nueva raza humana, de esta nueva humanidad. Así, pues, como en Adán caemos, asimismo en Cristo resucitamos renovados, iluminados, justificados, y divinizados.

“Así que como por una transgresión (vino) condenación a todos los hombres, de la misma manera por un acto de justicia (vino) a todos los hombres la justificación de vida” (Rom 5, 18). Así como un pecado dio la muerte a todos; de la misma manera la única muerte y resurrección de Cristo dio vida a todos. El acto de Cristo es igualmente universal que el de Adán. Todos entienden que el acto de Adán es universal en su efecto. Dios por boca de san Pablo usa este ejemplo claro para enseñarnos que de la misma manera el acto de Cristo es igualmente universal en su intención y efecto, si tan sólo creemos y cooperamos con ello. El acto de Adán destruyó, mientras que el de Cristo reparó la naturaleza humana. Cristo no fue un hombre entre muchos. Él fue, como Adán, el *refundador* del género humano, el padre del nuevo género humano, el nuevo Adán, enviado al mundo por Dios para esta refundación de la humanidad. Al nacer, recibimos los frutos del acto de Adán. Al nacer de nuevo por el bautismo y la fe, recibimos los frutos del nuevo Adán. Y Dios quiere que *todos* nazcan de nuevo, aun si es sólo por una fe implícita y por una conexión con el misterio pascual conocida sólo por Dios.

“Porque así como por la **desobediencia** de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la **obediencia** de uno, los muchos serán constituidos justos” (Rom 5, 19). Aquí hemos llegado al clímax de esta sección. Los efectos de los actos de los dos hombres son comparados. Uno es un acto de desobediencia. El otro es un acto de obediencia. El efecto del primero es que “los muchos fueron **constituidos** pecadores”. El efecto del segundo es que “los muchos serán **constituidos** justos”. Notamos el verbo “constituidos”. Quiere decir: “son hechos”, no “son considerados”. Por el pecado de Adán somos *hechos* pecadores, “constituidos pecadores”, constituidos en el estado de pecado, sin haber hecho nada nosotros mismos. Adán nos afectó antes de que hayamos cometido un pecado. Antes de pecar somos pecadores en realidad por el pecado de Adán y alejados de Dios. Así nacimos alejados de Dios. En paralelo con esto es el resultado del acto de Cristo. Por su acto somos *hechos* justos, “constituidos justos”, constituidos en el estado de justicia, sin haber hecho nada nosotros mismos, sino creer en Cristo y heredar este efecto. Cristo nos afectó antes de que hayamos hecho bien alguno. Antes de hacer bien, somos justos en *realidad* por la obediencia de Cristo.

Así somos reconciliados con Dios. No es una justificación meramente jurídica o forense, sino es una justificación *real*, una transformación *real*, una divinización *real*. Somos *realmente* cambiados en justos por Cristo de la misma manera que fuimos cambiados en pecadores por Adán —en los dos casos sin que nosotros habíamos hecho nada, ni bueno ni malo—. Nuestro estado de pecado heredamos de Adán al nacer; y nuestro nuevo estado de justicia heredamos del nuevo Adán al nacer de nuevo por el bautismo y la fe. Así san Pablo nos enseña que nuestra justificación es *real*.

El Catecismo de la Iglesia Católica (1995) dice: “La justificación es concedida por el bautismo, sacramento de la fe. Nos asemeja a la justicia de Dios que nos

hace interiormente justos por el poder de su misericordia” (# 1992). Ser “interiormente justos” es ser justos en verdad, en realidad. No es sólo ser *considerados* por Dios como si fuéramos justos; sino que es *ser* justos, ser *hechos* justos y santos por Dios mismo por el acto redentor de Jesucristo en su muerte en la cruz. No hay nada ficticio aquí. Esta es la maravilla de la obra de Jesucristo recibida por la fe. Y porque el cambio en nosotros es *real*, no ficticio o sólo “forense” es algo con que podemos *cooperar* y así crecer a ser verdaderamente santos, extendiendo este don de Cristo a cada aspecto de nuestra vida.

Y ¿cómo es ser justo y santo? Es vivir obedientemente. Es vivir en la luz. Es tener la luz de Cristo resplandeciendo en nuestro corazón, regocijando nuestro espíritu. Es tener un *nuevo tipo* de vida, una vida verdaderamente nueva. Es caminar en la novedad de la vida (Rom 6, 4), en la novedad del Espíritu (Rom 7, 6), revestido de Jesucristo (Gal 3, 27). Es ser libertado de la culpabilidad y del pecado al ser completamente perdonado por nuestra fe de todos nuestros pecados pasados. Es tener una naturaleza renovada y divinizada, llena de Dios. Es ser iluminado. Es vivir en la esperanza de la gloria, y ver todo por la óptica de la fe. Es ser profundamente amado, lleno del amor de Dios.

Este amor de Dios en nosotros desborda en el amor al prójimo, y lo expresamos en actos de servicio, como lo hizo san Pablo, gastando y derramando su vida para llevar el evangelio y la luz de Cristo hasta los confines de la tierra. En resumen, ser justo y santo es vivir en la luz del Señor una vida teológica, una vida de fe, esperanza, y caridad.

Ser justo y santo por la muerte y resurrección de Jesucristo es también vivir una vida *crucificada* a este mundo, y ofrecida en amor al Padre, junto con el sacrificio de Jesucristo en la cruz, en el Espíritu Santo, el Espíritu de amor. Así, muertos al mundo, crucificados al mundo, vivimos únicamente y totalmente para Dios en su luz. Este es el secreto de vivir en la luz, iluminados —es decir: vivir únicamente y totalmente para Dios, según su voluntad, como él nos la revela a nosotros por el Espíritu Santo. Todo esto es puro don de Dios por medio del acto redentor de Jesucristo.

La importancia de la esperanza en la vida cristiana

En este versículo san Pablo habla en el futuro. Él dice: “*por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos*” (Rom 5, 19). Normalmente san Pablo habla sobre la justificación como una realidad presente y actual. Dice, por ejemplo: “*Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo*” (Rom 5, 1). Y también aquí su significado puede ser que somos constituidos justos en el presente, aunque usa el futuro. Pero creo también que no nos debe faltar el significado del futuro aquí, porque el aspecto futuro de nuestra fe es tan importante para nosotros. La esperanza es un aspecto central de nuestra fe en Cristo, aunque experimentamos mucho de la

salvación de Cristo ahora en el presente. Aun así, la totalidad de nuestra salvación todavía espera su manifestación completa en el futuro, y por eso vivimos ahora siempre en esperanza y preparación para el futuro. Así quiso Jesús que vivamos; y esto es el significado de su enseñanza escatológica. Él quiere que vivamos en un estado constante de preparación y alegre expectativa para su venida gloriosa y la culminación de la revelación de su gloria en nosotros.

Aquí pues, cuando san Pablo usa el verbo en el futuro, escuchemos bien este aspecto futuro de su enseñanza. Creo que él habla en el futuro, porque quiere también hacer hincapié aquí en nuestra condición final, cuando la salvación de Cristo será cumplida en todo su esplendor y magnificencia. Así debemos vivir ahora en esperanza, o como san Pablo dice: “y nos gloriamos en la *esperanza* de la *gloria* de Dios” (Rom 5, 2). La esperanza por las cosas que nos esperan alumbra nuestra vida interior en el presente, dándole mucha alegría y belleza.

Esta esperanza también nos da una gran motivación para vivir una vida de perfección ahora en el presente, para estar preparados para este último día de tanta gloria, alegría, y resplendor, y para vivir ya ahora un anticipo de esta gloria en proceso de realizarse. Así vivimos con nuestro corazón en el futuro, en la gloria; y puesto que tenemos nuestro corazón zambullido en tanto esplendor, ¿cómo no pudiéramos *vivir espléndidamente* aun ahora en el presente —si tan sólo quedemos obedientes— no queriendo salir del encanto de esta bella visión de luz y paz?

Así esperamos la venida de Jesucristo en gran gloria y poder, viniendo en las nubes del cielo con todos sus santos en gran luz para iluminar toda la tierra. Al meditar sobre este misterio, somos esclarecidos, enriquecidos, e iluminados ahora, y nuestro corazón es ya trasladado para vivir aun ahora en este día de gloria. Así la vida cristiana, justificada por Cristo, es un anticipo del último día, un anticipo de la gloria. Al vivir así, tenemos una motivación fuerte para vivir una vida de perfección, lejos de todo lo que pudiera extinguir esta gloria en nuestra alma.

Con frecuencia las escrituras nos proponen esta gran *esperanza* para *motivarnos* a vivir una vida *santa* en el *presente*. San Pedro dice: “Puesto que todas estas cosas han de ser desechas, ¡cómo no debéis vosotros andar en *santa* y piadosa manera de vivir, esperando y *acelerando* la venida del día de Dios...! Por lo cual, oh amados, estando en *espera* de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e *irreprensibles*, en paz” (2 Pd 3, 11.14). La parusía es la *motivación* para vivir una vida *santa* en el *presente*. En espera de tanta luz, tratamos de vivir ahora sin mancha y así permanecer incluso ahora en esta luz. Así vivimos en el encanto de la parusía, viviendo sin mancha y obediente en el presente.

También, con la misma orientación, san Pedro dice: “Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed *sobrios*, y *esperad por completo* en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado” (1 Pd 1, 13). La esperanza de la gloria nos hace callados y sobrios en el presente, llenos de alegre expectativa; nos hace modestos y moderados, viviendo una vida sosegada y recogida en el Señor, o como san Pablo dice: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos! Vuestra moderación (o modestia) sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca” (Fil 4, 4-5). Vivimos, pues, en la cercanía del Señor, y no queremos romper este encanto en que vivimos con él, con nuestro corazón ya escondido en la gloria venidera. Evitamos, pues, la profanidad de este mundo y nos guardamos en este bello estado de la esperanza arraigado en el amor.

Esta *esperanza* cambia nuestro comportamiento en el *presente* porque ya comenzamos a vivir en su encanto. Vivimos ya en espíritu en el glorioso futuro. Y san Pablo reza “para que sean afirmados vuestros corazones, irreprochables en *santidad* delante de Dios nuestro Padre, en la *venida* de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos” (1 Ts 3, 13). ¡Que seamos santos aun ahora a la luz de esta gran esperanza que nos espera!

El mismo Jesús quiere que vivamos en un estado constante y continuo de preparación. Así debe ser la vida cristiana. Dice Jesús: “Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo” (Mc 13, 33). Y “Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran en seguida” (Lc 12, 35-36). Seamos siempre en expectativa, guardándonos cuidadosamente.

Y ¿cómo será este gran día de gloria? “Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo... y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (Mt 24, 30-31). “...como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre” (Mt 24, 27). “Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos” (Mt 8, 11). “Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” (Mt 13, 43). Será un día de esplendor y luz. Y este esplendor nos ilumina incluso ahora en el presente, y da otro aspecto a nuestra vida. En Cristo somos justificados y ya comenzamos a vivir una espléndida vida, y este esplendor en que ya vivimos en Cristo nos hace anhelar su cumplimiento en el gran día de gloria cuando Cristo vendrá otra vez en las nubes del cielo con gran poder y gloria.

Más que todos, el monje vive con su corazón en el futuro, en la parusía, y así su corazón resplandece y vive una vida iluminada por la luz radiante de este gran día. El encanto de esta visión afecta su vida presente y le da un nuevo aspecto,

una cualidad de expectativa y moderación, de modestia y sobriedad, para no romper este encanto en que vive. Y así él vive modestamente, trabajando en silencio, sosegado y recogido. Vive en la luz de esta esperanza de gloria.

Es una vida vivida en la luz de esta expectación, una vida de alegría sosegada y tranquila, vivida en una luz suave y moderada. Mucho ruido, mucho movimiento, y mucha actividad rompen este encanto; y por eso el monje, hombre de esperanza, huye del mundo, huye del ruido, huye de la mundanalidad y profanidad del mundo que destruyen todo esto. Él busca un lugar donde puede vivir en silencio, recogido en Dios, en su luz y paz, un lugar escondido, desconocido, y olvidado. Vive, pues, en su cueva iluminada y bien alejada. Busca la soledad con Dios. Ya purificado, obediente, y alejado de los placeres humanos y mundanos, él vive en el esplendor de Dios, con Cristo resplandeciendo en su corazón. Esta es la vida monástica, una espléndida vida. Él vive, entonces, en la esperanza del día cuando *todos* serán “constituidos justos” en el sentido definitivo, cuando Cristo vendrá en su gloria.

“Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia” (Rom 5, 20). Ahora san Pablo está llevando su argumento hasta el punto de que él pueda glorificar a Cristo al máximo. Por eso ahora habla sobre la ley. No sólo son todos constituidos pecadores por el pecado de Adán, más aún el pecado fue multiplicado por la adición de la ley, que aunque buena en sí, empeoró la situación humana, haciendo la raza humana aún más pecaminosa. Esto es, como hemos visto, porque con la venida de la ley vino el conocimiento del pecado, y por ello una más grande culpabilidad. Al saber cuantas cosas son pecados, somos más culpables cuando las hacemos. Esto fue el plan de Dios en su sabiduría.

La humanidad estaba bajo el poder de la muerte y en el estado de pecado y alejamiento de Dios desde Adán. Por nuestros propios pecados añadimos más alienación aún, “por cuanto todos pecaron” (Rom 5, 12). “...antes de la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado” (Rom 5, 13). Pero después de la venida de la ley, el pecado abundó más aún, porque *“la ley se introdujo para que el pecado abundase” (Rom 5, 20)*. Es en esta condición de la abundancia del pecado que, al fin, vino la gracia. Cuando el hombre más necesitaba la redención del pecado, de la muerte, y de la ley, que no él pudo cumplir, sino que sólo multiplicó sus pecados, culpabilidad, y alejamiento de Dios, entonces, al fin, Dios intervino con su acto definitivo de salvación en Jesucristo. Así, pues, *“cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia” (Rom 5, 20)*.

Los que estaban bajo el antiguo régimen, vivían bajo el poder de la muerte por medio del pecado y la ley. Pero ahora, por nuestro Señor Jesucristo, vivimos bajo un nuevo régimen, el de la gracia. En Jesucristo somos, al fin, librados de

la potestad de la muerte, e introducidos en el reino de la vida divina. La ley es vencida por la nueva ley de Jesucristo, la ley del amor de Dios y la ley de la gracia con que abundamos en él hasta la vida eterna.

La *muerte* es igualmente vencida, porque en Cristo tenemos *vida* eterna, la misma vida de Dios que no muere; y por eso cuando morimos físicamente, no morimos en nuestro espíritu, sino que continuamos viviendo con Cristo en amor y en el esplendor de su gracia, que, una vez que somos librados del cuerpo, brilla con más esplendor aún, y somos conducidos por Cristo hasta la presencia del Dios vivo para verlo tal como él es en su gloria, siendo al mismo tiempo glorificados nosotros mismos (1 Jn 3, 2).

Finalmente, el pecado es también vencido; y en Cristo somos librados de la esclavitud de las pasiones, una vez que somos purificados, si permanecemos obedientes a su voluntad. Es una victoria que tenemos en Jesucristo por nuestra fe en él y por nuestra vida de fe, que es una nueva forma de vida en este mundo. La vida de fe es una vida santa y resplandeciente, llena de gloria y esplendor, librada del pecado, de la culpabilidad, y la muerte, si sólo vivimos una verdadera vida de fe y nos dejamos ser librados de nuestras pasiones. Así, precisamente cuando el pecado abundó, la gracia sobreabundó en Jesucristo.

*“...para que así como el pecado reinó para **muerte**, así también la gracia reine por la **justicia** para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro” (Rom 5, 21).* Hay dos reinos: el reino del pecado y de la muerte, junto con la ley, por una parte; y el reino de la gracia, justicia, y vida eterna, junto con la fe, por otra parte. Antes de Cristo el pecado reinó para muerte. Era un reino de pecado y muerte. ¡Qué diferentes son las cosas ahora para los que creen en Jesucristo! El reino de Cristo para vida es en paralelo con el reino de pecado para muerte. En el reino de Cristo es la gracia que reina por la justicia para vida eterna. Así son comparados el pecado y la gracia; la muerte y la vida eterna. La vida eterna es la vida divina que tenemos ahora en Jesucristo, es una nueva calidad de vida, es la espléndida vida del mismo Dios ahora corriendo en nosotros, iluminándonos, divinizándonos, y transformándonos en Jesucristo, en su gloriosa imagen. Jesucristo marca en nosotros la diferencia entre esplendor y tinieblas. Su esplendor disipa las tinieblas del pecado, de la culpabilidad, y de la muerte. Su justicia viene a ser nuestra. Lo que él tenía, ahora nosotros tenemos en la medida que esto es posible para nosotros como criaturas.

Ahora, pues, por el don de su gracia, nosotros resplandecemos con su justicia y con su propia vida divina. Vivimos en *su* vida en la luz, y el Señor es nuestra alegría. Su gracia brilla en nosotros, iluminándonos; y somos llenos de la esperanza de la gloria de Dios, que nos será revelada con su retorno con todos sus santos en gran luz.

Justificados por nuestra fe en Jesucristo, vivimos en amor, en el amor que fluye eternamente entre el Padre y el Hijo en esplendor inconcebible. La culpabilidad

de nuestros pecados es borrada. Ahora somos *hechos* justos y santos. Así, pues, una vez purificados de los deseos mundanos por una vida de ascetismo, y enfocados en Dios —si tan sólo permanecemos obedientes— vivimos en la luz, regocijándonos en el esplendor de Dios.

CAPÍTULO SEIS

MUERTOS AL PECADO 6, 1-14

“¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?” (Rom 6, 1). Esta es una perversión de la doctrina de san Pablo, olvidando que la gracia de la justificación por la fe requiere nuestra cooperación. Dios nos transforma en Cristo por la fe, pero tenemos que usar nuestras potencias espirituales, sobre todo nuestra voluntad, para cooperar con la gracia dada, y desarrollarla en una vida virtuosa y pura. Esta gracia que nos transforma y nos hace resplandecientes tiene que extenderse en cada aspecto de nuestra vida, hasta el punto de que las pasiones se debilitan y duermen en nosotros. Entonces seremos, al fin, verdaderamente librados con la libertad de los hijos de Dios, para vivir con Dios una vida resplandeciente en la luz, alegrándonos en su fulgor y belleza. Así seremos llenos del Espíritu Santo corriendo en nuestro interior, derramando el amor del Padre y del Hijo en nuestro corazón (Rom 5, 5). Seremos también iluminados con la esperanza de la gloria (Rom 5, 2), que se revelará manifiestamente cuando Cristo vendrá en esplendor con voz de trompeta sobre las nubes del cielo en gran poder y gloria (Mt 24, 31).

Es una transformación *real* que la justificación de Cristo obra en nosotros; y si *cooperamos* con ella, seremos verdaderamente divinizados, viviendo una vida envuelta en el encanto del amor divino, lejos de todo pecado, limpia de toda culpabilidad, si tan sólo permanecemos obedientes. Alguien que quiere permanecer en el pecado, dejando todo a Dios, no ha empezado aun a entender el don de la justificación que hemos recibido por la fe en Jesucristo.

“En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?” (Rom 6, 2-3). ¿Cómo pudiéramos pensar que sería bien permanecer en el pecado para que la gracia sobreabundase en nosotros? Los que piensan así no entienden que una vez que somos en Cristo por el bautismo hemos muerto en la muerte de Cristo al

pecado. Si somos en Cristo por nuestra naturaleza, entonces cuando Cristo murió, nosotros morimos también. Morimos a todo lo que éramos antes, que no era compatible con nuestra unión con Cristo. Más que todo, morimos al pecado y a toda forma de mundanidad. Morimos incluso a los placeres innecesarios de este mundo si buscamos una vida de perfección, porque todo esto es fuera del campo de la vida resucitada, perfecta, y llena de Dios, que Dios nos dio en Jesucristo.

Cristo nos rehace por su muerte. Somos verdaderamente muertos a nuestra vida anterior en su muerte. Somos muertos en él a nuestra humanidad antigua, imperfecta, y pecaminosa, como la heredamos de Adán. Somos muertos a la humanidad caída. Y cuando él resucitó, es en *nuestra* humanidad que resucitó, renovándola y glorificándola. Así, estando en él, resucitamos renovados en él en su resurrección gloriosa de entre los muertos. Resucitamos en él y como él, en una humanidad nueva, restaurada, en relación íntima con Dios, con la capacidad de controlar las pasiones, e inmortal. Resucitamos iluminados. “...**hemos muerto al pecado**” (Rom 6, 2), dice san Pablo. Sí, hemos muerto en Jesucristo, y hemos resucitado en Jesucristo. “...**hemos sido bautizados en su muerte**” (Rom 6, 3). Participamos en su muerte. Él muere físicamente, y esto nos afecta a nosotros espiritualmente. Así su muerte es un misterio en el cual participamos.

San Pablo nos dice claramente que no sólo Cristo murió, sino que *todo hombre* que cree en él muere en su muerte. De hecho, toda la raza humana muere en su muerte, pero esta muerte con sus resultados es activada sólo en los que creen en él. Así en la muerte de Cristo, todo hombre muere, pero no todos reciben los beneficios, porque esta muerte es activada sólo por el bautismo y la fe. Así los que creen son renovados por su muerte. Son ya *muertos al pecado*.

San Pablo dice: “Porque *habéis muerto*, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col 3, 3). Nuestra vida, por eso, es ahora muy diferente, nuestra humanidad es diferente por esta muerte, la de él y la de nosotros en él. Por eso san Pablo dice que estamos ahora *escondidos* en Dios. No vivimos más abiertamente en el mundo. Nos escondemos en Dios con Cristo para ser guardados en toda pureza en él, en su amor, en su gracia, en su esplendor brillando en nosotros. Pero es claro que, creyendo en Cristo, morimos en Cristo. Y resucitamos nuevos en Cristo, nuevas criaturas.

“Si, pues, *habéis resucitado* con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mirada en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Col 3, 1-2). Muertos y resucitados en Cristo para una vida nueva es el misterio en que hemos participado —así nuestra naturaleza es cambiada y transformada en principio, y en realidad. Somos hombres nuevos. Así dice la palabra; así dice san Pablo. No somos lo mismo que antes. “...*sepultados* con él en el bautismo, en el cual *fuisteis* también *resucitados* con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos. Y a

vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados” (Col 2, 12-13). Fuimos sepultados junto con él, y resucitados junto con él. Cuando fuimos llenos de pecados, morimos, para no ser más llenos de pecados. Entonces, estando muertos a todo esto, él nos revivió nuevos, perdonados de nuestros pecados.

No sólo *morimos* junto con Cristo, sino que también Dios *resucita* nuestra naturaleza en su resurrección, como dice san Pablo: “y juntamente con él *nos resucitó*, y asimismo *nos hizo sentar* en los lugares *celestiales* con Cristo Jesús” (Ef 2, 6). Si somos sentados “en los lugares celestiales”, entonces vivimos una *vida celestial*. Todo esto es verdad. Y para realizarla y activarla tenemos que *colaborar* con esta gran obra salvadora de la muerte y resurrección de Jesucristo en nosotros. Cuanto más *radicalmente* colaboramos, tanto más *celestial* será nuestra vida nueva en Cristo. Cooperamos radicalmente por dejar una vida mundana y desobediente y al vivir, de verdad, escondidos con Cristo en Dios. Así, muertos y resucitados en Cristo —y aun ascendidos con Cristo en los lugares celestiales— nos hemos completamente *revestido* de Cristo y su *esplendor*, “porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis *revestidos*” (Gal 3, 27).

La vida resucitada en Cristo resucitado

“Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en la novedad de la vida” (Rom 6, 4). Este versículo es muy importante. El bautismo es como una dramatización místico, un misterio o un rito místico en que por una acción ritual nosotros morimos al bajar en la piscina bautismal, y sumergiéndonos bajo el agua, somos sepultados con Cristo. Entonces surgiendo y saliendo otra vez del agua, resucitamos de entre los muertos con Cristo para una vida nueva. Así participamos por medio de este rito místico en el misterio de la muerte y resurrección de Cristo. Cristo fecundó las aguas bautismales para que nuestro descenso bajo ellas y nuestro ascenso desde ellas no sólo simbolizen, sino que también nos den los efectos de una muerte, sepultura, y resurrección. Cristo murió y resucitó físicamente; y al participar en este rito, nosotros morimos y resucitamos en y con él místicamente, recibiendo los beneficios espirituales que él nos ganó con su muerte y resurrección físicas. Su acción es la realidad que nos ganó la redención, y participamos realmente y sacramentalmente en su acción salvadora por medio de este rito místico o sacramental que él estableció para nosotros. Así los efectos de su acción salvadora son comunicados a nosotros.

La muerte de Cristo nos ganó la gracia salvadora del Padre y la efusión mesiánica del Espíritu Santo; y su resurrección es el comienzo de nuestra vida nueva, resucitada, justificada, e iluminada en él. En su resurrección comienza nuestra vida en el esplendor de Cristo resucitado. Este rito bautismal nos

conecta con Cristo para que estos beneficios sean nuestros. Por nuestra fe en él, junto con el bautismo, todo esto es vivido en nosotros como si nosotros mismos muriéramos y resucitáramos físicamente. Aunque morimos y resucitamos sólo sacramentalmente y místicamente, y sólo él experimenta esto físicamente, sin embargo, los resultados espirituales de su muerte y resurrección son *reales* y son comunicados a nosotros por este rito y por nuestra fe.

Por eso debemos entender que hemos entrado verdaderamente en una vida nueva, es decir: que hemos muerto verdaderamente a nuestro viejo modo mundano de vivir, y que Cristo hizo morir nuestra vida vieja; y en él, iluminados por el esplendor de su resurrección, ahora andamos “*en la novedad de vida*” (Rom 6, 4). Vivimos, pues, ahora un nuevo tipo de vida en este mundo, una vida celestial aquí en la tierra, un preludio del cielo. En esta vida nueva, experimentamos incluso un anticipo de la gloria de la parusía.

Esto es porque “*Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre*” (Rom 6, 4). Es una obra de la *gloria* del Padre que lo resucitó, y por eso si andamos resucitados con Cristo resucitado, andamos en la *gloria* del Padre que lo resucitó. Por eso es un anticipo de la parusía y de la vida de gloria que vivimos ya en la tierra de antemano, resucitados en Cristo.

Y no es sólo que morimos a un *estilo* viejo de vivir y resucitamos a un nuevo estilo de vivir, sino que más bien nuestra *naturaleza* vieja y pecaminosa muere en la muerte de Cristo, y cuando él resucita glorioso de entre los muertos, nuestra naturaleza que está en él resucita también con él renovada y divinizada. Y todo esto es activado para cada individuo por el bautismo y la fe. Y entonces, colaborando con esto, somos hechos verdaderamente hombres nuevos, una nueva creación (2 Cor 5, 17), nuevas criaturas. No somos lo mismo que antes.

Literalmente san Pablo dice: “*para que andemos en la **novedad de vida***” (Rom 6, 4), es decir que esta vida en Cristo resucitado, esta vida nuestra resucitada con y en él es un tipo de vida completamente nuevo. ¡Es una *novedad!*, una novedad en este mundo. Esto es porque Cristo vino para hacer *nuevas* todas las cosas (Apc 21, 5). Esta novedad empieza con su resurrección y con la resurrección espiritual de todos los que creen en él. Un nuevo mundo comienza con la resurrección de Jesucristo de la muerte, y este nuevo mundo está lleno de nuevas criaturas, las cuales somos nosotros, que resucitamos con Cristo por la fe y el bautismo.

Esta novedad de vida que tenemos en la muerte y resurrección de Cristo es *objetivamente* una *vida nueva*, dada *gratuitamente* a nosotros por Dios en el bautismo cuando *creemos* en Cristo. Esta vida nueva se muestra objetivamente en nuestra nueva *manera* de vivir, en que, ya libres del pecado, evitamos el pecado y todo tipo de desobediencia, y vivimos virtuosamente en fe, esperanza, y amor divino, en tranquilidad, paz, gozo, y paciencia; en bondad, magnanimidad

y mucha templanza (Gal 5, 22-23), guardándonos sólo por el Señor en amor con todo el corazón.

Esta es la bella vida nueva que se nos ha dado por Jesucristo cuando morimos y venimos a vivir de nuevo en él. Estas virtudes, mencionadas arriba, son también sus dones, gratuitamente dados a nosotros, pero con los cuales tenemos que *colaborar* para que se desarrollen y crezcan en nosotros. Al morir y resucitar en el bautismo, tenemos en nosotros algo nuevo que se muestra en una nueva forma de vivir. Esta nueva vida en Cristo es un nuevo fenómeno en el mundo. Es la vida de Dios resplandeciendo en nosotros, uniéndonos con Dios, llenándonos del amor divino y de la esperanza de la gloria. Esta vida nueva se manifiesta en una vida virtuosa, vivida en Dios y sólo para Dios y para el prójimo, olvidando y dejando todo lo demás.

Cuanto más podemos también *renunciar* a todo lo demás, viviendo *únicamente* y totalmente para Dios como nuestra única alegría, único tesoro (Mt 6, 19-21), y único Señor (Mt 6, 24), tanta más alegría encontraremos en él. Por eso vivimos una vida *mortificada* y *ascética*. Al vivir así, viviremos en este gran y espléndido río del amor divino que resplandece dentro de nosotros, iluminándonos con su claridad. Viviremos en esplendor y luz interior al vivir así. Viviremos así un anticipo de la gloria de la parusía, viviendo ya de antemano en su resplandor y belleza. Esta “novedad de vida” (Rom 6, 4) es una espléndida vida que vivimos resucitados en Cristo resucitado.

San Pablo dice aquí que todo esto es para que “*camínemos en la novedad de vida*” (6, 4). Notamos su expresión “camínemos”. El caminar quiere decir vivir de una cierta manera. El que vive en Cristo *camina* de un modo nuevo. Tiene un nuevo modo de caminar, de comportarse. Él y su comportamiento son una *novedad*. Evalúa las cosas diferentemente. Tiene *esperanza*, aun en medio de dificultades, porque vive para Dios y tiene confianza en él. Él sabe que Dios le ayudará. Él vive en la luz, y su espíritu se regocija en el Señor.

Él quiere asemejarse a Cristo, el amado de su corazón, y por eso se regocija incluso en sus cruces, conflictos, y persecuciones por causa de Cristo. Él ve estos sufrimientos como oportunidades de crecer en la virtud e iluminar a los demás. En pocas palabras, el *camina* diferentemente ahora porque para él ahora todo es nuevo, es un nuevo mundo, él en que él vive, justificado e iluminado por Jesucristo, viviendo sólo para él. Esto es porque “si alguno está en Cristo, *nueva* criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas *nuevas*” (2 Cor 5, 17).

“*Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección*” (Rom 6, 5). Notamos aquí la frase “en la semejanza de su muerte”, es decir, fuimos injertados como un ramo

en un árbol, según lo que san Pablo dice literalmente, y el árbol es una *semejanza* de la muerte de Jesús, y no directamente su muerte. La *semejanza* es el rito del bautismo, que es una dramatización mística, un misterio, en que participamos, y que nos une con una acción de Cristo, es decir: con su muerte y resurrección. Por eso, si hemos sido injertados en este rito que representa su muerte, también seremos injertados en una semejanza, un rito, que nos representa su resurrección.

En un sentido, ser injertados en la *resurrección* de Cristo es más atractivo que ser injertados en su sufrimiento y *muerte*. Bien, podemos tener esto, pero el camino para llegar allí es el de ser injertados primero en la semejanza de su *muerte*, y eso no sólo en el *rito* del bautismo, sino también en toda nuestra vida y modo de vivir. Tenemos que *vivir* la *muerte* de Cristo si queremos caminar en la *novedad de vida* en su *resurrección* en la gloria del Padre, que es una vida resplandeciente, un preludio del cielo, un anticipo de la parusía.

Y ¿cómo, una vez bautizados, podemos vivir el misterio de la muerte de Jesús para poder llegar a vivir también este bello misterio de su resurrección? Hacemos esto al obedecerle perfectamente en todo, porque él nos conducirá en los caminos de la renunciación del mundo y del difundir la luz de Cristo al mundo. Al hacer esto, muchos nos perseguirán, y así viviremos el misterio de la *cruz*. Al vivir así, seremos cada vez *más iluminados*, viviendo cada día más en su esplendor, y así *viviremos* el misterio de su *resurrección*.

Así fue la experiencia de san Pablo, evangelizando al mundo, sufriendo diariamente la *muerte* de Jesús, y así participando en su *resurrección*, viviendo una vida radicalmente resucitada e iluminada. La meta de san Pablo era vivir los misterios de Cristo con él, y así conocerle. Dice: "...a fin de conocerle, y el *poder* de su *resurrección*, y la *participación* de sus *padecimientos*, llegando a ser semejante a él en su *muerte*, si en alguna manera llegase a la *resurrección* de entre los muertos" (Fil 3, 10-11). Por eso san Pablo está "llevando en el cuerpo siempre por todas partes la *muerte* de Jesús, para que también la *vida* de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a *muerte* por causa de Jesús, para que también la *vida* de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal" (2 Cor 4, 10-11). San Pablo abrazó en su propia vida la *muerte* de Jesús para que pudiera también *experimentar* su *vida*, para que su vida se manifestara también en él.

Por eso esta conformación a la imagen de su *muerte* es más que un mero rito, el del bautismo. Es un rito, pero también es un modo nuevo de vivir en este mundo. Y ¿cómo es que nosotros somos plantados juntamente con él o injertados en la semejanza de la *muerte* de Cristo para poder participar también en su resurrección? Un ejemplo es cuando nos dedicamos a una obra por Cristo, algo bien que él inspira, cualquiera que sea; y después de un tiempo dificultades aparecen. Hay dilaciones y retrasos. Otras personas no cooperan de la manera de que habíamos pensado y esperado y a veces el diablo planta

dudas en nuestra propia mente de que esta obra no vale la pena, o que no tiene ningún valor. Pero en vez de dejarnos llevar por estos problemas, debemos confiar en Dios, quien siempre está con nosotros si nosotros estamos con él, obedecerle perfectamente, y vivir virtuosamente. Él nunca deja desamparados a sus siervos fieles. Sí, él les da cruces, cárceles, azotes, etc., como vemos en la vida de Jesús, de san Pablo, y de los mártires y santos, pero, como Dios estaba siempre con ellos, así también estará siempre con nosotros, y usará nuestro trabajo, nuestra obra, para promover su reino en el mundo.

Cada obstáculo, de hecho, es una nueva oportunidad. Así, pues, somos injertados en la muerte de Cristo, viviendo así con él el misterio de su muerte salvadora. Entonces Dios hará *su* parte, dándonos asimismo una nueva participación de su resurrección. Al participar de su muerte, acabamos participando de su resurrección.

Pero hay más que esto en esta participación en muerte y resurrección de Cristo. Nos crucificamos con Cristo al mundo, ofreciéndonos con él al Padre en un sacrificio de amor; y por la fe resucitamos también con Cristo, abrazando su resurrección, y nos encontramos en una vida nueva e iluminada en que Cristo resplandece en nuestro corazón y nos llena del amor de Dios. Nos encontramos como amigos de Dios, librados de la pena de la culpabilidad, y viviendo en el esplendor de Dios. Estamos “en Cristo”, resucitados con él, viviendo una vida resucitada.

Notamos que, hablando sobre la resurrección, san Pablo usa el tiempo futuro: “*así también lo **seremos** en la de su resurrección*” (Rom 6, 5). Eso es porque todavía no vemos la plenitud de esta resurrección, y todavía tenemos que experimentar muchas cruces. Pero en estas cruces hay el amor de Dios.

Un buen ejemplo de esto es el patriarca José, vendido por sus hermanos en esclavitud, acusado falsamente por una mujer, y por eso encarcelado. Pero sólo por medio de estos acontecimientos pudo llegar al trono de Egipto y ser gobernador de todo Egipto. Sólo así logró llegar a Egipto y tener contacto con los siervos del Faraón en la cárcel, uno de los cuales después se lo mencionó al Faraón, quien lo sacó de la cárcel y lo puso sobre todo su dominio. José, esperando algo bueno porque Dios se lo reveló de antemano en sus sueños, no se desalentó, sino que esperaba con confianza en Dios. Debemos hacer lo mismo, uniéndonos así a la muerte de Cristo para resucitar después con él, en su debido tiempo.

Junto con el rito del bautismo, también las dificultades en nuestro camino son para nosotros la *semejanza* de la muerte de Jesús, porque no morimos actualmente, sino sólo en una *semejanza*. Pero es una semejanza de la muerte de Jesús que experimentamos, y por eso nos injerta como un ramo en la vid, que es la muerte de Cristo. Así, pues, seremos plantados junto con Cristo también en una semejanza de su resurrección. Dios va a usar nuestras obras,

nuestros esfuerzos, nuestra dedicación, nuestra vida virtuosa para el progreso de su reino en este mundo y para la conversión y alimentación espiritual de muchos. También él nos recompensará con un aumento de gracia que él en su bondad nos deja merecer por nuestros esfuerzos virtuosos en medio de pruebas, cruces, y dificultades.

Nunca somos dejados desamparados si nos injertamos en la semejanza de la muerte de Jesús, ofreciéndonos así y por este medio al Padre con la ofrenda de Cristo en amor en el Espíritu Santo. Los que quieren seguir a Cristo, le siguen así al llevar su cruz en pos de él. Así morimos y resucitamos con Cristo en nuestra vida diaria. *“Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección”* (Rom 6, 5).

Muertos, en la muerte de Cristo, al pecado

*“...sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que **no sirvamos más al pecado**”* (Rom 6, 6). Este versículo expresa la alegre nueva de que Cristo vino para *librarnos* del *pecado*. No sólo vino para perdonar nuestros pecados ya cometidos y pasados, sino que también para *librarnos* de la *esclavitud* del pecado en el *presente* y *futuro*, para que viviéramos sin pecado en la nueva libertad de los hijos de Dios, los hijos de la luz (1 Ts 5, 5), viviendo en la luz. De hecho, si cooperamos con la gracia dada a nosotros en el bautismo, nuestro hombre viejo, es decir, nuestra naturaleza pecaminosa e inclinada al mal y al pecado, es crucificada junto con Cristo en su muerte en la cruz para ser *destruida*. Este *“cuerpo de pecado”*, que hemos heredado de Adán, es *“destruido”* en la cruz, *“a fin de que **no sirvamos más al pecado**”* (Rom 6, 6).

Este es un cambio real y radical en nosotros. Es una verdadera renovación y liberación de nuestro ser. Es más que sólo un nuevo modo de vivir; es más bien una renovación de nuestra humanidad. Es decir: somos hechos *hombres nuevos* por Cristo, y por eso san Pablo dice que *“vuestro **viejo** hombre fue **crucificado** juntamente con él”* (Rom 6, 6). Si fue crucificado, debe haber *muerto* y *desaparecido* *“para que el cuerpo de pecado sea **destruido**”* (Rom 6, 6). Debemos, entonces, ser *librados*, al fin, del *pecado*, *“a fin de que **no sirvamos más al pecado**”* (Rom 6, 6).

Esta es la *realidad* y la maravillosa novedad que la salvación en Cristo nos da, pero tiene que ser desarrollada en nosotros por medio de un proceso largo y difícil de purificación para que las pasiones que nos incitan a pecar, sean mortificadas y dormidas en nosotros para no molestarnos. *Cristo* nos da el *poder* para hacer esto. Este poder es lo que es nuevo ahora, lo que el hombre no tenía bajo la ley.

Yo creo que nadie puede llegar a este punto de purificación si sigue viviendo una llamada “vida normal” en este mundo, disfrutando libremente de todos sus placeres. Y no estoy hablando sólo de placeres pecaminosos, sino una vida de entretenimientos y placeres mundanos en general. Repito que creo que nadie llegará a este punto de purificación y liberación del pecado si sigue viviendo una llamada “vida normal”, es decir, una vida de placer en este mundo. Es porque al vivir así, el hombre viejo no muere, las pasiones no son mortificadas y por eso no duermen, y nosotros impedimos la obra de la muerte de Cristo en nosotros. Si no mortificamos y matamos nuestros deseos mundanos, si no mortificamos nuestras pasiones, el hombre viejo, que Cristo quiere matar en nosotros, no morirá. No podremos despojarnos de ello (Ef 4, 22). Sólo cuando *cooperamos* con la obra salvadora de Cristo, veremos los resultados que él quiere que veamos. Por eso “los que son de Cristo han *crucificado* la *carne* con sus *pasiones* y *deseos*” (Gal 5, 24), y viven ya por el Espíritu, como dice san Pablo: “Si *vivimos* por el Espíritu *andemos* también por el Espíritu” (Gal 5, 25).

Por eso san Pablo, que aquí dice que “*nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él*” (Rom 6, 6), dice también: “Pero los que son de Cristo han *crucificado* la *carne* con sus *pasiones* y *deseos*” (Gal 5, 24). Sólo así llegaremos a la meta de la vida cristiana, que es una verdadera liberación del pecado y de la esclavitud de las pasiones para llegar a unión con Dios en oración y vivir con él en su luz, en la alegría del Espíritu Santo. Esto requiere nuestra *cooperación activa* y nuestra *iniciativa* para actualizar la salvación que recibimos en Cristo. Requiere las purificaciones *activas*, es decir, las en que nosotros hacemos *nuestra* parte.

Así para llegar a la perfección, estamos invitados a vivir una vida *verdaderamente crucificada*, no sólo a las *pasiones* y *deseos* del *cuerpo* y de la *carne* (Gal 5, 24), sino también *crucificada* al *mundo* en *general* (Gal 6, 14), dejándolo todo por Cristo (Lc 5, 11) como lo hizo el hombre que descubrió el tesoro escondido. Vendió todo para obtener este tesoro (Mt 13, 44-46; ver: Lc 14, 33; Mt 19, 21). Cristo es el tesoro. Si lo queremos, tenemos que dejar todo para conseguirlo.

Este es el camino monástico tradicional para llegar a la perfección: el camino de tener sólo el Señor como el deleite de nuestra vida, en la medida que esto es posible. Así llegaremos al estado deseado de la liberación del pecado, un estado de felicidad con Dios. En Cristo, entonces, si renunciamos a todo lo demás y vivimos sólo para él, hemos dejado atrás el pecado.

Entonces tenemos que luchar contra todo tipo de desobediencia contra la perfecta voluntad de Dios, incluso contra actos pequeños que son imperfecciones inconscientes, en que caemos sin saberlo y sin saber al momento ni siquiera que son imperfecciones. Pero porque Dios con frecuencia nos golpea después en nuestra conciencia por estos actos, aprendemos que son contra su voluntad para con nosotros. Y así en el futuro podremos evitarlas

cada vez más, y crecer así en la virtud. Este dolor en nuestra conciencia nos ayuda para que conozcamos siempre mejor y con más precisión la voluntad de Dios para con nosotros. Así, de verás, el hombre viejo es crucificado juntamente con Cristo “*para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado*” (Rom 6, 6).

Pero es siempre fundamentalmente la obra salvadora de Cristo que nos libra de una vida de pecado, y nos da esta vida nueva de gracia. De verdad, nuestro hombre viejo ha sido crucificado en el calvario cuando lo activamos por la fe y cooperamos con esta liberación por nuestras obras; y por eso vivimos ahora como hombres nuevos, revestidos de Jesucristo, llenos del amor de Dios, esperando su venida gloriosa, y ofreciéndonos como un sacrificio de amor al Padre con Cristo, llenos del Espíritu Santo. Esta es la vida nueva. Es una vida iluminada por Cristo. Es *él* que vive ahora en nosotros (Gal 2, 20; Col 1, 27). Somos sus siervos ahora, y no más los del pecado. Vivimos en la luz, como vencedores del mundo (1 Jn 5, 4), vencedores en Cristo de las pasiones. La victoria es la de Cristo. Es en su victoria que vivimos ahora, librados para vivir con él en amor, en la luz.

Esta es la vida del hombre nuevo en Jesucristo. La obra de nuestra renovación en Cristo es de *Cristo*, no de *nosotros*, aunque nosotros tenemos que cooperar con esta obra y hacer nuestra parte. La realidad, sin embargo, es un acto de Dios en nosotros que recibimos humildemente por la fe. En la cruz nuestro hombre viejo fue crucificado, fue crucificado estando en Cristo, y con su muerte, muere. El bautismo y la fe activan esto para nosotros. Al creer y por los sacramentos, especialmente el de la reconciliación (Jn 20, 23), somos librados del pecado por la muerte de Cristo en la cruz. Nuestro hombre de pecado es crucificado con él “*para que el cuerpo del pecado sea **destruido**, a fin de que **no sirvamos más al pecado***” (Rom 6, 6).

¡Qué buena noticia es esto! Lo que el hombre no pudo hacer por sí mismo bajo la ley, ahora puede hacer: ser librado de la esclavitud de sus pasiones y del pecado, y caminar ante Dios en la novedad de la vida (Rom 6, 4), en su luz admirable (1 Pd 2, 9), como una nueva criatura (2 Cor 5, 17), un nuevo hombre (Ef 4, 24), un hombre nacido de nuevo por agua y el Espíritu Santo (Jn 3, 3), y vivir una vida resucitada (Col 3. 1-2).

Por eso san Pablo escribe: “En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Ef 4, 22-24). Aquí san Pablo nos enseña que tenemos que *hacer* algo para ser librados del pecado. Tenemos que *despojarnos* del viejo hombre, es decir, usando la nueva gracia de Cristo, tenemos que cesar de pecar, y renunciar al objeto de nuestros deseos y pasiones hasta que estas pasiones se sequen y duerman, y no nos molesten más como antes. Y tenemos que *revestirnos* del hombre nuevo que ha sido

creado por la gracia de Dios, que tenemos ahora por medio de la muerte y resurrección de Cristo que renueva nuestra humanidad. Nos revestimos de este hombre nuevo por medio de la fe y del bautismo. Es algo creado por Dios para nosotros, para que vivamos ahora por su poder una vida completamente renovada, y caminemos en la novedad de la vida con Cristo en la luz de Dios.

Así, pues, “No os *conforméis* a este siglo, sino *transformaos* por medio de la *renovación* de vuestro entendimiento” (Rom 12, 2). No debemos imitar el mundo viejo, porque hemos sido renovados, hemos recibido el germen de la renovación de nuestra mente. Hagamos, pues, según lo que hemos recibido. Vengamos a ser lo que ahora somos, lo que Dios nos ha hecho. Seamos, de verdad, hombres nuevos. Tenemos ahora en Cristo este nuevo poder. Lo que antes no pudimos, ahora sí, podemos. Caminemos, pues, sin pecado con Cristo en la luz de Dios.

Renacidos, por el bautismo y la fe, en la muerte y resurrección de Jesucristo, somos nuevas criaturas. San Juan dice: “Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido... Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios” (1 Jn 3, 6.9). Y “Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le *guarda*, y el maligno no le toca” (1 Jn 5, 18). Esta es nada más que una renovación de nuestra naturaleza en Jesucristo. La naturaleza que siempre estaba pecando fue *crucificada* con Cristo. Murió en él, y *resucitó* en él *diferente, nueva*, y sin pecado; y más aún, con el nuevo poder de Cristo de no pecar más. Esta es la grandeza de la vida cristiana. Esta es la buena noticia del evangelio, que en Cristo hay un nuevo mundo, y un nuevo modo de vivir, un nuevo tipo de vida, una vida pura en la pureza de Cristo, iluminada y resucitada en Cristo resucitado, muerta al pecado, y viva para Dios.

Pero durante esta vida, todavía tenemos que luchar contra las imperfecciones en que seguimos cayendo. Parece que no es posible en esta vida llegar a un punto en que no caemos más en imperfecciones. Pero aun así, debemos luchar también contra ellos, perfeccionando más y más nuestra vida nueva en Cristo, y creciendo así siempre más en la virtud y la perfección.

Pero la meta de la vida de fe es no pecar más. En Cristo se nos ha dado el nuevo poder de no pecar más. Si hacemos *nuestra* parte al pasar por las purificaciones activas de los sentidos y del espíritu de todo placer innecesario, y si obedecemos perfectamente la voluntad de Dios, podremos llegar a este punto, es decir, de vivir en la luz con Dios sin pecado por el poder de Cristo en nosotros. Y nuestros pecados pasados son ya perdonados por los méritos de Cristo en la cruz. Entonces la simiente de Dios en nosotros nos da este nuevo poder, que bajo la ley la humanidad no tenía. Cristo nos llama a una vida de perfección y nos da el poder para realizarla.

Es claro que en Jesucristo por los méritos de su muerte en la cruz y por la luz de su resurrección hemos dejado el pecado. Esta es la meta de su salvación en nosotros, es decir: que seamos resplandecientes a sus ojos delante de él con el resplandor de Jesucristo resplandeciendo en nosotros, y que hayamos al fin llegado al punto de no pecar más. Este es el estado feliz en que nos vestimos de Cristo de verdad (Gal 3, 27; Rom 13, 14). Es un estado en que lo que hayamos recibido en el bautismo se haya madurado en nosotros, y ahora, de verdad, somos vestidos de Jesucristo, y su gracia y vida resplandecen en nosotros, “porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (Gal 3, 27). Por eso “vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne” (Rom 13, 14).

Y ¿qué es el ser revestido de Cristo sino ser Cristo y tenerle a él viviendo dentro de nosotros, con nosotros completamente sumisos a él, con él dirigiendo todo lo que hacemos, llenando nuestra memoria e imaginación de la *esperanza de gloria*, llenando nuestro corazón de su *espléndido amor*, y llenando nuestra mente de la luz de la *fe*, para que con Cristo yo esté “juntamente *crucificado*” (Gal 2, 19), y así seré, como san Pablo, que dijo: “ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí, lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios” (Gal 2, 20). Por eso “vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne” (Rom 13, 14).

Tenemos que dejar los deseos de la carne atrás. Vivimos ahora una vida nueva en Jesucristo, librados del pecado, crucificados y muertos al pecado, nuestro “*cuerpo de pecado...destruido*” (6, 6) para no servir más al pecado. Vivimos más bien ahora para Dios en la luz. Habitamos habitualmente con él; y la morada de nuestro corazón está en el cielo. Ahí vivimos aun ahora en espíritu, resucitados, y más aún *ascendidos* con Cristo, viviendo con él en los lugares celestiales (Ef 2, 6), aunque físicamente todavía estamos en la tierra. Así vivimos en Cristo una vida resucitada y ascendida.

Pero todavía sufrimos en esta vida, incluso de la culpabilidad por nuestras imperfecciones. Si hayamos en gran parte vencido al pecado, las imperfecciones ahora nos atormentan como anteriormente nos atormentaban los pecados. Y esto es porque ahora somos más sensibles, y por eso lo que anteriormente no nos perturbó (las imperfecciones), ahora nos perturba. Y así crecemos en la virtud. Sin sufrir de la culpabilidad por nuestras imperfecciones, no sabríamos que estamos cometiendo imperfecciones, y no podríamos tratar de eliminarlas y evitarlas.

Pero porque ahora estamos en Cristo, no somos más del mundo (Jn 17, 14.16; 15, 19). Hemos dejado al mundo con sus modos, y modas de pensar y actuar, junto con sus entretenimientos y placeres innecesarios; y hemos rechazado las pasiones desordenadas con sus deseos. Hemos también rechazado los deleites mundanos para vivir sólo para los de Dios y del espíritu —si estamos caminando en el camino de la perfección—. Somos, al fin, libres para Dios, viviendo en la

libertad de los hijos de Dios. Esta es la verdadera libertad que Cristo nos dio. “Para *libertad* Cristo nos libertó; estad, pues, firmes, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud” (Gal 5, 1). “...vosotros, hermanos, a *libertad* fuisteis llamados” (Gal 5, 13). “...si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente *libres*” (Jn 8, 36). Vivamos, pues, ahora según esta palabra de san Pablo: “Haced *morir*, pues, lo terrenal en vosotros” (Col 3, 5). Cualquier sacrificio que tenemos que hacer para realizar esta libertad, debemos hacerlo, aunque sea tan difícil como cortar una mano o un pie (Mt 18, 8). Sólo así, sólo después de hacer este sacrificio, disfrutaremos de la verdadera libertad de los hijos de Dios, de los hijos de la luz.

Nuestra naturaleza como la habíamos recibido de Adán es *ya muerta* en Cristo. La en que estamos viviendo ahora en Cristo es una naturaleza nueva, resucitada en su resurrección, “Porque *habéis muerto*, y vuestra vida está *escondida con Cristo en Dios*” (Col 3, 3). Habiendo *muerto*, vivamos, pues, *resucitados* en Cristo resucitado. “Si, pues, *habéis resucitado* con Cristo, buscad las cosas de *arriba*, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mirada en las cosas de *arriba*, no en las de la *tierra*” (Col 3, 1-3). En esto, tenemos que hacer *nuestra* parte. Nuestra parte junto con la de Dios nos dará esta nueva vida, libre de pecado, diferente de nuestra vida anterior. Tenemos ahora una naturaleza nueva en Cristo. Él la renovó, porque “si alguno está *en Cristo*, *nueva criatura* es; las cosas viejas *pasaron*; he aquí todas son *hechas nuevas*” (2 Cor 5, 17).

Ahora, pues, depende de nosotros el vivir desde esta naturaleza nueva. Si somos radicales, viviremos según esta nueva naturaleza, cambiando radicalmente nuestra vieja manera de vivir en este mundo, y adoptando una nueva manera de vivir que es de acuerdo con lo que somos ahora. Si *cooperamos* así, seremos de *verdad* una *nueva creación*, “Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una *nueva creación*” (Gal 6, 15). Esto es lo importante, que seamos de veras una *nueva creación*, *nuevos hombres* que se han revestido de Jesucristo y no proveemos más para los deseos de la carne (Rom 13, 14). “He aquí, yo hago *nuevas* todas las cosas” (Apc 21, 5), dice Cristo resucitado.

Las obras de la carne y la vida según sus obras y según los deseos mundanos deben ser una cosa del pasado para el cristiano renacido de arriba en Jesucristo. Por eso, “como hijos obedientes, *no os conforméis* a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en *toda* vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pd 1, 14-16). Este es un estado *realmente diferente*, un estado de *santidad*, no más siguiendo los deseos del cuerpo, los deleites y delicadezas de este mundo (Lc 14, 33; Lc 5, 11), sino viviendo en Dios, en amor, unidos a Jesucristo, viviendo en él una vida nueva en la luz (Jn 8, 12). Por eso, “Amados, yo os ruego como a *extranjeros* y *peregrinos*, que os *abstengáis* de los *deseos carnales* que batallan contra el alma” (1 Pd 2, 11).

Así debemos vivir, como dice san Pedro, como “extranjeros y peregrinos” en este mundo. Debemos vivir con nuestro corazón en el cielo. Esta es la vida monástica, una vida que huye del mundo. “La huida del mundo” describe el ideal monástico. Es una vida separada del mundo, de nuestra familia, de amigos en el mundo, una vida vivida en el desierto, en silencio, recogimiento, austeridad, y renuncia, una vida de oración y ayuno constante, una vida nueva y renovada, vivida para Dios, una vida en Dios y libre del pecado, “*sabiendo esto que nuestro viejo hombre fue **crucificado** juntamente con él, para que el **cuerpo del pecado** sea **destruido**, a fin de que **no sirvamos más al pecado**” (Rom 6, 6). Esta es la nueva vida que Jesucristo nos ha dado.*

Sobre todo esto san Juan Crisóstomo dice: “Habiendo sido condenados a muerte de una vez por todas, y habiendo muerto al pecado por el Bautismo, no tenemos nada en común con las pasiones de la carne y con las cosas de esta tierra... ciertamente, habiendo muerto de una vez por todas, no anheléis ocuparos de las cosas que son de esta tierra. Y es que la grandeza de vuestra virtud se demuestra al máximo cuando se rechaza la arrogancia de la carne, y de esta forma nacéis a la vida, cuando habéis muerto a todas las cosas terrenas (*Catequesis bautismales 7, 22*).

“Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado” (Rom 6, 7). Nosotros somos “el que ha muerto”. Hemos muerto en la muerte de Cristo. Nuestra humanidad pecaminosa y caída murió en la cruz en Jesucristo cuando él murió en nuestra carne, en nuestra humanidad. Es decir, en él, el “cuerpo de pecado” (Rom 6, 6) murió. Entonces si estamos en él por la fe, no tenemos más este “cuerpo de pecado”. Tenemos que vivir, pues, desde esta naturaleza nueva por la fe en Cristo.

Y cuando él resucitó, resucitó diferente, resucitó en un cuerpo cambiado y transformado. Nosotros por el bautismo y la fe heredamos de él este nuevo cuerpo ya libre de pecado, ya “*justificado del pecado*” (Rom 6, 7), como antes heredamos el “cuerpo de pecado” de Adán al nacer. Al nacer de nuevo por el bautismo y la fe, heredamos esta humanidad transformada, libre ya del pecado, para vivir ahora con Dios en la luz sin pecado. Es decir, “nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Rom 6, 6).

En la resurrección de Cristo es nuestra transformación porque él resucita cambiado, transformado en nuestra naturaleza. Él ha transformado así nuestra naturaleza en su resurrección y nos la ha legado así nueva. La heredamos por la fe. Si vivimos desde la fe, viviremos sin pecado. Su muerte fue entonces la muerte de nuestras transgresiones; su resurrección, nuestra transformación o justificación. “...el cual fue entregado por nuestras *transgresiones*, y resucitado para nuestra *justificación*” (Rom 4, 25). La conclusión es que hemos muerto con

Cristo a una vida de pecado; y hemos resucitado con Cristo *justificados del pecado* (Rom 6, 7), es decir, terminados con el pecado, transformados, y ya hechos realmente justos: justificados y ya lejos del pecado. En Cristo, por ello, debemos vivir sin pecar. Él nos ha dado el nuevo poder para vivir sin pecado al renovar y restaurar nuestra naturaleza caída. Este es algo que no tuvimos antes de creer en Jesucristo.

Vemos claramente aquí que para san Pablo la justificación es mucho más que solamente una declaración forense o ficticia. Es, más bien, algo transformativa. No es sólo una declaración de que ya somos justos, sino que tiene algo que ver con el pecado, es decir, siendo justificados nos *libra* del *pecado*, y esto quiere decir que somos *hechos justos en realidad*, librados del pecado, y no sólo declarados justos ficticiamente y de una manera forense.

Tan diferentes somos y de tan diferente manera debemos vivir en Cristo que san Pablo puede escribir: “Mas vosotros *no* estáis *en* la carne, sino *en* el Espíritu” (Rom 8, 9). San Pablo *no* dice que no vivimos “según” (*kata*, en griego) la carne; sino dice literalmente: “no estáis *en* (*en*, en griego) la carne” (Rom 8, 9). Es decir, no estamos en la misma carne que hemos heredado de Adán, sino en una *nueva* carne, ahora teniendo la capacidad de no pecar más. Por eso san Pablo dice: “vosotros no estáis *en* la carne sino *en* el Espíritu” (Rom 8, 9). “En el Espíritu” quiere decir en una nueva condición, diferente que antes, es decir, “*justificado del pecado*” (Rom 6, 7). ¿Por qué? Porque hemos muerto en Cristo a lo que fuimos; y hemos resucitado en Cristo a lo que somos ahora.

Es porque somos diferentes ahora en Cristo que san Pedro escribe: “Habiendo, pues, padecido Cristo en carne, también *vosotros* armaos del mismo pensamiento: que el que ha padecido en la carne ha *roto* con el *pecado* para que en el *resto* de vuestro *vivir* en la carne *no* sea según las *concupiscencias* humanas, sino según la voluntad de Dios” (1 Pd 4, 1-2). El sufrimiento de Cristo en la carne fue para hacer morir el pecado en *nuestra* carne, en nuestra humanidad. *Nuestra* carne murió al pecado en su sufrimiento y muerte. Nosotros hemos padecido en la carne al participar por la fe en su muerte; y porque su muerte fue una muerte al pecado, también nuestra participación por fe en su muerte es una *muerte al pecado*, para que rompamos con el pecado para vivir el resto de nuestra vida de una manera diferente, de una manera santa y pura, e iluminada por su resurrección.

Así, pues, san Pedro, san Pablo, y san Juan son de acuerdo en que la vida nueva puede y debe ser una vida sin pecado. Juan dice: “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios” (1 Jn 3, 9).

“Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él” (Rom 6, 8). Y ¿cuándo es que viviremos con Cristo como consecuencia de haber muerto en él? Vivimos en él desde el día en que resucitamos nuevos y restaurados en

él en su resurrección, desde el día de su resurrección cuando nuestra vieja naturaleza humana pecaminosa ya muerta, habiendo muerto en su muerte, ha sido resucitada de nuevo otra vez de la muerte al resucitar él de la muerte a nueva vida con Dios. Para nosotros esto sucede el día de nuestro bautismo. Esto es el día en que empezamos a vivir un nuevo tipo de vida sumergida en Dios, en su vida, en su amor, en su voluntad, haciendo siempre sólo lo que él quiere. Si fuimos bautizados como infantes, esto sucede cuando activamos nuestra fe y maduramos en la fe.

Y ¿cuándo seremos maduros en nuestra fe? Será cuando somos purificados y librados de la esclavitud de las pasiones por medio de una vida de renuncia y mortificación, porque por medio de una vida mortificada a los placeres mundanos, las pasiones se secan y dejan de molestarnos como antes. Hasta este tiempo de madurez y libertad espiritual, esta semilla de la renovación de nuestra naturaleza en la muerte y resurrección de Cristo, que recibimos en el bautismo, todavía no se ha extendido en todo aspecto de nuestra vida. ¡Qué importante, entonces, es dejarlo todo y vivir únicamente y totalmente para Dios! Entonces, de verdad, viviremos con Cristo.

Por supuesto, cada uno tiene que entender e interpretar esto según las responsabilidades de su estado de vida y según las inspiraciones del Espíritu Santo. Pero personas difieren también en la generosidad de su respuesta.

Pero viviremos con él también cuando él venga otra vez en forma manifiesta en su gloria con todos los santos en gran luz, viniendo sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria a la final trompeta. Es en la iluminación de este gran día de gloria que vive el cristiano maduro ahora. Él vive en la “esperanza de la gloria de Dios” (Rom 5, 2), que ilumina toda su vida. Él se calienta y se regocija en el esplendor de esta esperanza de gloria ahora. Por eso él vive *ahora* con Cristo en esta esperanza gloriosa, que será cumplida por él en el último día.

Otro sentido de este versículo, “*Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él*” (Rom 6, 8), es que si sufrimos con Cristo ahora al hacer su voluntad, aun hasta el punto de morir por él como los mártires, entonces viviremos con él. Nuestros sufrimientos nos unen de modo especial con Cristo crucificado, y siendo unidos con él en una semejanza de su propia pasión y muerte, seremos unidos también con él en su vida, o su vida y amor abundarán en nosotros. Por eso lo que hicimos en nuestro bautismo, tenemos que vivir en nuestra vida diaria, así uniéndonos a él cada vez más. Todo acto de mortificación, todo insulto, toda herida, toda persecución que sufrimos por nuestra fe y por nuestra obediencia nos asemeja cada vez más a la semejanza de la muerte de Jesús y causa que su vida fluya más abundantemente aún en nosotros.

Por eso estamos “llevando en el cuerpo siempre por todas partes la *muerte* de Jesús, para que también la *vida* de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos.

Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a *muerte* por causa de Jesús, para que también la *vida* de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal” (2 Cor 4, 10-11). Su cruz y la vida *crucificada* es el camino hacia la *vida* en Cristo. Cuanto más llevamos la *cruz*, tanto más experimentamos su *vida* en nosotros, regocijándonos. Por eso san Pablo escribe: “Si somos *muertos* con él, también *viviremos* con él; si *sufrimos*, también *reinaremos* con él” (2 Tim 2, 11).

“...sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él” (Rom 6, 9). Cristo resucitó para destruir el pecado y restaurar al género humano en la gracia, para hacernos nuevas criaturas, ya libres del pecado, para vivir una vida santa y nueva en Dios. Él destruyó el reino de pecado y de Satanás en principio con su muerte y resurrección. Por eso él entró permanentemente en este nuevo estado glorioso, y la muerte nunca más tendrá poder sobre él. Ahora él, y no la muerte, reina supremo en el mundo. Por eso *“ya no muere, la muerte no se enseñorea más de él” (Rom 6, 9).*

Su resurrección no fue sólo para demostrar su poder y así testificar a la verdad de su palabra. Más que esto, fue para renovar al género humano, y por eso su estado de ser resucitado es permanente. No puede morir otra vez como Lázaro después de su resurrección. La resurrección de Jesús es más que una demostración de su poder. Es su entrada en la vida escatológica, como las primicias de todos nosotros. Nosotros entramos en este nuevo estado ahora espiritualmente, y corporalmente en su parusía.

*“Porque en cuanto murió, al **pecado** murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive” (Rom 6, 10).* Jesús murió por nuestros pecados, y después vive una vida nueva y resucitada con Dios. Así debe ser el caso también con nosotros: *“Así también **vosotros** consideraos muertos al **pecado**, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rom 6, 11).* No hay duda alguna de que Cristo murió para poner fin al reino del pecado en *nuestra* vida, para que nosotros, como él, pudiéramos ahora vivir para Dios sin pecado.

A veces hacemos errores al hacer algo contra la voluntad de Dios para con nosotros, pero no es pecado para con nosotros, porque actuamos sin saber que lo que estamos haciendo es contra la voluntad de Dios para con nosotros. Y para pecar tenemos que saber que estamos pecando y consentir. Pero después de actuar así, nuestra conciencia muchas veces nos acusa, y así Dios nos muestra que hemos actuado *incorrectamente*. Así Dios habla a nosotros en nuestra conciencia y nos hace sentirnos mal, no siempre porque hemos pecado, sino para enseñarnos de una manera impresionante su voluntad, y así disuadirnos para el futuro, para que no caigamos otra vez en el mismo error. Y esto sucede aun después de ser purificados y libres de la esclavitud de las pasiones y del pecado. Así continuamos creciendo en sabiduría, santidad, y perfección, evitando más y más errores en el futuro, perfeccionándonos en la voluntad de Dios.

Pero Cristo murió también por estas imperfecciones, y su muerte es una satisfacción y propiciación por estas cosas también, para que seamos completamente puros y libres para Dios en todo nuestro comportamiento en la libertad de los hijos de Dios. Su muerte es una propiciación para nosotros en todo lo que hacemos que no agrada a Dios. Él es nuestro abogado para con el Padre. “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, al Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Jn 2, 1-2). Así su propiciación nos da alivio a nuestra conciencia en casos como estos también.

Como Cristo vive ahora para Dios, así debemos nosotros también vivir, limpios y puros para Dios, habiendo muerto en su muerte a nuestra vida antigua de pecado. Nuestro único deseo debe ser su voluntad, y una vez que la *conocemos con claridad*, debemos ser *incomovibles* en hacerla *sin desviación*. Habiendo aprendido por nuestros errores del pasado, somos más fuertes y determinados que antes a no caer en los mismos errores ahora, y a no hacer cosa alguna que *conocemos* que no es conforme a la voluntad de Dios para con nosotros. Así crecemos por medio de nuestros errores, y evitamos cada vez más todo pecado e imperfección. Así, por medio de nuestros errores y la acusación de nuestra conciencia por ellos, *eliminamos* estos errores uno por uno en el futuro, y nuestra vida viene a ser siempre más santificada en Dios.

No debemos pensar que Cristo vino por cosa alguna diferente de esta. Vino para librarnos del pecado, y darnos una conciencia buena, limpia, y feliz, y una vida nueva en Dios en la luz. Por eso alguien que quiere vivir verdaderamente en él debe poner gran empeño en esto, y no satisfacerse con una vida cómoda y ligera. No debe vivir otra cosa que una vida de perfección y santidad, completamente comprometida sólo a la voluntad de Dios en todo, muerta en la muerte de Cristo al pecado, al error, y a la imperfección, y viva en su resurrección para Dios, feliz en su luz.

Esta es la nueva realidad que se nos ha dado en Cristo Jesús. Ahora, pues, tenemos que *realizarla* en toda nuestra vida y modo de *pensar* y *actuar*. Por eso san Pablo dice: “Así también vosotros **consideraos muertos al pecado**” (Rom 6, 11). Tenemos que *considerarnos* así muertos al pecado. Requiere un cambio en nuestro *pensamiento*. Tenemos que pensar de un modo diferente ahora, rechazando completamente todo lo que conocemos que es pecado. Esto no es automático con el bautismo, y por eso san Pablo está continuamente alentando, animando, y exhortando a los creyentes de abstenerse de las pasiones.

San Pedro también dice lo mismo: “como hijos obedientes —dice—, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia” (1 Pd 1, 14). Lo que se necesita es *cooperación* y *colaboración* de nuestra parte con la obra salvadora de Dios en nosotros. La muerte de Cristo nos libró del pecado, y su resurrección nos dio una vida nueva, pero es *nuestra* responsabilidad *vivir*

según esta nueva realidad y condición. Entonces debemos estar en un estado continuo de aprender cada vez más la voluntad de Dios, y seguirla cada vez más perfectamente. Cada vez que descubrimos algo nuevo en nuestra conducta que no le agrada a Dios, debemos eliminarlo inmediatamente con sincero arrepentimiento, enmendando nuestra conducta consiguientemente cuanto antes.

De verdad, en Jesucristo estamos llamados a la impecabilidad, a una verdadera nueva calidad de vida, a un nuevo tipo de vida en este mundo que el hombre antes de Cristo no pudo vivir, ni conoció. Pero esto requiere mucho esfuerzo de nuestra parte también, cooperando con la gracia de Dios en Jesucristo, arrepintiéndonos enseguida cuando caemos en imperfecciones, y siempre enmendando nuestra conducta para hacerla cada día más perfecta a los ojos de Dios. San Pedro une su voz a la san Pablo en esto, diciendo: “quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando *muertos* a los *pecados*, *vivamos* a la *justicia*; y por cuya herida fuisteis *sanados*” (1 Pd 2, 24).

Fuimos sanados en Cristo de la enfermedad del pecado, para que no seamos enfermos más, sino sanos y sin pecado en Jesucristo para la gloria de Dios. Él no quiere que estemos en pecado y tristeza. Por eso sufrió por nosotros para librarnos de esto. Así vivimos para su gloria y en su gloria. Vivimos así en su *esplendor*, llenos de alegría y luz, aun en medio de ataques, persecuciones, y dificultades, y en las incertidumbres de la vida, porque somos fundados en la roca que es Cristo, y él es la fuente de nuestra alegría en Dios. El ser libres del pecado y resplandecientes en su gracia es nuestra fuente de alegría continuamente nueva.

Es el pecado o el hacer algo que no agrada a Dios que nos hiere más que toda otra cosa. Si somos libres del pecado, podemos ser alegres en cualquier situación en que nos encontramos, porque Cristo, con quien somos unidos, es nuestra alegría. Este es el estado de alegría de un verdadero cristiano. Este es el tipo de vida que Cristo vino a la tierra para traernos. En él, pues, morimos a nuestra vida anterior y triste, y resucitamos a una vida nueva para Dios. Debemos estar, como dice san Pedro, verdaderamente “*muertos* a los pecados” (1 Pd 2, 24), y considerarnos “*muertos al pecado*” (Rom 6, 11), como dice san Pablo. “...*libertados* del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia” (Rom 6, 18).

Esto es nuestro nuevo estado, nuestra nueva vida, nuestra *nueva felicidad*, es decir: ser *librados* del *pecado*, librados de la esclavitud de las pasiones, librados de toda esclavitud, y libres para Dios con la libertad de los hijos de Dios para esta vida nueva en Jesucristo, resucitados con él en el poder de su resurrección, contemplando su esplendor dentro de nosotros (2 Cor 3, 18; 4, 6). Esta es la vida que Cristo vino a la tierra para traernos.

“No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias” (Rom 6, 12). Vemos aquí que aunque hemos sido renovados por Cristo, y resucitados con él, todavía podemos ser tentados y pecar. Por eso mucho esfuerzo de nuestra parte es necesario para tener éxito en esta nueva vida. Tenemos que alejarnos definitivamente de lo que sabemos es veneno para nosotros, sea una amistad, sea lo que fuera. Si no, nuestras pasiones van a despertarse otra vez y caeremos en tristeza, perdiendo el esplendor en que Dios quiere que vivamos. Aun si el alejarnos del pecado es tan difícil como cortar una mano, tenemos que hacerlo. Jesús ha dicho: “Y si tu mano derecha te es ocasión de *caer, córtala*, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno” (Mt 5, 30). Sin este esfuerzo, el pecado puede reinar otra vez en nosotros. Por ello Jesús nos dijo esto. Tenemos que *crecer* gradualmente en las virtudes que hemos recibido, y practicarlas, siempre rechazando completamente y conscientemente todo lo que sabemos claramente que es contra la voluntad de Dios para con nosotros. Pero si hacemos este esfuerzo, el poder de Cristo en nosotros nos dará la nueva posibilidad de vivir una vida sin pecado. La liberación de la esclavitud de las pasiones, pues, es la *meta* de la vida cristiana.

No debemos obedecer los deseos y anhelos de la carne sin la dirección de nuestra inteligencia y espíritu. Pero visto positivamente, esto quiere decir que si seguimos este consejo, entonces, de veras, el pecado no reinará en nuestro cuerpo y no obedeceremos sus deseos. Así debe ser la vida del cristiano, que siempre se guarda para que sea así, es decir, para que el pecado no reine en él. Sí, el pecado todavía puede tentarnos, pero no debe *reinar* en nosotros; no debemos dar nuestro consentimiento. Debemos rechazar toda tentación. En Cristo tenemos el nuevo poder para hacer esto.

“...ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia” (Rom 6, 13). Esto es un nuevo modo de vivir, y san Pablo nos da los detalles prácticos necesarios para vivirlo. Debemos ahora usar nuestros miembros de un modo nuevo, no como antes, sino como los que murieron y ahora somos resucitados de entre los muertos, ya muertos a toda carnalidad, mundanidad, y toda desobediencia, hombres nuevos en Jesucristo con un nuevo comportamiento y una nueva manera de vivir.

Cristo nos da esta nueva posibilidad, y quiere que seamos libres del pecado, hombres nuevos en él con nuestra humanidad *restaurada* en él. Él nos diviniza, y quiere que vivamos en su *gloria*, llenos del Espíritu Santo, viviendo en la luz y alegría del espíritu, viviendo una vida *crucificada* por amor a él y en unión con él, ofreciéndonos con él en amor y donación de nosotros mismos al Padre en el Espíritu Santo. Quiere que estemos lejos del mundo y sus placeres y tentaciones, lejos de todo pecado y desobediencia de cualquier tipo, creciendo

cada día más en el esplendor de su gracia. Así viviremos por la alabanza de su gloria (Ef 1, 12), una vida nueva en Jesucristo, muertos en él al pecado, y vivos en él para Dios.

El cristiano debe ser verdaderamente diferente en su manera de vivir, no presentando los miembros de su cuerpo al pecado como antes. Debe haber una diferencia real en su vida ahora. Debemos presentarnos a Dios, y todos nuestros miembros a él para justicia, y no más para el pecado. Todo lo que Dios nos ha dado debe ser ahora para él, y no más para nosotros mismos, ni por nuestros placeres. Como vivíamos antes, usando nuestros miembros y cinco sentidos por nuestro placer, ahora nos abstenemos de los placeres mundanos y usamos nuestros sentidos y miembros sólo en el servicio de Dios, no buscando ningún placer innecesario fuera de Dios, nuestro *único* tesoro (Mt 6, 19-21). Así viviremos una *vida nueva* en Cristo, *regocijándonos* en su *esplendor*. Pero si todavía buscamos placer con nuestros sentidos y miembros, o si permanecemos desobedientes en algo, entonces nunca llegaremos a vivir en el *esplendor* de Dios *como él quiere*. Pero el significado de san Pablo aquí es la liberación del pecado que hemos recibido en Cristo. Él nos dio un nuevo poder para vivir libres del pecado. Es una vida de libertad y alegría en el espíritu. Esta es la libertad de Cristo.

En Cristo vivimos ahora en un nuevo día. “La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechémonos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz” (Rom 13, 12). Somos el nuevo germen de un nuevo mundo, de un nuevo género humano, restaurado en su integridad, y plantado de antemano en medio de este mundo viejo, en medio de la noche, para mostrar a todos el camino del nuevo día. Y ahora “La noche está avanzada, y se acerca el día”. Por eso andemos como de día y no de noche. Andemos en el Espíritu que hemos recibido, y no más en las tinieblas. “Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne” (Rom 13, 13-14). “Si vivimos por el Espíritu, *andemos* también por el Espíritu” (Gal 5, 25).

Debemos dejar un comportamiento mundano y toda desobediencia. “Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas” (Ef 5, 11). Estas cosas de las tinieblas destruyen la luz y alegría del Espíritu en nosotros, y nos llena de amargura y tristeza. Toda forma de desobediencia nos llena de tristeza, porque la voz de Dios en nuestra conciencia nos acusa, dándonos un gran dolor en nuestro corazón. Por eso el cristiano debe rechazar completamente toda desobediencia, y vivir en la luz de Cristo como un hijo de la luz, como él quiere para con nosotros. En pocas palabras: “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne” (Gal 5, 16), y “vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne” (Rom 13, 14). Esto es “porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (Gal 3, 27).

Tenemos que cooperar con este gran don de Dios y ser, de hecho, *revestidos* de Jesucristo en *todo* nuestro *comportamiento*. *Sólo así* viviremos en su luz, como él quiere. Sólo así seremos felices. Por eso “vestíos del *nuevo* hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Ef 4, 24). El hombre nuevo es el hombre *revestido* de Jesucristo, viviendo en la *luz* admirable de su bautismo una vida santa en Dios sin pecado. Él es el único hombre verdaderamente feliz, el único verdaderamente iluminado, el único verdaderamente libre.

Cuando san Pablo dice que no debemos satisfacer los deseos de la carne, quiere decir que estos deseos tienen que ser guiados por la razón y por el espíritu. Tenemos que comer, beber, y dormir, y estos son deseos de la carne, pero el espíritu y la mente tienen que guiar estos deseos, porque en sí los deseos carnales no tienen medida, medida, ni orden, y nos inclinarán a comer, beber, y dormir desordenadamente, según los deseos de la carne, lo cual nos hace daño físicamente y espiritualmente.

Orígenes expone bellamente, usando comparaciones, la diferencia entre el hombre viejo y el hombre nuevo. Dice: “Así como vuestros pies corrían a los templos de los demonios, que corran ahora a la Iglesia de Dios. Antes corrían para derramar sangre, ahora corran para liberar a la sangre. Antes se extendían las manos para arrebatarse lo ajeno, ahora se dilatan para dar de lo propio. Antes los ojos deseaban a la mujer o pretendían lo ajeno, ahora desean a los pobres, a los débiles, para apiadarse de los necesitados. Los oídos se deleitaban en escuchas inútiles o con derogaciones de los buenos, ahora se vuelvan para escuchar la palabra de Dios, la explicación de la ley y para entender la disciplina de la sabiduría. La lengua, acostumbrada a lenguajes malos y soeces, ahora se vuelva para bendecir a Dios en todo momento; pronuncie el discurso saludable y honrado, para agradecer a los que escuchan y decir la verdad a su prójimo” (Orígenes, *Comentarios sobre la Carta a los Romanos* 6, 4). Es decir: el hombre nuevo es verdaderamente diferente del hombre viejo. Tiene un nuevo comportamiento.

“Pues el pecado no dominará ya sobre vosotros, ya que no estáis bajo la ley sino bajo la gracia” (Rom 6, 14). Estamos ahora bajo un nuevo régimen, el de la gracia, y no más el de la ley. La ley fue un régimen débil, y por eso cuando el hombre fue bajo la ley, el pecado todavía lo dominó. Pero la gracia es un régimen fuerte con la fuerza de Cristo, y los que son bajo este nuevo régimen tienen en Cristo el poder de resistir y renunciar al pecado. Son vencedores del pecado en Jesucristo. Él es nuestra victoria por la fe. De hecho, “todo lo que es nacido de Dios *vence* al mundo; y esta es la *victoria* que ha *vencido* al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que *vence* al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” (1 Jn 5, 4-5). Al vencer al mundo, vencemos también al pecado. Venimos a ser victoriosos en Jesucristo, vencedores del mundo y del pecado, y así podemos vivir en el esplendor de Dios, que es el esplendor de Jesucristo resplandeciendo en nuestros corazones.

Hay, pues, dos distintos regímenes: el de la ley y el de la gracia. “Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Jn 1, 17). En Cristo recibimos la plenitud de la gracia para vivir en esta gracia, y no más en el pecado.

SIERVOS DE LA JUSTICIA 6, 15-23

“¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera” (Rom 6, 15). Hay un cambio de señores aquí.

Anteriormente fuimos bajo el señorío de la ley. La ley fue nuestro señor, y porque este señor fue débil, el hombre bajo la ley fue pecador. No podía superar su vida pecaminosa, aunque trataba y supo por la ley que existe una vida mejor, una vida obediente, vivida en unión con Dios. Conociendo el bien, carecía del poder para realizarlo.

Pero ahora fuimos redimidos por la sangre de Cristo, ofrecida en sacrificio por nosotros al Padre, el precio de nuestra redención. Fuimos manumitidos y emancipados, rescatados y comprados por Cristo, y así librados de nuestro antiguo señor y dueño. Cristo, quien pagó con su sangre el precio de nuestra manumisión, es ahora nuestro nuevo amo y Señor. Somos ahora, pues, libres de la ley y de la esclavitud del pecado que teníamos bajo la ley; pero ahora somos los esclavos de nuestro nuevo amo, el Señor Jesucristo. Pero esta no es una nueva esclavitud, sino la verdadera libertad. El ser esclavo de Cristo es ser libre de verdad, libre para Dios, libres para ser como Dios nos creó, libres para caminar con Dios en la luz, libres para ser verdaderamente felices. Bajo este nuevo amo, estamos en la gracia, no en el pecado. Bajo el amo de la ley, estábamos en pecado; pero bajo Cristo estamos en la gracia, hasta que podemos decir que anteriormente nuestro amo fue el pecado, pero ahora es la gracia. Por eso, ¿cómo podemos pecar ahora?

Siendo libres de la ley no quiere decir que podemos desobedecer sus mandatos morales, y seguir nuestra concupiscencia. No quiere decir que estamos libres para pecar; sino libres para Dios, aunque todavía tenemos la capacidad de pecar. No debemos usar nuestra nueva libertad así para el pecado que es nuestra destrucción. Debemos más bien vivir dignos de la nueva libertad que tenemos, la libertad de los hijos de Dios, los hijos de la luz. Con esta libertad podemos caminar en la luz con Dios y ser verdaderamente felices. Esta es la felicidad de Dios en que ahora vivimos. Pero el pecado es la destrucción de todo esto.

“¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la

obediencia para justicia?” (Rom 6, 16). Porque ahora somos los esclavos de Cristo y de la gracia, tenemos que obedecer a Cristo, como anteriormente obedecimos al pecado. De verdad, ahora somos librados del pecado y de la muerte espiritual, porque la vida del pecado es una vida de muerte. San Pablo dice: “la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (Rom 8, 2). Es algo objetivo que sucedió, es decir: nuestra manumisión del pecado por Cristo. Lo que la ley no pudo darnos, es decir, nuestra libertad del pecado, Cristo nos dio, “Porque lo que era *imposible* para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Rom 8, 3-4). Lo que fue imposible bajo la ley, ahora es posible bajo Cristo, es decir. Tenemos nuevos poderes, nuevas virtudes, y la inhabitación de la Santísima Trinidad ahora en nosotros, y somos hechos conformes a la imagen del Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo inhabitando en nosotros. Todo esto nos da el poder de obedecer a nuestro nuevo amo Jesucristo, quien nos dijo: “Sed, pues, vosotros *perfectos*, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mt 5, 48).

Por eso debemos estar *firmes* en el Señor: “Estad, pues, firmes en la *libertad* con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud” (Gal 5, 1). “Porque vosotros, hermanos, a *libertad* fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros” (Gal 5, 13). Hemos sido llamados a la *libertad* en Jesucristo. El cristiano es el verdadero hombre libre en este mundo, libre de toda esclavitud. La esclavitud es todo lo que es contra nuestra naturaleza, todo lo que nos esclaviza a ser otra cosa que Dios destinó para con nosotros. Así podemos ser los esclavos de nuestras pasiones, de los placeres del cuerpo, de los placeres de la comida y de la bebida, de los placeres del sexo, y de los placeres de varios entretenimientos. Todo esto nos puede esclavizar. Es una esclavitud que nos roba nuestra libertad en Dios.

Si somos esclavizados para hacer cosas contra la voluntad de Dios, no somos libres ni felices. Somos encadenados. La peor esclavitud es la del pecado. Si somos los esclavos del pecado, vivimos en la oscuridad y tinieblas. No vemos la luz de Dios, y aun pecados veniales oscurecen nuestra alma para que no percibamos el resplandor de Dios en nosotros. Una persona así, caminando en oscuridad, deprimida, y triste, no es una persona libre como Dios quiere que seamos.

La libertad de Dios es otra cosa completamente. Esto es el estado que Dios quiere para con nosotros. Cristo vino para *librarnos* de toda esclavitud, para que seamos verdaderamente felices en Dios. Así es su voluntad para con nosotros. “...permaneced en mi amor”, dijo Jesús (Jn 15, 9). Él quiere que permanezcamos en su espléndido amor, contemplando su gloria. Lo que él

quiere para con nosotros es una vida sin pecado. El poder para vencer el pecado lo tenemos ahora por Jesucristo inhabitando en nosotros.

Nuestra naturaleza, fortalecida así, es muy diferente de nuestra naturaleza caída que heredamos de Adán al nacer. Es una naturaleza restaurada en cierto sentido al estado de Adán antes de caer, y esto viene a nosotros por nacer de nuevo en la muerte y resurrección de Jesucristo en el bautismo por la fe. Sólo el cristiano renacido y rehecho así puede ser libre con la verdadera libertad de los hijos de Dios, los hijos de la luz, los hijos de la resurrección, quienes caminan de día en la luz con Dios en júbilo de espíritu. Son libres de pecado, libres de las tinieblas y de la oscuridad en las cuales caminan el resto de la humanidad. Son libres para la fidelidad, libres para ser fieles, libres para el amor verdadero de Dios, libres para Dios, para vivir para Dios. Por eso san Pablo dice: “Para *libertad* Cristo os *libró*” (Gal 5, 1).

Pero esta libertad, que nos trae tanta felicidad, es al mismo tiempo una obediencia, pero no una obediencia que nos esclaviza, sino una que nos libera. Es una obediencia a Cristo, el nuevo amo de nuestra alma. Si lo obedecemos a él, viviremos en la luz. Si obedecemos al pecado viviremos en la oscuridad y en las tinieblas. Si hemos sido librados por Cristo, entonces tenemos que obedecer a Cristo para permanecer en esta luz admirable que él nos dio. Por eso como fuimos los esclavos del pecado, obedeciendo al pecado para la muerte, ahora somos los esclavos de Cristo, obedeciendo a Cristo para la justicia. “*¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?*” (Rom 6, 16).

“*Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados*” (Rom 6, 17). Esta es la conversión. Los que antes no fueron libres sino esclavos del pecado ahora han obedecido desde el fondo de su corazón a esta nueva doctrina a la cual se han entregado completamente. Han cambiado ahora. Habiéndose entregado así tan completamente a la fe, a esta nueva doctrina, hasta obedecerla, no son más esclavos del pecado. “*...y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia*” (Rom 6, 18). Esta es la primera vez en Romanos que san Pablo usa la palabra “librar” o “libertar”, pero seguirá usándola en adelante. Es un concepto importante de su teología.

La libertad en Cristo es algo de mucho valor, y para algo tan importante, que es el don de Dios en Cristo, más allá de todo lo que pudiéramos merecer por nuestra vida buena, para algo tan importante, nosotros también tenemos que hacer *nuestra* parte; tenemos que *cooperar* activamente con este don, con esta gracia. Nuestra parte es lo que san Pablo describe en *Rom 6, 18*: “*y libertados del pecado, vinisteis a ser **siervos** de la justicia*”. Y ¿qué es este servir la justicia o ser siervos de la justicia? Es obedecer perfectamente la voluntad de Dios y vivir únicamente para él, y no más para nosotros mismos. Hay muchos

que quieren vivir en esta libertad de los hijos de Dios, que es vivir en la luz y ser iluminados; pero creo que son muy pocos los que son así iluminados, viviendo en esta libertad. Esto es porque son muy pocos los que cumplen los requisitos para recibir este don y vivir en esta luz. La mayoría no está dispuesta a vivir únicamente para Dios. La mayoría, contra la voluntad perfecta de Dios para con ellos, no quieren vivir únicamente y completamente para él, sino que también para sí mismos. Quieren vivir para Dios, pero para el mundo también, y por eso no se realizan sus deseos de vivir en esta luz y libertad de los hijos de Dios.

Dios siempre está revelándonos más de su voluntad, porque él quiere que seamos cada vez más perfectos y más santos. Por eso cada vez que él nos revela algo nuevo que él quiere ahora de nosotros, un nuevo paso que él quiere que hagamos, hay que hacerlo para permanecer en esta luz admirable, en este esplendor, en esta libertad de los hijos de Dios, de los hijos de la luz. Dios puede oscurecer momentáneamente este bello resplandor para notificarnos de que no estamos haciendo esta cosa nueva que ahora él quiere que hagamos. Pero cuando reconocemos esto y hacemos la resolución firme de hacer este nuevo paso, entonces él nos ilumina otra vez, y así crecemos en la santidad, viviendo en adelante en más cercanía aún del Señor como personas verdaderamente libres, librados por Jesucristo.

Tenemos, de verdad, una nueva naturaleza en Jesucristo, pero si no hacemos plenamente *nuestra* parte, impedimos la luz de Cristo para que no resplandezca en nuestro corazón. También nuestra falta de cooperación perfecta con este don de Dios impide que se extienda esta libertad en todas las áreas de nuestra vida, y así no somos completamente renovados como Dios quiere, sino que muchas áreas de nuestra vida quedan todavía bajo nuestra *voluntad propia* y permanecen por ello en la oscuridad. Es por eso que san Pablo insiste tanto en que *seamos*, de verdad, “siervos de la justicia”. Entonces seremos verdaderamente libres. “Así que, si el *Hijo* os libertare, seréis verdaderamente libres” (Jn 8, 36).

Tenemos esta libertad cuando estamos en Cristo y en el Espíritu, “Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu, allí hay *libertad*” (2 Cor 3, 17). Y esta liberación del pecado es una iluminación que nos transforma en la gloria que contemplamos en Cristo. De veras, “Para la libertad Cristo nos libertó” (Gal 5, 1). Por eso no nos dejemos caer otra vez “sujetos al yugo de esclavitud” (Gal 5, 1). “Vosotros para libertad fuisteis llamados” (Gal 5, 13). Hagamos, pues, que esta libertad resplandezca en nuestra vida con toda su claridad al ser verdaderos siervos de la justicia, de la voluntad más perfecta de Dios para con nosotros, siempre corrigiéndonos a nosotros mismos, siempre siguiendo los nuevos pasos que el Espíritu Santo nos muestra.

“Hablo como humano, por vuestra humana debilidad; que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir

a la justicia” (Rom 6, 19). San Pablo se excusa aquí por haber usado en 6, 18 una imagen seglar de la manumisión o redención de esclavos, pero él usó este ejemplo para que sus lectores entendieran qué gran diferencia hay ahora en el cristiano que ha sido justificado por la fe en Jesucristo. De verdad, no tiene ahora el mismo amo que tenía antes. Antes ellos presentaban los miembros de su cuerpo como esclavos de inmundicia e iniquidad. Del mismo modo ahora deben presentar los miembros de su cuerpo como esclavos de la justicia para la santificación. El bautismo es más que un rito exterior. Él nos cambia. Debemos poder vivir ahora sin pecado, algo que antes fue imposible bajo la ley.

Esto es una verdadera revolución en nuestra manera de pensar y vivir. Antes de Cristo, ¿cuántos creyeron que una vida santa y sin pecado fuera posible? Ahora san Pablo nos enseña que en Cristo es posible vivir en Dios una vida pura y santa, sin pecar. Hemos cambiado amos. No somos más bajo el yugo del pecado. Hemos muerto al pecado: “Así también vosotros consideraos *muertos* al pecado, pero vivos para *Dios* en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rom 6, 11). Esto es más que sólo palabras. Es un nuevo poder, una nueva capacidad, una nueva posibilidad de vivir en este mundo sin pecado, una vida pura y resplandeciente con el resplandor de Jesucristo dentro de nosotros, regocijándonos y dirigiéndonos para hacer siempre la voluntad de Dios. Hemos muerto en la muerte de Jesús por la fe; y hemos resucitado en la resurrección de Jesús por la fe. Es un verdadero renacimiento, un nacer de nuevo y de arriba, un nacer en Dios por Jesucristo, por nuestra fe en él.

Pero tenemos que hacer un gran esfuerzo para *usar* este nuevo poder. No es *automático*, y pocos son los que hacen este esfuerzo de una manera definitiva, y por eso son pocos los que son santos. Pero es *posible* para los que viven heroicamente en Cristo, heroicamente en su obediencia a la voluntad de Dios, heroicamente en su virtud. Tenemos ahora el poder en Cristo para hacer esto si nos esforzamos, si renunciamos al mundo y vivimos única y completamente por Cristo en todos los detalles de nuestra vida, vendiendo todo para conseguir el tesoro escondido (Mt 13, 44) y obedeciendo en todo. Y la recompensa por este esfuerzo es muy grande. Nos habilita para vivir en el esplendor de Jesucristo, con él resplandeciendo en nuestro corazón, regocijándonos y llenándonos de luz y amor. La recompensa por este esfuerzo es la libertad de los hijos de Dios, es la alegría del espíritu de ser, al fin, libres de la esclavitud, libres de la oscuridad, libres del pecado, y caminando en la novedad de la vida con Dios en la luz.

Es el pecado y todo tipo de desobediencia que nos hiere y oscurece la luz de Cristo en nuestro corazón, y en vez de luz nos da dolor. ¿Qué mejor libertad hay, entonces, que esta?, el ser libres de pecado y de la desobediencia. Es ser libres de la oscuridad, y ser de verdad hijos de la luz. “...en *otro tiempo* erais tinieblas, mas *ahora* sois luz en el Señor, *andad* como hijos de luz” (Ef 5, 8). “...todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas” (1 Ts 5, 5). “*Andémonos* como de día” (Rom 13, 13). “*Andad* en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne” (Gal 5, 16). “Si vivimos por el

Espíritu, *andemos* también por el Espíritu” (Gal 5, 25). Por eso “los que son de Cristo han *crucificado* la carne con sus pasiones y deseos” (Gal 5, 24). Esta última citación nos muestra nuestra parte, es decir, tenemos que crucificar nuestra carne y nuestras pasiones. Y hacemos esto por la ascesis, por la renuncia a los placeres de la vida, para vivir sólo para Dios con todo nuestro corazón e interés, con un corazón indiviso.

Tenemos ahora en Cristo el *poder* para hacer esto, y este poder es en el Espíritu por el cual vivimos. Nuestra parte es el *caminar* verdaderamente por el Espíritu. Por eso san Pablo dice: “Si vivimos por el Espíritu, *andemos* también por el Espíritu” (Gal 5, 25). Es decir: poner en práctica el poder que hemos recibido en Cristo. Vivamos, pues, según este nuevo poder una vida nueva y verdaderamente diferente, una vida bendita por Dios, una vida feliz, una vida en la luz, una vida cada vez más divinizada, más y más renovada y transformada.

San Pedro, hablando de Cristo, dice: “quien *llevó* él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando *muertos* a los pecados, vivamos a la justicia” (1 Pd 2, 24). Él *llevó* nuestros pecados para que seamos sin pecados ahora y en el futuro, para ser, como dice, *muertos* a los pecados, pero vivos para la justicia en Dios. Él *murió* para librarnos de los pecados, para que *no* vivamos *más* en pecado y desobediencia, sino, siendo *justificados*, que seamos verdaderamente justos y sin pecado. En su resurrección resucitamos hombres nuevos para vivir con Dios en la luz. Pero es *nuestra* parte activar esta nueva posibilidad.

San Pablo dice: “Esta, pues, es la voluntad de Dios, vuestra *santificación*” (1 Ts 4, 3). Y “Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a *santificación*” (1 Ts 4, 7). ¡Qué gran revolución es esto en nuestro pensamiento, orientación, y comportamiento cuando descubrimos que este es el plan de Dios para con nosotros, y que, de verdad, hemos sido transformados y dados este nuevo estado de perfección y el poder de vivirlo por la muerte y resurrección de Jesucristo! ¡Él es el Hijo de Dios hecho hombre para ser el nuevo Adán de un nuevo género humano restaurado de su condición caída que heredamos del primer Adán! Así ahora la voluntad de Dios para con nosotros es nuestra *santificación*, y no sólo es su *voluntad* para con nosotros, sino que ahora él nos da en Cristo el *poder* que necesitamos para responder a este llamado y realizarlo en nuestra vida.

Por eso “como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia, sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros *santos* en *toda* vuestra *manera* de vivir” (1 Pd 1, 14-15). Nuestra vida actual debe ser *coherente* con nuestra *nueva condición* en Jesucristo. Ahora no sólo *sabemos* lo bueno como antes, sino que también tenemos una naturaleza renovada en el nuevo Adán que nos da la capacidad de no sólo *saber* sino que también *hacer* lo bueno en *todo* nuestro comportamiento. Somos *nuevas criaturas* porque estamos *en Cristo*, y por eso debemos *vivir*

según este nuevo poder que ahora tenemos. No somos como antes. “De modo que si alguno está en Cristo, *nueva criatura* es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son *hechas nuevas*” (2 Cor 5, 17). Cristo nos ha hecho nuevos para una nueva forma de vida, una vida de *santidad*. Por eso “En cuanto a la pasada manera de vivir, *despojaos del viejo hombre*” (Ef 4, 22), “y vestíos del *nuevo hombre*” (Ef 4, 24).

Como en otro tiempo servisteis al pecado, ahora, de la misma manera, servid a la justicia. Sobre esto dice san Juan Crisóstomo: “Pues ni vivíais parte a la justicia, parte al pecado, sino os entregabais del todo a la maldad. Así ahora también, porque os pasasteis a la justicia, entregaos vosotros todo a la virtud, no haciendo de ningún modo nada malo, para que al menos uséis la misma medida (*Homilías sobre la Carta a los Romanos* 1, 1). En otras palabras, debemos ser tan entregados a lo bueno como fuimos antes a lo malo.

“Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia” (Rom 6, 20). Este versículo es un juego sobre la palabra “libres”. Si somos esclavos de Cristo, somos libres del pecado. Por eso uno pudiera decir también que si somos esclavos del pecado, somos libres de Cristo. Por eso uno pudiera pensar que hay dos tipos de libertad. Uno puede ser o libre del pecado, o libre de Cristo. Pero comparemos estos dos tipos de libertad. ¿Cómo es el ser libres de Cristo? Es no tener reglas ni leyes de conducta. Somos libres para hacer cualquier cosa que nuestro cuerpo quiera. Sí, somos libres para actuar según nuestros deseos y pasiones. Es un tipo de libertad, pero después de cumplir nuestros deseos carnales, nos encontramos en gran oscuridad, tristeza, y dolor de conciencia. Y ¿qué tipo de libertad es esta? No es libertad; sino una gran esclavitud, una gran infelicidad.

Pero si somos libres del pecado al ser esclavos de Cristo, tenemos muchas reglas y leyes, tenemos que seguir siempre la voluntad de Dios y renegar nuestra voluntad propia del hombre viejo y los deseos de nuestras pasiones; pero después de un tiempo de purificación, nos encontramos viviendo en la luz, llenos de alegría espiritual, desbordándonos del amor de Dios. Y nos sentimos verdaderamente libres con la libertad de los hijos de Dios. Y este es el único tipo de libertad que tiene valor.

El otro tipo de libertad no es libertad en ningún sentido real. Es lo opuesto de la libertad. Es una gran esclavitud en que nuestro espíritu está oprimido, deprimido, y encadenado en una mazmorra oscura y sumamente triste. Y de esta esclavitud somos *librados* por Jesucristo al ser *sus* esclavos. Siendo *esclavos* de Jesucristo, somos libres del pecado, verdaderamente libres, libres de verdad, libres para Dios, libres en nuestro espíritu, libres en Jesucristo. Si Jesucristo nos ha librado, somos libres de verdad. “...si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Jn 8, 36). Sí, siendo esclavos de Jesucristo, somos libres en Jesucristo, verdaderamente libres ante Dios.

“¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte” (Rom 6, 21). Ahora que hemos dejado el pecado, nos avergonzamos de su recuerdo. Nos avergonzamos ahora de nuestro comportamiento anterior, porque ahora conocemos más de Cristo que antes. Ahora sabemos muy bien que el fin de estas cosas anteriores es la muerte, no la muerte física, sino la muerte del espíritu, porque personas físicamente muertos no se avergüencen más. Es una muerte espiritual que ya es vencida por la gracia. Antes de madurar en Jesucristo vivíamos en cosas de las cuales ahora nos avergonzamos a recordar, vivíamos en la muerte del espíritu, no conociendo el camino de la vida. Andábamos por el camino ancho de este mundo y de los placeres de la vida, muertos a las cosas del espíritu.

Sólo uno que ha descubierto un mejor camino puede comparar sabiamente estos dos caminos, el de la vida, y el de la muerte. Ahora él sabe que uno puede ser libre del camino de la muerte sólo al morir a todas estas cosas. Uno tiene que cortarlas como uno corta una mano o un pie que le causa pecar o perder el resplandor de la luz y de la gracia en su alma. Jesús dijo: “si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno” (Mt 5, 29-30). Si algo o alguien nos pone en la oscuridad y nos aleja de Dios, tenemos que cortarlo y echarlo lejos de nosotros, no importa cuán difícil sea el sacrificio. Sólo así permaneceremos en el camino de la vida, en el camino del amor de Dios. Sólo así permaneceremos en su esplendor.

Esta es la verdadera sabiduría de la cruz, es decir, que debemos aborrecer (Jn 12, 25) y perder (Mc 8, 35) nuestra vida en este mundo si queremos tener la vida verdadera en Cristo y caminar con él en la luz. ¿Qué provecho hay si hacemos cosas grandes en este mundo, pero para hacerlas, perdemos o destruimos nuestra alma y dividimos nuestro corazón? No hay provecho alguno en actuar así. Sin embargo, la mayoría actúa así, destruyendo su alma para destacarse en este mundo. Para tener provecho mundano, vende su alma. Haciéndose libre de Cristo así, se esclaviza del pecado. Personas así destruyen su vida, son llenas de agitación y no viven en la paz, tranquilidad, amor, y luz radiante de Cristo. Han perdido la alegría verdadera de Cristo en su corazón al seguir metas mundanas y al dejarse llevar por sus pasiones y deseos mundanos.

Esta es la vida que es librada de Cristo, pero esclavizada del pecado. Su fruto es la muerte del espíritu. Esto es “Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz...porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Rom 8, 6.13). Si queremos vivir una vida nueva en Jesucristo, libres de la esclavitud de las pasiones y del pecado, en una naturaleza restaurada y renovada, tenemos que vivir por la fe y cortar de nosotros todo lo que destruiría nuestra alma, todo lo que oscurecería la luz radiante de Cristo en nuestra alma, no

importa cuán difícil sea el sacrificio. Aun si esto nos cuesta un gran sacrificio, es necesario.

Así, por ejemplo, tenemos que terminar una amistad si descubrimos que esta amistad está destruyendo nuestra alma y dividiendo nuestro corazón de un amor puro y completamente indiviso para el Señor. Al hacer así, vivimos el misterio de la cruz. Morimos con Cristo a nuestro pasado, y al pecado; y así resucitamos nuevos para caminar con él en la luz. El rehusar hacer este sacrificio es escoger la muerte, en vez de resucitar con Cristo restaurado y libre del pecado.

*“Mas ahora que habéis sido **libertados** del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna” (Rom 6, 22).* Hemos sido, al fin, *librados* de los pecados que hemos cometido y que fueron una carga pesada por nuestra conciencia y una fuente de agitación interior. Cristo nos libró de este peso de la culpabilidad, muriendo por nosotros en la cruz, ganando así del Padre para nosotros, por su acto perfecto de satisfacción a la justicia divina, la gracia de redención, la vida nueva de gracia, y el don del Espíritu Santo.

Al ser librados así, no debemos pecar; no debemos caer deliberadamente y concientemente en el pecado; no debemos dividir nuestro corazón entre Dios y los deleites, amores, y apegos de este mundo. Debemos ser completamente desapegados y libres en este mundo, renunciando a todo una vez para siempre. Y cada vez que una nueva tentación se presenta, tenemos que renunciarla y arrojarla de nosotros lo más pronto posible. Lo más importante es la pureza de nuestra alma y corazón, un corazón completamente indiviso, guardado y reservado sólo para el Señor.

No debemos ser siervos de ningún deleite terreno ni de ningún apego o amor pasajero, porque todo esto es nada más que esclavitud. Cristo nos libró de todo esto, de toda esclavitud, pero nosotros tenemos que cooperar y colaborar con esta liberación y hacer nuestra parte, para que podamos caminar verdaderamente en la luz de Jesucristo con él resplandeciendo en nuestros corazones. Por la fe hemos muerto en su muerte en la cruz a todo esto, y hemos resucitado libres de esto. Nuestro fruto ahora es la santificación. Los esclavos de Dios tienen la santidad como su fruto y recompensa, y su último fin es la vida eterna.

Pero esta vida eterna comienza *ahora* en la *nueva calidad* de nuestra vida. Es una vida vivida en Dios, una vida escondida en Dios (Col 3, 3). Es una vida trinitaria, vivida en el seno de la Santísima Trinidad, es una vida en las cimas de la luz, vivida con las tres divinas Personas en esplendor y gloria. Es una vida encantada, vivida en el encanto de la cercanía del Señor. Es una vida desapegada de todo apego terrenal, porque estos apegos no hacen ninguna otra cosa que disminuir y destruir este esplendor, esta amistad con la Trinidad. Cristo quiere que *permanezcamos* en este esplendor (Jn 15, 9), en este encanto

del amor divino; y permaneceremos así si somos desapegados y completamente obedientes a su voluntad y dirección de nuestra vida.

Y ¿qué es la santificación? ¿No es vivir con Dios, envuelto en Dios, lejos de las distracciones del mundo? Cuanto más disfrutamos del esplendor de la amistad de Dios con un corazón indiviso, tanto más nos alejamos del mundo con sus apegos y placeres que destruyen esta belleza. Todo esto es el don que Cristo nos dio al renovar nuestra naturaleza, capacitándola para vivir con él sin pecado en la luz.

Al vivir así, llevamos mucho fruto, como Dios quiere. Cristo restauró nuestra naturaleza para que lleve fruto y no caiga en pecado. “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos” (Jn 15, 8). Nuestro fruto es una vida virtuosa, una vida luminosa, con Cristo resplandeciendo en nuestros corazones. Las virtudes son nuestros frutos: la paz, la tranquilidad, el amor, la alegría. Nuestro fruto es una vida que irradia el amor de Dios que tenemos en nuestro corazón para los demás, para que ellos también puedan ser transformados y vivir en esta luz. Esto les sucederá por la muerte y resurrección de Cristo, acompañado de una vida ascética que les purificará de sus pasiones. Así es el proceso en que somos santificados para vivir en la espera de la gloria que viene.

“Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rom 6, 23). La imagen es militar, la paga que un soldado recibe regularmente por sus servicios. Si estamos pecando, recibimos un salario regular, la muerte. Dios nos da la muerte poco a poco como recompensa del pecado. Esta muerte es la muerte del espíritu, es decir: la separación del alma de Dios, no la separación del alma del cuerpo, que es la muerte física. Así al pecar nos vamos separando cada vez más de Dios, la fuente de toda vida, amor, y felicidad; y esta separación es la muerte progresiva de nuestro espíritu, por la cual perdemos más y más nuestra paz, tranquilidad, y alegría; y en vez de estas, estamos hundidos en siempre más oscuridad, agitación, y tristeza. Esto es el salario del pecado: *“la paga del pecado es muerte” (Rom 6, 23)*, la muerte del espíritu.

Pero si somos esclavos de Dios y libres del pecado, recibimos algo de Dios también, y no es la muerte, sino *“la vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rom 6, 23)*. Pero san Pablo no habla aquí de un *salario* por los buenos, sino del *carisma* de Dios. La palabra griega que él usa aquí es *chárisma*, es decir, “carisma” o don especial de Dios. Por eso los siervos o esclavos de Dios reciben un carisma de Dios, un don especial, que es *“la vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rom 6, 23)*.

Este don maravilloso, este carisma de Dios, que es la vida eterna en Cristo, empieza *ahora*. Es la vida en Cristo, un gran don de Dios dado a los que creen en Cristo y viven conforme a su fe. Este don es dado a nosotros aun antes de

que hayamos hecho obras buenas, pero es aumentado a medida que vivimos fielmente esta nueva vida en Dios. Él nos aumenta su gracia, su amor, y la intensidad de su vida en nosotros, regocijándonos y purificándonos cada vez más. Esta es nuestra recompensa como esclavos de Dios, no una recompensa debida a nosotros en *justicia*, como un salario, como si la hubiéramos merecido, sino que es una recompensa de gracia y amor, una dádiva, un don que es mucho más que todo lo que jamás pudiéramos haber merecido estrictamente.

La recompensa de Dios por ser sus esclavos es una nueva calidad de vida, una vida con Dios y en Dios. Es una vida en que sacrificamos todo por su voluntad, aunque sea como cortar una mano o un pie; pero que es después recompensada por el esplendor de Dios en que vivimos. Y finalmente es una vida llena de esperanza para una vida sin fin con Dios en la luz.

La recompensa de Dios por ser sus esclavos es una vida llena del *amor* divino, que nos impulsa a derramar nuestra vida por el prójimo. Y es una vida de *fe*, por medio de la cual nuestra naturaleza mundana, caída, y pecaminosa muere y resucita en la muerte y resurrección del Hijo de Dios. Por la fe resucitamos ya muertos al pecado y a toda esclavitud terrena para vivir en adelante una vida resucitada y aun ascendida en los lugares celestiales (Ef 2, 6) en Dios por nuestro Señor Jesucristo.

